

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**  
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS



EL NATURALISMO METODOLÓGICO CHOMSKYANO:  
FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS ACERCA DE UNA NUEVA CIENCIA  
SOBRE EL LENGUAJE Y LA MENTE

TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADA  
EN FILOSOFÍA

AUTORA

BUDD RETAMOZO, GABRIELA LIZ

ASESORA

HANZA BACIGALUPO, KATHIA


Lima, febrero de 2026

## Informe de Similitud

Yo, *Kathia Hanza Bacigalupo*, docente de la Facultad de Letras y Ciencias humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesora de la tesis de investigación titulada “El naturalismo metodológico chomskyano: Fundamentos filosóficos acerca de una nueva ciencia sobre el lenguaje y la mente” de Gabriela Budd Retamozo, dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 9 %. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 19.01.2026.
- He revisado con detalle dicho reporte y la tesis, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 19 de enero de 2026

Nombres y apellidos del asesor: <a href="#">Kathia Hanza Bacigalupo</a>	
DNI: 09343681	Firma:
ORCID: 0000-0001-9212-7647	

# **El naturalismo metodológico chomskyano: fundamentos filosóficos acerca de una nueva ciencia sobre el lenguaje y la mente**

Gabriela Budd

## **Resumen**

La naturaleza biológica del conocimiento lingüístico se manifiesta en la adquisición y uso de un complejo sistema de lenguaje que exige la elaboración de una teoría explicativa basada en criterios de racionalidad científica y alejada de concepciones teóricas basadas en intuiciones ordinarias referidas al análisis de diversos aspectos del lenguaje. Si una teoría científica está en condiciones de construir un cuerpo doctrinal sólido acerca del fenómeno que estudia, entonces la teoría del lenguaje que elabore un cuerpo doctrinal similar sobre su objeto de estudio, podrá ser metodológicamente comparable con el modo de proceder de las ciencias naturales. Precisamente el naturalismo metodológico chomskyano, cuyo objeto de estudio es el lenguaje entendido como objeto natural, consiste en la elaboración de una teoría científica formal que esté en condiciones de dar una explicación científica profunda acerca de aspectos cruciales del lenguaje. Uno de estos aspectos cruciales es el hecho de que adquirimos un complejo sistema de lenguaje de manera eficiente, en corto tiempo y sin mayor esfuerzo sobre la base de una experiencia lingüística limitada, y el otro es el hecho de que producimos y entendemos cualquier conjunto estructural de expresiones por más que no las hayamos oído previamente. Estos aspectos advierten que el conocimiento del lenguaje es un conocimiento genéticamente determinado, y como tal debe estudiarse como un fenómeno biológico y un objeto natural, tal como las ciencias naturales estudian el mundo. De esta manera, para lograr una explicación satisfactoria acerca de los problemas que exponen ambos aspectos del lenguaje, debe elaborarse una teoría científica inteligible que establezca un cuerpo doctrinal tal que permita la integración final de la ciencia chomskyana del lenguaje con las ciencias naturales. Por lo expuesto, en esta tesis, defenderemos la naturaleza fundamentalmente biológica del conocimiento lingüístico y sustentaremos la propuesta del estudio naturalista del lenguaje. Para tales propósitos, será indispensable examinar los fundamentos filosóficos de la teoría chomskyana, así como cuestionar la manera como aspectos de la naturaleza del conocimiento lingüístico han permitido concebir el lenguaje como un fenómeno biológico. Esta perspectiva naturalista del estudio del lenguaje nos conducirá a entender uno de los aspectos de nuestra naturaleza, ya que el lenguaje es un reflejo de la estructura y funcionamiento de la mente humana.

## Índice

<b>Introducción</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo 1. La naturaleza del lenguaje</b>	<b>3</b>
1.1. Aproximaciones racionalistas y empiristas al Problema de Platón	4
1.2. El Problema de Descartes y el racionalismo de Chomsky	10
1.3. La Gramática Universal: componente innato de la mente	18
<b>Capítulo 2. El naturalismo chomskyano y el estudio científico del lenguaje</b>	<b>25</b>
2.1. La ciencia del lenguaje y la crítica al dualismo metodológico	26
2.2. El naturalismo chomskyano frente a la ontología del dualismo y el materialismo	40
2.3. Paralelismos entre el naturalismo científico chomskyano y las ciencias naturales frente a la metodología dualista del materialismo ontológico	55
<b>Conclusiones</b>	<b>67</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>69</b>

## Introducción

En esta tesis,<sup>1</sup> defenderemos la naturaleza fundamentalmente biológica del conocimiento lingüístico, así como la postulación de una ciencia chomskyana del lenguaje comparable con el proceder científico de las ciencias naturales. Para tales propósitos, será indispensable examinar los fundamentos filosóficos que han hecho que la teoría chomskyana conciba el estudio del lenguaje desde un enfoque naturalista. Así también será indispensable cuestionar la manera como aspectos de la naturaleza del conocimiento lingüístico han permitido concebir el lenguaje como un fenómeno biológico.

En el primer capítulo, nos enfocaremos en dos aspectos fundamentales que se manifiestan en la adquisición y uso del lenguaje. El primero advierte el hecho de que los hablantes son capaces de construir expresiones estructuralmente complejas a partir de una experiencia lingüística limitada y sin que reciban una instrucción específica al respecto. Es decir, el conocimiento lingüístico rico y complejo de los hablantes supera la experiencia lingüística limitada a la que han sido expuestos desde su nacimiento. El segundo aspecto advierte el hecho de que los hablantes no precisamente repiten lo que oyen, sino que principalmente producen y entienden expresiones lingüísticas nuevas que no tienen límites. Es decir, los hablantes son capaces de producir y entender de manera ilimitada cualquier conjunto estructural de expresiones por más que no las hayan oído antes. Quienes lean estas líneas, por ejemplo, serán capaces de entenderlas sin límite alguno, aunque probablemente nunca las hayan visto u oído tal cual están escritas, esto es, tal cual están construidas sintácticamente.

Así, cualquier teoría que trate de elaborar una explicación científica seria acerca de la adquisición y uso del lenguaje deberá abordar ambos aspectos, que no son propiedades accesorias del lenguaje, sino propiedades definitorias y fundamentales. Tales aspectos esenciales se traducen en el planteamiento del problema de la pobreza de estímulos para el primer caso y el problema del aspecto creativo del uso del lenguaje para el segundo. En el primer capítulo, rastreamos los antecedentes de ambos problemas en Platón y Descartes, así como también examinaremos la manera como tales aspectos esenciales han permitido sustentar la idea de que el lenguaje es fundamentalmente un fenómeno biológico, y no principalmente un fenómeno social. A partir de lo anterior, podremos luego examinar cómo así se presentan los principios innatos de la mente en el uso del lenguaje.

---

<sup>1</sup> ÉSTA TESIS SE TERMINÓ DE ESCRIBIR EN EL AÑO 2019.

En el segundo capítulo, nos enfocaremos en lo instructivo que puede llegar a ser comparar la ciencia chomskyana del lenguaje con el modo de proceder de las ciencias naturales. Para ello, revisaremos algunos episodios cruciales de la historia de las ciencias, así como también estableceremos diferencias entre los conceptos ordinarios del sentido común y los conceptos científicos que se construyen en las ciencias avanzadas para establecer teorías suficientemente explicativas e inteligibles de los fenómenos que se estudian. Esto nos permitirá abordar la crítica chomskyana al hecho de que suele no cuestionarse la aplicación de criterios de racionalidad científica al ámbito de las ciencias naturales, pero sí suele cuestionarse la aplicación de estos criterios al ámbito de las ciencias de la mente (como la ciencia del lenguaje).

Veremos que Chomsky plantea un naturalismo metodológico en el estudio del lenguaje, debido a que considera que el objeto de estudio de la ciencia chomskyana es el lenguaje entendido como propiedad de la mente y facultad de la especie, esto es, un lenguaje interno entendido como un objeto natural, como cualquier otro objeto del mundo estudiado por las ciencias naturales y que, por tanto, debe ser estudiado de forma naturalista si finalmente queremos llegar a una integración con tales ciencias y elaborar una teoría científica seria y suficientemente inteligible acerca de qué es lo que sabe un hablante cuando pone en práctica su conocimiento lingüístico. En este contexto, estableceremos diferencias entre el naturalismo metodológico de Chomsky y otras formas de materialismo, así como también se marcará distancia de ciertas formas de dualismo.

Es importante señalar también que en esta tesis nos enfocaremos en el análisis de los fundamentos filosóficos detrás de la teoría generativista chomskyana, y no en el desarrollo de técnicas de análisis de expresiones que forman parte de la edificación del riguroso modelo formal chomskyano. El detalle de tales técnicas de análisis corresponde más al trabajo de lingüistas que de filósofos. Y en esta tesis nos interesa más analizar los fundamentos filosóficos de la teoría que detenernos en el desarrollo de análisis gramaticales. No obstante, abordar un fenómeno como el lenguaje requiere también de explicaciones que desbordan las fronteras de una sola disciplina. Por ello, se vuelve indispensable la convergencia de disciplinas como la filosofía, la lingüística e incluso las neurociencias en este tipo de áreas de investigación. Por tales razones, el trabajo de Chomsky no solo tiene un espacio importante en la historia de la lingüística, sino también en la filosofía analítica contemporánea.

Así, pues, en esta tesis justificaremos y analizaremos las afirmaciones de la teoría chomskyana sobre el conocimiento lingüístico y sustentaremos la propuesta del estudio naturalista del lenguaje, puesto que esta perspectiva naturalista de su estudio nos conduce a entender algo más acerca de uno de los aspectos de nuestra naturaleza, ya que el lenguaje es un reflejo de la estructura y funcionamiento de la mente humana.

# Capítulo 1

## La naturaleza del lenguaje

### Introducción

En este primer capítulo nos enfocaremos en tres objetivos que se corresponderán con cada una de las secciones del presente capítulo. En la primera sección, nuestro objetivo será contrastar y analizar las respuestas racionalistas y empiristas al Problema de Platón. En la segunda sección, el objetivo será presentar el Problema de Descartes y describir y analizar el pensamiento neocartesiano de Chomsky en contraste con el racionalismo cartesiano clásico. En la tercera sección, presentaremos y analizaremos la noción de Gramática Universal con la finalidad de comprender cómo así se manifiestan los principios innatos de la mente en el uso del lenguaje. A lo largo del capítulo, defenderemos la tesis de que el conocimiento lingüístico de los hablantes es fijo por naturaleza y que, por ello, hay ciertas propiedades del lenguaje que no pueden ser aprendidas.

Para los propósitos descritos, es *fundamental* que a lo largo de la lectura se tome especial atención a la diferencia entre Lengua-E y Lengua-I, al lenguaje entendido como hecho social y vinculado a circunstancias extralingüísticas y al lenguaje entendido como propiedad de la mente y facultad de la especie, respectivamente, y que el objeto de estudio de la teoría chomskyana se restringe únicamente a la Lengua-I. Debe retenerse también que la Lengua-I es para Chomsky un objeto estable, cual objeto de estudio de las ciencias naturales, mientras que la Lengua-E es un objeto inestable (por estar vinculado a deseos, intenciones, intereses humanos, sensibilidad del contexto, etc.). Por ello, es importante que no se pierda de vista que cuando hablamos de una ‘teoría *científica* seria’ a la hora de describir y explicar el conocimiento lingüístico interno no nos referimos a teorías *filosóficas* serias (como aquellas basadas en estudios de pragmática y sociolingüística), sino a una teoría del lenguaje comparable con las ciencias naturales. Es decir, usamos la palabra ‘ciencia’ en sentido estricto, pues el estudio de la Lengua-I seguirá la metodología de las ciencias naturales para llegar a *predecir*, con exactitud, las reglas y principios que gobiernan el lenguaje y la mente humana, con la finalidad de aproximarnos a dar una respuesta satisfactoria al Problema de Platón y al Problema de Descartes.

Es importante que se tenga en cuenta también que la *parte científica* de la teoría chomskyana se ha traducido en distintos modelos de predicción y análisis que han ido evolucionando y variando a lo largo del tiempo, tal como sucede en las ciencias naturales. En cambio, los fundamentos de esta teoría son la *parte filosófica* del pensamiento chomskyano (como la noción de naturalismo metodológico), fundamentos filosóficos que han

estado presentes en la propuesta chomskyana desde sus inicios hasta la actualidad, es decir, no han variado y han sido los pilares sólidos de su teoría científica. Con estas importantes distinciones en mente debemos empezar la lectura de esta tesis.

### **1.1. Aproximaciones racionalistas y empiristas al Problema de Platón**

Chomsky parte de una observación acerca del lenguaje que nos invita a examinar cómo así se da el proceso de adquisición de una lengua y de qué manera deberíamos construir una teoría que nos permita abordar la naturaleza del conocimiento lingüístico sin perder de vista ninguno de los aspectos fundamentales acerca del uso del lenguaje. Uno de esos aspectos es el llamado ‘Problema de Platón’, que aplicado al lenguaje se cuestiona sobre cómo es posible que los seres humanos sean capaces de adquirir un conocimiento que les permite construir frases y oraciones estructuralmente complejas a partir de datos lingüísticos pobres, fragmentarios, limitados y hasta inexistentes. Es decir, el conocimiento lingüístico que llega a desarrollar un niño durante el proceso de adquisición de una lengua supera con creces lo que ha podido oír en la experiencia a la que ha sido expuesto desde su nacimiento. Por ello, para salvar la distancia entre el conocimiento lingüístico y los datos de la experiencia, Chomsky propone que en nuestra mente existe una facultad lingüística innata, biológicamente determinada, que tiene más peso que la experiencia durante el período de desarrollo de una lengua. La experiencia funcionará en este proceso como un detonante que activa la facultad lingüística. De ahí que el modelo teórico chomskyano haya sido considerado como un modelo racionalista, pues la distancia entre nuestras ideas ricas y complejas (el conocimiento lingüístico desarrollado) y la pobreza de los estímulos recibidos (los datos lingüísticos escasos) se salva si suponemos que tales ideas ricas y complejas tienen un componente innato que en la teoría chomskyana tendrá primacía por encima de la experiencia lingüística (Eguren y Fernández Soriano 2004: 16-18; 53).

Las razones por las cuales se adopta esta postura de corte racionalista se debe a que los estímulos son escasos por deficientes, fragmentarios, limitados y hasta inexistentes. Si un niño oye en su entorno una expresión incompleta, algún lapso o una expresión cuya estructura no esté bien construida, sabrá sobreponerse a ese entorno y desarrollará el conocimiento lingüístico de manera uniforme, rápida y eficiente. Sucede lo mismo cuando los datos no existen, pues, por ejemplo, los niños a una edad relativamente temprana emiten juicios de gramaticalidad sobre las oraciones, esto es, reconocen si una oración está bien formada o no, de tal modo que si tenemos una oración gramatical (bien formada) como ‘La maestra que toca el arpa tiene oído absoluto’ y otra agramatical (mal formada) como ‘La maestra que el tambor toca el arpa tiene oído absoluto’ y les preguntamos a los hablantes cuál de ellas es posible en su lengua, dirán, sin duda, que la primera. Igualmente, los niños dicen ‘Lamento molestarte’ y no ‘Te lamento molestar’. Aquí el hablante reconoce qué construcciones están mal formadas en su lengua sin que haya

recibido instrucción alguna al respecto. Nadie le dice a un niño qué oraciones están mal formadas y, sin embargo, las reconoce como tales. Por ello, esta carencia de *evidencia negativa* durante el proceso de adquisición del lenguaje es una muestra clara de que en estos casos los propios datos no existen (Anula y Fernández 2004: 20; Eguren y Fernández Soriano 2004: 51; Olarrea 2001: 9).

Así también, en un cierto estadio de madurez del conocimiento lingüístico los niños suelen formular oraciones interrogativas como ‘¿Es Pepe inteligente?’ a partir de la oración declarativa correspondiente (‘Pepe es inteligente’). Hasta aquí podría decirse que el conocimiento lingüístico del niño no es un conocimiento innato, sino que es un conocimiento adquirido principalmente en función de la experiencia, ya que el niño aprendería por analogía a formar tales interrogativas, por haber oído antes oraciones similares en su entorno. De esta manera, el niño tan solo tendría que aplicar la analogía de poner al inicio el primer verbo que aparece en una oración declarativa para formar la interrogativa correspondiente. Sin embargo, si aplicáramos dicha analogía a otra oración declarativa como ‘El niño que está a mi lado es inteligente’, tendríamos la interrogativa ‘¿Está el niño que a mi lado es inteligente?’, error que el niño jamás comete. La formación de la interrogativa correcta, ‘¿Es el niño que está a mi lado inteligente?’ es un proceso complejo en el que las reglas de formación de tales construcciones dependen de la estructura y no del orden lineal de los elementos de la frase (Olarrea 2001: 24).

Esta característica de dependencia estructural de las oraciones es para Chomsky uno de los principios universales de la llamada ‘Facultad del Lenguaje’, conocimiento lingüístico innato, biológicamente determinado, que en un estadio inicial de desarrollo está conformado por una Gramática Universal, es decir, por principios universales comunes a todas las lenguas. Esta Facultad del Lenguaje, compuesta por tales principios, pasa por un proceso de desarrollo tras haber sido expuesta a los estímulos adecuados, para así llegar a un estadio final de maduración, diferente del estadio inicial, en el que se ha desarrollado ya la gramática de una lengua particular (una Lengua-I). La diferencia de los diversos estadios finales corresponde a las distintas lenguas particulares de los hablantes. De este modo, la lengua particular que llegará a desarrollar un niño será aquella que se corresponda con los estímulos a los que haya sido expuesto desde su nacimiento. Por ello, la Facultad del Lenguaje nos da la posibilidad de adquirir una lengua, cualquiera que esta sea. De ahí que en la teoría chomskyana lo íntegramente innato se aplique a la facultad en su estadio inicial, y no a las lenguas ya desarrolladas en su estadio final. Así, “el carácter innato aplicado a la facultad (no a las lenguas) implica una relación con la experiencia, pues la base genética solo puede desplegarse en contacto con los datos lingüísticos” (Caravedo: 1986: 135). En definitiva, “se trata [...] de un conocimiento innato de los principios universales que rigen la estructura del lenguaje humano capaz de suplir las deficiencias de la explicación empirista de la adquisición del lenguaje” (Lyons 1974: 117). Y en efecto, una explicación de corte racionalista suple tales deficiencias, debido a que las aproximaciones de

corte empirista no han podido brindar una explicación adecuada acerca de los juicios de gramaticalidad que llegan a desarrollar los hablantes ni de las expresiones de dependencia estructural que llegan a construir, además de no haber podido brindar una explicación adecuada acerca de la creatividad lingüística, otro aspecto fundamental del lenguaje que veremos más adelante.

La descripción del proceso de adquisición del lenguaje muestra la inclinación racionalista de la teoría chomskyana, pues la Facultad del Lenguaje será la encargada de producir el conocimiento lingüístico final siempre y cuando haya sido expuesta a los estímulos adecuados. En cambio, un modelo empirista que intente dar una explicación sobre el proceso de adquisición del lenguaje tendrá que recurrir a mecanismos generales de aprendizaje para salvar la distancia entre el conocimiento lingüístico rico y estructurado del hablante y los estímulos precarios a los que ha sido expuesto desde su nacimiento (Problema de Platón). Debe tomarse en consideración que los mecanismos generales a los que apela un empirista son mecanismos *innatos* que posibilitan el aprendizaje (la analogía, la inducción, etc.). Esto quiere decir que un modelo empirista no rechaza todo mecanismo mental que sea innato, sino que considera que la experiencia es más relevante que tales mecanismos a la hora de explicar de qué manera los seres humanos adquirimos una lengua. En contraste, un modelo racionalista como el de Chomsky le dará más relevancia a los componentes innatos de la mente, entendidos en este caso como una Facultad del Lenguaje genéticamente determinada que hace posible el uso del lenguaje (Eguren y Fernández 2004: 48-49). Así, Chomsky elevará las aptitudes innatas del lenguaje sobre la experiencia, debido a que, por sí sola, la experiencia y sus mecanismos generales de aprendizaje no pueden explicar hechos cruciales del Problema de Platón, como los ya mencionados.

Por las razones expuestas, la discusión acerca de la naturaleza del lenguaje no radica en considerar si existe o no alguna aptitud innata en la mente (los empiristas aceptan por lo menos la existencia de mecanismos generales innatos que posibilitan el aprendizaje), sino en plantear el peso relativo de la experiencia y de lo innato en el proceso de adquisición del lenguaje y en darle una caracterización determinada a los componentes innatos de la mente, es decir, cuestionar “cuáles son estas estructuras innatas en un determinado terreno” (Chomsky 1979: 26). En el caso de la teoría chomskyana, la llamada ‘Facultad del Lenguaje’ tiene características que van más allá de cualquier mecanismo general de aprendizaje, pues solo si entendemos el lenguaje como un fenómeno principalmente biológico, podemos aproximarnos a dar una respuesta satisfactoria al Problema de Platón. Los modelos empiristas no dan una explicación satisfactoria de este problema, debido a que un mecanismo como la analogía no puede explicar por qué los hablantes no cometerían ciertos errores en la formación de algunas construcciones. En el ejemplo mencionado más arriba, hemos visto que en una oración declarativa como ‘El niño que está a mi lado es inteligente’ la formación de la interrogativa correcta es ‘¿Es el niño que está a mi lado inteligente?’ y no ‘¿Está el niño que

a mi lado es inteligente?', como haría concluir la aplicación de una analogía con otras construcciones que en apariencia cumplen con una ordenación lineal de sus elementos y no con la dependencia estructural.

Así, la dificultad de explicar por qué los hablantes no pueden formar ciertas construcciones por analogía con otras y la carencia de la referida *evidencia negativa* nos hace pensar que la manera como adquirimos una lengua no se da por medio de alguna destreza, pericia o capacidad que se reduzca a algún tipo de hábito o imitación. Esto explica la razón por la cual la destreza en el uso del lenguaje puede diferir entre individuos o puede mejorar en el tiempo y no así el conocimiento lingüístico de la mente-cerebro. Asimismo, muestra que la destreza puede dañarse o incluso desaparecer sin que haya pérdida del conocimiento lingüístico interno. Por ejemplo, supongamos que una persona pierde la capacidad de habla y entendimiento tras un accidente. Si se da el caso de que esta persona recupera tal capacidad, ¿sucede entonces que perdió momentáneamente el conocimiento lingüístico de la mente-cerebro? Definitivamente no. El individuo nunca perdió el sistema de conocimiento cognitivo, sino solo la capacidad de usarlo, y es justamente el conocimiento lingüístico fijo lo que le permite recuperar luego la capacidad de uso. De ahí que no pueda haber una identificación entre el conocimiento lingüístico interno del hablante con su capacidad o destreza a la hora de *usar* dicho conocimiento. Por lo tanto, el conocimiento lingüístico no se limita a una serie de hábitos, destrezas o capacidades. Chomsky sostiene que en estos casos el conocimiento lingüístico ha permanecido tras el daño temporal de la capacidad y que por ello dicho conocimiento no se limita a ella.

No obstante, en las discusiones contemporáneas sobre el problema se ha solido identificar el conocimiento con la capacidad, lo cual obligaría a sostener que una persona que haya sufrido de pérdida de habla y entendimiento en realidad sí retuvo la capacidad, que no la perdió, sino que tan solo no pudo usarla temporalmente. Aquí Chomsky señala que esta sería simplemente una maniobra verbal, pues se estaría intentando llamar 'capacidad' a lo que en realidad es conocimiento, de tal modo que se estaría aludiendo a dos conceptos de capacidades, uno inventado para salir del problema (la capacidad que se retuvo) y otro que alude al uso que le da Chomsky (la capacidad que se perdió). Ambos conceptos son distintos y revelan que decir que conocimiento es capacidad (uso) no es una afirmación correcta (1992: 18-20). De esta manera, Chomsky descarta alternativas externistas que intentan explicar la naturaleza del conocimiento del lenguaje recurriendo solo a su uso real y concreto, esto es, un comportamiento lingüístico externo que difiere del conocimiento lingüístico interno que hace posible ese uso.

Con respecto a la diferencia en la destreza del uso concreto del lenguaje o a la mejora que puede haber en tal capacidad tras un debido entrenamiento, podemos decir que también esta diferenciación revela que el conocimiento interiorizado del lenguaje debe distinguirse de su uso, pues si un individuo es hábil con el uso del lenguaje y otro no, este último puede, con esfuerzo y entrenamiento, mejorar tal capacidad de uso, pero

no su conocimiento (1992: 18-20). Por lo tanto, el conocimiento del lenguaje se mantiene intacto y nunca varía, pese a que se use de distintas maneras. De ahí que el conocimiento lingüístico sea fijo por naturaleza.

Hemos visto que el Problema de Platón nos lleva a descartar alternativas empiristas o externistas como modelos de explicación sobre qué sabe un hablante cuando sabe una lengua. De este modo, si una teoría intenta dar una explicación del proceso de adquisición, tiene que dar una respuesta satisfactoria al Problema de Platón y cubrir así los diversos vacíos explicativos que la evidencia empírica revela cada vez que se intenta describir el uso del lenguaje. La evidencia empírica nos dice que hay construcciones que no pueden formarse por analogía con otras y que los hablantes carecen de la referida *evidencia negativa*. A esto podría agregarse que los niños alcanzan casi en el mismo período de tiempo el estadio final de madurez de la Facultad del Lenguaje. Así, a pesar de que los hablantes hayan recibido estímulos distintos en sus respectivos ambientes, el proceso de adquisición se produce con uniformidad y no hay mayores desequilibrios del conocimiento interno que cada individuo llega a poseer de su lengua materna. Es decir, la experiencia recibida, distinta en cada uno, no desencadena diferencias entre los hablantes. En consecuencia, la uniformidad del proceso no depende de la experiencia recibida. Por ello, llegamos nuevamente a la misma conclusión: que el conocimiento lingüístico es fijo por naturaleza.

Por estas razones, Chomsky afirma que en realidad un niño no aprende a hablar, sino que la gramática *crece* en su mente y que, por tanto, el conocimiento lingüístico mental es innato, genéticamente determinado. Y lo que es innato no puede enseñarse. Los hablantes comunes y corrientes no han sido específicamente entrenados para usar su lengua materna: solo han recibido estímulos limitados que activan la facultad lingüística innata presente desde el nacimiento. Esta facultad, ya desarrollada tras la interacción con la experiencia, se traduce en un conocimiento mental que los hablantes aplican en el uso del lenguaje, pero que no pueden manifestar explícitamente si son cuestionados acerca de cómo así aplican tal conocimiento en la construcción de sus expresiones lingüísticas. Que no puedan manifestar explícitamente ese saber significa que una característica importante del conocimiento del lenguaje es que forma parte de aquellos conocimientos que son inaccesibles a la conciencia. Por esta razón, no podríamos preguntarle a un hablante cómo así forma oraciones interrogativas o negativas en su lengua o cómo así forma oraciones de relativo. El hablante puede construir este tipo de expresiones porque posee un conocimiento rico del lenguaje, pero lo que no puede hacer es manifestar explícitamente ese saber. Por ello, los hablantes no podrían responder acerca de los procesos mentales involucrados a la hora de hacer uso de su lengua materna (Radford, citado por Lorenzo 2001: 15). De ahí que se diga que el conocimiento lingüístico de un hablante común y corriente se caracteriza por ser un conocimiento no consciente, no accesible a la conciencia. Dicho saber no puede enseñarse, solo se aplica. A continuación, veremos cómo este importante aspecto del lenguaje se

relaciona con un diálogo platónico en el que se ilustra el llamado ‘Problema de Platón’ (o ‘argumento de la pobreza de estímulos’).<sup>2</sup>

Las observaciones de Chomsky sobre el lenguaje pueden rastrearse hasta un diálogo platónico que trata sobre el tema de la virtud: el Menón. Aquí, un joven aristócrata, Menón, interroga a Sócrates lo siguiente: “Me puedes decir, Sócrates: ¿es enseñable la virtud?, ¿o no es enseñable, sino que solo se alcanza con la práctica?, ¿o ni se alcanza con la práctica ni puede aprenderse, sino que se da en los hombres naturalmente o de algún otro modo?” (70a) Chomsky relaciona sus ideas sobre la naturaleza del lenguaje con este antecedente que se remonta hasta Platón. La virtud, como el lenguaje, no es pues enseñable, puesto que aquello de lo cual no hay maestros ni discípulos no puede ser enseñado, es decir, no puede aprenderse mediante un adiestramiento progresivo. Así como no existen maestros de virtud porque no se puede expresar sistemáticamente ese conocimiento, tampoco los hablantes de una lengua pueden manifestar explícitamente el conocimiento interno que tienen de ella, pues tal conocimiento es inaccesible a la conciencia. Y si bien la virtud no se da en los hombres naturalmente, sí se encuentra en lo más íntimo del ser humano, y le es consustancial, pues para Platón el conocimiento sobre qué es la virtud ya lo ha contemplado el alma en un tiempo anterior. El conocimiento es recuerdo, reminiscencia, y no enseñanza o aprendizaje (Lorenzo 2001: 41-42). Esta última mención a los términos ‘enseñanza’ o ‘aprendizaje’ los entendemos tal como los entiende Chomsky cuando se refiere a alternativas teóricas empiristas que le dan un mayor peso a la experiencia que a las aptitudes innatas en el proceso de adquisición del lenguaje.

Para efectos de la comparación, hemos utilizado la palabra ‘conocimiento’ como equivalente a lo que Platón denomina ‘opinión verdadera’, pues se menciona en el diálogo que la opinión verdadera es tan útil como el conocimiento (en términos prácticos). Así, un hombre que sea virtuoso en el manejo de asuntos de Estado lo será ya sea por posesión de una opinión verdadera o ya sea por la enseñanza que se le ha transmitido sobre el conocimiento de la virtud, en el caso de que haya algún hombre capaz de convertir aquello que es recta opinión en conocimiento, es decir, aquel que sea capaz de enseñar la virtud (97c-99b). Por ello, la virtud no es estrictamente conocimiento, sino solo opinión verdadera. De ahí que en el diálogo se concluya que la opinión verdadera se da en los hombres como una especie de gracia o don divino que no puede transmitirse a otros. Y esta opinión verdadera llegará a ser conocimiento solo si se llega a enseñar o aprender. Pero aquí Platón entiende los términos ‘enseñar’ o ‘aprender’ no como lo entienden alternativas teóricas empiristas que priman la experiencia sobre lo innato, sino como una activación del conocimiento que el alma ha contemplado en un tiempo anterior, como un recuerdo de lo que ya ha visto antes (81c-d; 99b-100c) a partir de la guía de estímulos precarios. Así, cuando uno aprende, recuerda. Y para recordar es necesario que el entorno nos dé unas mínimas orientaciones para poder llegar al conocimiento. Esto lo demuestra en

---

<sup>2</sup> Las citas 70a, 81c-d, etc. corresponden a la compilación de diálogos platónicos *Diálogos II* (2008).

el diálogo el ejemplo del esclavo, quien ha sido sometido por Sócrates a un interrogatorio sobre conceptos geométricos (82b-86b). La pobreza de estímulos aquí es crucial. El esclavo, sin formación básica en matemáticas, llega a entender conceptos geométricos fundamentales a partir de las preguntas y diagramas de Sócrates, que le sirven de guía. Estas preguntas y diagramas son un estímulo precario que Sócrates le ofrece al muchacho para que logre despertar la recta opinión que le permita entender y aplicar los conceptos a casos concretos. El esclavo llega así a aprender y a aplicar tales conceptos en poco tiempo y sin una instrucción específica. Y el esclavo llega a ese saber porque de alguna manera ya lo sabía antes, de tal modo que lo que hizo Sócrates, como estímulo precario, fue activar lo que el esclavo ya sabía de antemano (McGilvray 2006: 103-108). De ahí que Chomsky afirme: “Podemos llegar a saber tanto porque, en cierto sentido, ya lo sabíamos antes, aun si los datos de los sentidos [los estímulos, la experiencia] fueron necesarios para despertar y dilucidar este saber” (1979: 17). Así tenemos que las ideas ricas e innatas de nuestra mente se activan por haber recibido los estímulos lingüísticos adecuados y que de esta forma la Facultad del Lenguaje llega a construir una gramática si se expone a los estímulos necesarios para despertar ese conocimiento.

Hasta aquí hemos visto que el argumento de la pobreza de estímulos (Problema de Platón) es un aspecto crucial del lenguaje que exige recibir una respuesta satisfactoria si se quiere llegar a dar una caracterización explicativa adecuada sobre nuestro conocimiento lingüístico. Pero hay también otro aspecto fundamental que nos muestra la evidencia empírica: oraciones que los hablantes nunca han oído, pero que forman parte de las construcciones de su lengua. Esta observación nos lleva a un segundo aspecto que debemos tener en cuenta a la hora de elaborar una explicación acerca de la naturaleza del conocimiento lingüístico: el aspecto creativo del uso del lenguaje, también llamado ‘Problema de Descartes’, del que trataremos en el siguiente apartado.

## **1.2. El Problema de Descartes y el racionalismo de Chomsky**

El Problema de Descartes revela uno de los aspectos de nuestro conocimiento lingüístico que la teoría chomskyana considera crucial para sustentar la asunción de las aptitudes innatas de la mente sobre la experiencia lingüística. Chomsky llama la atención acerca del hecho de que hay oraciones que los hablantes nunca han oído y que, no obstante, forman parte de las construcciones de su lengua. Por ello, si queremos elaborar una explicación satisfactoria acerca del conocimiento lingüístico de los hablantes, debemos tener en cuenta este aspecto creativo del uso del lenguaje, también llamado ‘Problema de Descartes’.

Tenemos así una observación crucial: que una característica notable que forma parte del uso común y corriente del lenguaje es su creatividad, es decir, el hecho de que los hablantes no imitan lo que oyen en sus

respectivas experiencias, sino que producen y entienden oraciones que nunca antes habían oído. Por ejemplo, cuando una persona le habla a otra, es seguro que el oyente no haya oído antes exactamente las mismas oraciones que el interlocutor pronuncia, oraciones que tienen una formación estructural específica y que pueden variar infinitamente. Así, el oyente entiende formas lingüísticas nuevas que no tienen límites; y sucede lo mismo con el hablante, quien forma de manera ilimitada oraciones que no ha oído previamente y que, no obstante, sigue produciendo y entendiendo sin límite alguno.<sup>3</sup> Así, los juicios de gramaticalidad de las oraciones (ver apartado anterior) y el uso creativo del lenguaje nos permite cuestionarnos cómo sabe un hablante cuáles de los enunciados que no ha oído son posibles en su lengua y cuáles otros no. Los mecanismos innatos de la mente tendrán aquí un rol decisivo.

De este modo, Chomsky, al llamar la atención sobre dos hechos cruciales acerca del lenguaje, el Problema de Platón y el Problema de Descartes, se enfrenta a una tarea difícil que intenta dar una explicación adecuada sobre qué es lo que sabe un hablante cuando sabe una lengua. Para Chomsky, la clave para aproximarnos a dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta es entender el lenguaje como un fenómeno biológico e interno a nuestras mentes. De ahí que la teoría chomskyana prime el estudio de los mecanismos internos que *hacen posible el uso* del lenguaje más que el mero estudio del *uso concreto* que el hablante hace de su lengua.

Hemos visto que una característica crucial del uso del lenguaje es su creatividad, y que entender y producir formas lingüísticas nuevas de manera ilimitada forma parte de uno de los sentidos en los que el lenguaje es creativo. Y es solo uno porque hay otros dos sentidos en los que la creatividad del lenguaje se manifiesta. El problema del aspecto creativo del uso del lenguaje va aún más allá de lo que la teoría chomskyana permite abordar, pues tal creatividad no solo se muestra en la producción y entendimiento de formas lingüísticas nuevas e ilimitadas, sino también en la independencia del uso del lenguaje respecto de los estímulos y en la coherencia de lo que dicen los hablantes de acuerdo con el contexto en el que se encuentran (Eguren y Fernández Soriano 2004: 16-17). Por ejemplo, los hablantes nunca dicen una misma frase ante una situación particular, del tal manera que si el entorno no desencadena lo que uno ha de decir en una determinada situación, no hay ninguna relación causal entre el entorno o el estímulo concreto y el uso del lenguaje. Inclusive ninguna circunstancia o estímulo puede ser un principio causal que obligue a uno a pronunciar palabra alguna. Asimismo, lo que decimos ante alguna circunstancia particular es coherente y apropiado con el contexto en el que nos encontramos (a menos que con una intención deliberada queramos construir expresiones sin coherencia contextual).

---

<sup>3</sup> Asimismo, quienes lean estas líneas serán capaces de entenderlas sin límite alguno, aunque probablemente nunca las hayan visto, oído o dicho tal cual están escritas, esto es, tal cual están construidas sintácticamente. Reconocerán así que son oraciones con una formación estructural específica y las entenderán infinitamente por el llamado 'poder creativo' del uso del lenguaje (Asselin 1972: 14).

Esta situación hace que Chomsky considere que no puede haber una teoría científica seria cuyo objetivo sea vincular la producción lingüística de los hablantes con las circunstancias extralingüísticas, pues solo el primer sentido de la creatividad es susceptible de ser estudiado de forma naturalista. Los otros dos sentidos de la creatividad dependen de circunstancias tan diversas y forman parte de un objeto tan inestable (la Lengua-E) que no pueden abordarse desde una perspectiva científica que sea suficientemente explicativa e inteligible.<sup>4</sup> No obstante, los otros dos sentidos de la creatividad forman parte del uso corriente del lenguaje, ya que las frases pronunciadas por los hablantes suelen ser apropiadas al contexto, suelen ser coherentes con las circunstancias en las que se encuentran, pese a que las frases no tienen una dependencia causal con el entorno o los estímulos. Y si se da el caso de que no entendemos a los otros por considerar que en un primer momento lo que dicen no se adecúa al contexto, tratamos siempre de buscar las razones por las cuales tales personas dicen lo que dicen, tratando de hacer que sus afirmaciones sean apropiadas a la respectiva circunstancia contextual (McGilvray 2006: 124-125).

Estos dos últimos sentidos de la creatividad son inabordables desde una teoría que trate de dar una descripción y explicación científica adecuada acerca del conocimiento lingüístico. Por ello, a lo largo de esta tesis, nos concentraremos solo en el principal sentido expuesto, esto es, el llamado ‘aspecto innovador del lenguaje’, es decir, la producción y entendimiento de frases nuevas e infinitas, pues solo este sentido de la creatividad es el único susceptible de ser estudiado desde una perspectiva naturalista, desde el campo de la investigación científica. Los otros dos sentidos mencionados son enigmas que van más allá de nuestras capacidades para abordar dichos problemas, por lo menos, como hemos dicho, desde una perspectiva naturalista (Eguren y Fernández Soriano 2004: 16-17). Así, una de las características fundamentales del conocimiento lingüístico, el aspecto innovador del lenguaje, es una de las razones por las que Chomsky se compromete con una aproximación naturalista al estudio del lenguaje, ya que el estudio de la Facultad del Lenguaje como fenómeno biológico forma parte del estudio del mundo natural.

Veamos ahora, como una primera aproximación, las razones por las cuales se considera que los hechos extralingüísticos no podrían formar parte de un estudio naturalista del lenguaje. Para ello, es crucial que tomemos en cuenta la distinción que establece Chomsky entre Lengua-I y Lengua-E. La Lengua-I es la gramática mental del hablante, un conocimiento interiorizado, biológicamente determinado, que no debe confundirse con el comportamiento lingüístico exteriorizado o Lengua-E, por ser la Lengua-E la que manifiesta el uso real y concreto de los mecanismos internos que hacen posible el uso de la Lengua-I. Entre los hablantes no habrá mayores desequilibrios entre Lenguas-I, debido a que las Lenguas-I son una propiedad de la mente compartida por toda la especie, pero evidentemente sí hay diferencias marcadas en el

---

<sup>4</sup> Más adelante, en el apartado 2.1, analizaremos las razones por las cuales las circunstancias extralingüísticas no pueden formar parte del objeto *científico* de investigación chomskyano.

uso concreto que los hablantes hacen de ella: uno puede ser muy hábil a la hora de hablar y escribir y otro puede que no lo sea, pero ambos individuos *saben* una lengua y tan solo se diferencian por el *uso* que hacen de ella. La teoría chomskyana se concentra en el estudio del conocimiento gramatical interno de los hablantes y no en el conjunto de enunciados concretamente emitidos, puesto que la Lengua-I contiene principios universales que establecen los límites de toda lengua humana posible, es decir, delimita los objetos que pueden realizarse en la Lengua-E (Longa y Lorenzo 2006: 31-32).<sup>5</sup>

Así, tendrá primacía el estudio del lenguaje como propiedad de la mente y no como hecho social, lo cual no quiere decir que deba rechazarse sin más el estudio de la Lengua-E: es justamente ella la ventana de acceso del investigador hacia el descubrimiento de cuáles son las propiedades que rigen el funcionamiento de la mente y es ella la comprobación empírica que permite justificar las teorías postuladas, ya que permite mostrar el uso que los hablantes hacen de su lengua y, a partir de ello, permite descubrir los principios universales que gobiernan el uso del lenguaje. No obstante, partir de la Lengua-E no equivale a decir que un estudio detallado de ella pueda dar una explicación *científica* acerca de cómo los seres humanos adquieren una lengua, pues la Lengua-E es un objeto variable, que depende de hechos extralingüísticos (deseos, intenciones, intereses humanos, sensibilidad del contexto, etc.). Por ello, Chomsky considera que no hay expectativas sobre el estudio de la Lengua-E desde una perspectiva científica sólida, con objetos estables, tal como las ciencias naturales estudian el mundo, puesto que su objeto de estudio va mucho más allá de los límites del lenguaje entendido como fenómeno biológico. La idea de Chomsky es ir más allá de la mera descripción del uso del lenguaje para llegar a una explicación científica aplicable a cualquier lengua y mostrar que, aunque se use de distintas maneras, el lenguaje es fijo por naturaleza.<sup>6</sup> Por cierto, esta postura de Chomsky, defendida en esta tesis, es lo que ha hecho que en las discusiones contemporáneas sobre el uso del lenguaje haya posiciones que no estén de acuerdo con lo que aquí se ha planteado, pues tales posturas, concentradas en la función de comunicación del lenguaje, evidencian una defensa de la idea de que nuestras mentes han sido configuradas por el mundo y la comunidad (McGilvray 2006: 42; 160-162). La cuestión aquí está en evaluar si dichas posturas pueden aproximarse a dar una explicación satisfactoria del Problema de Platón y del Problema de Descartes. Para Chomsky, tales posturas no han dado una respuesta

---

<sup>5</sup> En el apartado 1.3, veremos cómo así se manifiestan estos principios universales en el lenguaje y cómo se explica la diferenciación entre lenguas.

<sup>6</sup> La distinción que hemos expuesto entre *Lengua-I* y *Lengua-E* no debe ser confundida con la diferencia que se plantea en la teoría chomskyana entre *competencia* y *actuación*, pues si bien ambas dicotomías están relacionadas, no son equivalentes. La competencia lingüística de un hablante incluye tanto la competencia gramatical interna como la competencia pragmática, mientras que la Lengua-I solo refiere a la competencia gramatical interna, esto es, el conocimiento lingüístico interiorizado, genéticamente determinado, por el cual el uso del lenguaje es posible. La competencia pragmática refiere a la coherencia del mensaje y el contexto, es decir, a saber usar expresiones ante determinadas circunstancias. Esta competencia pragmática y la competencia gramatical (la Lengua-I) conforman la competencia lingüística de un hablante. Por su parte, la actuación incluye tanto el uso concreto de la competencia gramatical como el uso de oraciones entrecortadas, falsos comienzos, pausas, oraciones agramaticales, etc., mientras que la Lengua-E solo refiere al uso concreto de la competencia gramatical, esto es, el comportamiento lingüístico exteriorizado que registra expresiones concretas de una lengua y excluye el uso de expresiones que no estén bien formadas (Eguren y Fernández Soriano 2004: 43; Lorenzo 2001: 12-13). En la propuesta naturalista del estudio del lenguaje solo la competencia gramatical interna del hablante (Lengua-I) puede ser estudiada desde una perspectiva científica (naturalista).

satisfactoria acerca de estos hechos y, por tanto, no han podido construir una teoría suficientemente explicativa e inteligible acerca de estos aspectos fundamentales del lenguaje.<sup>7</sup> Así, el hecho de que se pueda dar o no una explicación acerca de estos aspectos nos dará un criterio de evaluación para tomar seriamente en cuenta cualquier teoría que verse sobre la naturaleza del conocimiento lingüístico (McGilvray 2006: 43).

No obstante, lo anterior no quiere decir que las teorías externistas que traten de vincular el lenguaje con el mundo carezcan de valor o que no sea interesante investigar los vínculos del lenguaje con la sociedad. Tales teorías son valiosas e interesantes en campos de estudio cuyo objetivo no es la construcción de una teoría *científica*, esto es, una teoría del lenguaje metodológicamente comparable con el modo de proceder de las ciencias naturales. Pero tales teorías externistas sí son irrelevantes si lo que tratamos de investigar son aquellos mecanismos internos de la mente que hacen posible el uso del lenguaje. Para llevar a cabo esta investigación de corte naturalista, Chomsky adopta la metodología de las ciencias naturales, es decir, tiene la firme creencia de que la ciencia del lenguaje debe estudiar su objeto (la Lengua-I) haciendo idealizaciones, simplificaciones, predicciones, pruebas empíricas, estructuras abstractas que den cuenta de fenómenos no observables, etc. La Facultad del Lenguaje recibirá de esta forma un tratamiento propio de la investigación en ciencias naturales, como una estrategia de investigación (Eguren y Fernández Soriano 2004: 9). Así, se restringe el ámbito del objeto de estudio y se considera que una teoría naturalista del lenguaje no debe dar cuenta de *todos* los hechos de las lenguas y la utilización del lenguaje, así como las ciencias físicas nunca han tenido como objetivo dar cuenta de *todos* los hechos físicos, sino restringir la atención de la investigación a ciertos hechos que parezcan cruciales en un momento determinado. Por ejemplo, la física en un momento de su historia tuvo la dificultad de aplicar sus postulados a las peculiaridades que se presentaban en la observación telescópica. Así también, la teoría chomskyana no puede tomar un objeto de estudio lingüístico que no sea la Lengua-I, pues no se toma atención a hechos que parecen no pertenecer a la teoría o son incompatibles con ella. Sin embargo, tal restricción no quiere decir aquí que la Lengua-E se rechace sin más: piensa Chomsky que quizá algún día los hechos de la Lengua-E puedan ser finalmente explicados de alguna manera, pero por el momento nos encontramos ante un enigma que va más allá de nuestras capacidades para abordar *científicamente* dicho problema, en este momento particular de nuestra comprensión del conocimiento del lenguaje (1999b: 154-156).

Hemos visto que Chomsky hace notar que la creatividad del lenguaje es un problema que merece una explicación científica que nos diga cómo hacer explícito el conocimiento lingüístico de los hablantes, pues solo una teoría científica es capaz de hacer explícito el conocimiento subyacente que tiene un hablante a la hora de usar el lenguaje. La teoría científica de Chomsky se preguntará por la naturaleza de este saber

---

<sup>7</sup> En el segundo capítulo de la presente tesis, discutiremos estas y otras propuestas de Chomsky que colisionan con las creencias de sentido común acerca del lenguaje.

subyacente que finalmente desembocará en una explicación sobre la manera en que los seres humanos adquieren el lenguaje. Así también, respecto de la creatividad del lenguaje, Chomsky dirá que los hablantes son capaces de construir un número infinito de frases a partir de un número finito de palabras. Veamos un ejemplo simple. Supongamos que tenemos un par de oraciones: un enunciado como ‘La maestra [que ha estado tocando el arpa] ha traído esa gema’ y otro como ‘La maestra [que ha estado tocando el arpa [que compró su hermano]] ha traído esa gema’. Estas construcciones muestran que los hablantes pueden combinar un número infinito de expresiones de manera *recursiva*, es decir, insertando una frase dentro de otra del mismo tipo. Así, la teoría chomskyana se encarga de hacer explícito el conocimiento subyacente de los hablantes, que revela que la posesión de una noción de estructura entre los elementos de las oraciones es crucial. De ahí que la teoría lingüística chomskyana se encargue de la representación formal del conocimiento del lenguaje, pues lo que se persigue es “delinear exactamente qué es lo que alguien sabe cuando conoce una lengua, esto es, qué es lo que ha aprendido de acuerdo con los principios innatos” (Chomsky 1989: 39-40). Si una teoría lingüística no se ocupa del aspecto creativo del uso del lenguaje, no podrá hacer explícito el conocimiento que poseen los hablantes, ya que no consideraría *todas* las oraciones que se pueden producir o entender en una lengua (Asselin 1972: 12-14). Por ello, la teoría lingüística de Chomsky es una teoría formal *predictiva*, y no solo descriptiva, es decir, no solo describe aquellas construcciones que se usan, sino también aquellas que podrían usarse, distinguiendo de esta forma aquellas oraciones que son posibles en una lengua de otras que no lo son.

Expuesto ya el aspecto fundamental de la creatividad en el uso del lenguaje, pasemos ahora a exponer cómo la propuesta chomskyana sobre el rol de los componentes innatos en la adquisición del lenguaje hace que tal planteamiento tenga vínculos con algunas de las ideas de los filósofos de la tradición racionalista. Fue Descartes el primero en observar la importancia del aspecto creativo del uso del lenguaje, y esta observación le permitió a Descartes sustentar que había hechos físicos que no podían explicarse mediante su concepción mecanicista del universo. Por ello, Descartes defendía la existencia de una sustancia no física, mental, por la cual el uso creativo del lenguaje era posible. Pero Chomsky se aleja de esta concepción dualista mente-cuerpo y plantea un naturalismo metodológico en el estudio del lenguaje. Y esto es lo que diferenciará su racionalismo del de Descartes.

Chomsky rechaza el dualismo por varias razones. En primer lugar, además de no estar de acuerdo con la idea de concebir la mente como una sustancia inmaterial, considera que desde la revolución científica de Newton ya no hay una concepción coherente sobre lo que se entiende por ‘cuerpo’, es decir, que no hay una teoría que describa con precisión qué objetos deben ser considerados cuerpos. Por ello, carecer de tal tipo de teorías en la actualidad no nos permite establecer límites precisos sobre qué se considera físico o

material. En segundo lugar, otra de las razones del distanciamiento con el cartesianismo tiene que ver con que Descartes dio explicaciones erróneas a la hora de justificar qué diferencia al hombre de un animal o una máquina. Para Descartes, la mente puede hacer todo aquello que hace una máquina y aún más. Asimismo, la mente puede entenderse como un instrumento universal, capaz de resolver diversos problemas. Respecto de lo primero, es evidente que la mente humana no puede llegar a hacer muchas cosas que hacen máquinas complejas o incluso algunas de las cosas que los animales son capaces de hacer (como la aguda visión de algunas aves, por ejemplo). Respecto de lo segundo, Chomsky considera que la mente no es un instrumento universal que permita resolver cualquier problema, debido a que si la mente tiene un fundamento biológico, está limitada a lo que puede llegar a hacer, al igual que cualquier otro órgano de nuestro cuerpo, limitado en sus funciones (McGilvray 2006: 126-128).

Otra de las razones por las cuales Chomsky se distancia de Descartes tiene que ver con su rechazo a aceptar la idea cartesiana de que los individuos tienen acceso a sus mentes. Para Chomsky existen conocimientos que son inaccesibles a la conciencia y la garantía de una explicación objetiva de tal tipo de conocimientos lo dan las ciencias; en este caso, será la ciencia del lenguaje la encargada de describir y explicar qué sabe un hablante cuando sabe una lengua, qué sabe cuando construye oraciones infinitas a partir de elementos finitos. Si bien es posible que los individuos tengamos acceso a nuestro mundo interior (nuestros pensamientos, sentimientos, etc.), no podemos acceder de manera directa a los estados mentales que nos permiten poner en práctica nuestro conocimiento lingüístico, y esto se evidencia a la hora de preguntarle a un hablante común y corriente cómo así construye, por ejemplo, determinadas expresiones interrogativas.<sup>8</sup> Sabrá construirlas, y será capaz de detectar una construcción desviada, mas no podrá manifestar de manera explícita cómo aplica el principio de dependencia estructural en las oraciones que usa. No obstante, pese a las diferencias que se han señalado, Descartes acertó en observar y darle la importancia debida a un aspecto fundamental del lenguaje, la creatividad lingüística, y en creer que la diferencia entre seres humanos y máquinas o animales tiene algo que ver con el lenguaje (McGilvray 2006: 132; Anula y Fernández 2004: 17-18). Es este punto lo crucial en el neocartesianismo chomskyano.<sup>9</sup>

Descartes sintió la necesidad de postular una substancia distinta de la materia extensa para poder explicar el uso normal del lenguaje humano. Dice Chomsky que ese nuevo principio cartesiano, la mente, cuya esencia es el pensamiento, tiene un aspecto creador que se manifiesta en el uso del lenguaje. Aquí la substancia corpórea resultaba insuficiente para poder explicar ese hecho evidente, la creatividad del uso del lenguaje.

---

<sup>8</sup> Ver ejemplo en pág. 5.

<sup>9</sup> En el apartado 2.2 ampliaremos las diferencias mencionadas entre el naturalismo chomskyano y el dualismo ontológico cartesiano. Las diferencias que aquí se han señalado son solo una primera aproximación que permitirán examinar posteriormente por qué el naturalismo chomskyano toma distancia de alternativas dualistas y materialistas de corte ontológico. En este contexto, analizaremos, más adelante, el rol crucial que ha tenido la historia de las ciencias avanzadas en el proceder metodológico de la ciencia chomskyana del lenguaje.

Como hemos dicho, el lenguaje, específicamente la capacidad creadora de los hablantes, es aquello que distingue a los hombres de una máquina o un animal. Por ello, Descartes tuvo razón al afirmar que el único indicio que nos permite darnos cuenta de que le estamos hablando a una persona, y no a un autómatas que posea los órganos de un aparato fonador necesario para el habla, es precisamente su capacidad para usar el lenguaje de manera normal, creativa. Esto asegura que el otro cuerpo al que le hablamos posee el entendimiento propio de los seres humanos. De esta manera, con Descartes se vio la posibilidad de que posteriormente nazca una ciencia cuya tarea sea caracterizar de modo preciso este tipo de conocimiento que poseen los hombres, mediante el establecimiento de los conceptos que gobiernan la organización de su sistema de conocimiento y, asimismo, mediante los principios que lo fundamentan. La finalidad es explicar cómo así dicho sistema de conocimiento pudo haberse formado a partir de la interacción de los principios universales innatos de la Facultad del Lenguaje con la experiencia lingüística a la que han sido expuestos los seres humanos desde su nacimiento. Los mecanismos internos serán aquello que fundamente este conocimiento.

El uso creativo del lenguaje, y no el simple hablar, es una posesión específica de la naturaleza humana. Pero a Descartes le llamó la atención no solo la propiedad del aspecto innovador del lenguaje, es decir, no solo le sorprendió la capacidad de los hablantes para construir frases nuevas e infinitas (en vez de imitar lo que han oído anteriormente o de aplicar esquemas de analogía en la formación de frases), sino que también le llamó la atención la propiedad de que el lenguaje sea libre del control de estímulos observables, a diferencia de los animales, cuyo comportamiento varía de acuerdo con los estímulos que se les presenten. Como hemos dicho, nada obliga a uno a decir una frase determinada ante una situación determinada. De ahí que el lenguaje sirva para la expresión del pensamiento y estados de ánimo. Además, el lenguaje es coherente con las situaciones, se adecúa con el contexto. Esta última propiedad del lenguaje no debe ser confundida con el control de estímulos, debido a que en un contexto determinado uno no se limita a pronunciar una frase específica, sino que tenemos siempre posibilidades infinitas de construcciones que, no obstante, serán siempre coherentes con el contexto, en un uso normal del lenguaje (1971: 18-28; 1969: 17-49; 71-72).

Como hemos mencionado más arriba, un internismo naturalista del lenguaje pondrá especial énfasis al primer sentido de la creatividad, pues “debemos reconocer [...] que estamos hoy en día tan lejos como lo estaba Descartes hace tres siglos de comprender exactamente qué es lo que permite a un ser humano hablar de un modo que es *a la vez* innovador, sin estar sujeto al control por parte de los estímulos, y también adecuado y coherente” (Chomsky 1971: 28). No obstante, en lo que al aspecto innovador del lenguaje se refiere, la teoría formal del investigador, la llamada ‘Gramática Generativa’, que se encarga de delinear exactamente el sistema de conocimiento lingüístico, ha dado pasos enormes en la descripción y explicación

de su objeto: la Lengua-I. Sin embargo, aún es un enigma explicar la interrelación entre los tres sentidos de la creatividad. Chomsky se muestra escéptico ante la posibilidad de llegar a abordar desde una perspectiva científica o naturalista la relación del lenguaje con hechos extralingüísticos, pues nos enfrentamos con objetos inestables que no contribuyen a la elaboración de una teoría *explicativa, inteligible, formal y predictiva* acerca del uso del sistema de conocimiento lingüístico.

Hasta aquí hemos visto que para Descartes el lenguaje sirve para la libre expresión del pensamiento y para dar una respuesta coherente ante una nueva circunstancia, además de no encontrarse determinado por ninguna asociación fija de expresiones a estímulos externos (Chomsky 1969: 20). Así también, hemos señalado que solo el aspecto innovador del uso del lenguaje es susceptible de ser estudiado desde una perspectiva naturalista. Desde este objetivo de la investigación, la Gramática Generativa será la encargada de aislar su objeto de estudio de hechos extralingüísticos con la finalidad de construir modelos de predicción y análisis comparables a los que han funcionado con fortuna en las ciencias naturales. Así se aproximará a dar una descripción y explicación científica del funcionamiento del sistema de conocimiento subyacente de los hablantes. Hemos dicho también que este sistema de conocimiento debía fundamentarse en ciertos principios que gobiernan el uso del lenguaje. En la Gramática Generativa chomskyana estos principios conformarán la llamada ‘Gramática Universal’, componente íntegramente innato de la mente, que, en interacción con los estímulos adecuados, llegará a construir una gramática específica. Sobre estos principios universales innatos y su interacción con la experiencia trataremos en el siguiente apartado.

### **1.3. La Gramática Universal: componente innato de la mente**

La Gramática Universal es el conjunto de principios que definen un sistema universal del lenguaje y caracteriza las aptitudes innatas del conocimiento lingüístico que tiene un hablante antes de ser expuesto a los estímulos, es decir, antes de que finalice el proceso de adquisición de una lengua concreta. Por ello, la Gramática Universal es tanto un sistema universal del lenguaje como una propiedad biológica de la especie. Como sistema universal es común a todas las lenguas y como propiedad biológicamente determinada es un componente innato de la mente, una Facultad del Lenguaje que es anterior a la experiencia y que nos permite adquirir una lengua concreta, cualquiera que esta sea (Chomsky 1983: 36-37; Longa y Lorenzo 1996: 33). Así, para comprender cómo se da el proceso de adquisición del lenguaje y explicitar qué sabe el hablante de su lengua, Chomsky propone una gramática de *principios y parámetros*. Los principios serán universales y no excluirán la variedad de lenguas observables, debido a que estos principios tienen opciones paramétricas que permiten generar toda la diversidad lenguas humanas, de tal modo que dichos parámetros permitirán distinguir una lengua de otra (Longa y Lorenzo 1996: 16; 34-35).

Veamos un ejemplo análogo al que hemos mencionado en la primera sección de esta tesis a propósito de aquellas propiedades del lenguaje que no podían ser aprendidas. Si formamos la oración interrogativa ‘¿Tenía el libro una lámina de oro?’ a partir de la oración declarativa correspondiente, ‘El libro tenía una lámina de oro’, podríamos pensar que el proceso de construcción de la interrogativa se da por medio de un orden lineal de los elementos de la oración, es decir, por anteponer el primer verbo de la oración declarativa al inicio del enunciado y colocar el resto de palabras en el mismo orden para formar la interrogativa correspondiente. Pero nos hemos dado cuenta de que esta primera hipótesis lleva a errores en la construcción de otras interrogativas. Por ejemplo, si tuviésemos la oración ‘El libro que compró el abuelo tenía una lámina de oro’ y siguiéramos el orden lineal, tendríamos que formar la interrogativa ‘¿Compró el libro que el abuelo tenía una lámina de oro?’ en lugar de ‘¿Tenía el libro que compró el abuelo una lámina de oro?’. La primera construcción es un error de formación que los hablantes nunca cometen, mientras que la segunda es la interrogativa correcta. Esta última construcción solo se forma si los elementos de las oraciones siguen un principio de *dependencia estructural*. En cambio, si seguimos un principio *independiente de la estructura* de la oración, más simple, como el orden lineal de elementos, tendríamos errores de formación.

Lo anterior muestra que la *dependencia estructural* de los enunciados es un *principio universal innato* en el lenguaje; es universal porque lo comparten todas las lenguas y todos los seres humanos y es innato porque el proceso de formación de este tipo de enunciados es la opción más compleja a elegir por parte del niño. La opción independiente de la estructura es evidentemente la más simple. No obstante, vemos que en nuestra lengua materna no existen oraciones tales como ‘¿Compró el libro que el abuelo tenía una lámina de oro?’, construcción que sí formaría parte de nuestra lengua si efectivamente el niño eligiera el modo más simple de construir oraciones interrogativas (siguiendo el orden lineal de elementos), pero no lo hace. ¿Por qué elige entonces la opción más compleja? Porque la mente del niño está preprogramada genéticamente para elegir el principio de *dependencia estructural*. Así, tenemos que los hablantes siempre formarán enunciados de acuerdo con este principio universal invariable aun si durante toda su experiencia lingüística han oído o producido únicamente enunciados que en apariencia se ajustan al orden lineal de elementos, al principio independiente de la estructura (Chomsky 1979: 49-57). Y esto lo demuestra el hecho de que esos mismos hablantes, que nunca han oído oraciones como ‘El libro que compró el abuelo tenía una lámina de oro’ sino solo otras más simples como ‘El libro tenía una lámina de oro’, formarán, sin ninguna dificultad y de manera rápida y eficiente, la interrogativa correcta una vez que se enfrenten por primera vez a la oración declarativa ‘El libro que compró el abuelo tenía una lámina de oro’ u otra similar.

Los ejemplos de esta explicación son los más simples del caso. La complejidad de análisis de otro tipo de construcciones que manifiestan los mencionados principios universales contienen aspectos formales que no nos preocupa resaltar en esta tesis. En este apartado, solo nos interesa retener la idea de que la Gramática Universal es una Facultad del Lenguaje genéticamente determinada en su estadio inicial, que es anterior a toda experiencia y que caracteriza todas las lenguas humanas posibles. Una vez que inicia el proceso de adquisición del lenguaje, “la tarea del niño [...] consiste únicamente en elegir, entre la clase de las gramáticas compatibles con las leyes de la Gramática Universal [como la gramática del español, el inglés, el alemán o cualquier otra lengua humana] aquella que es compatible con los datos limitados e imperfectos con los que se enfrenta” (Chomsky 1999b: 239-240). De esta forma, si, por ejemplo, el niño se enfrenta a una comunidad de habla inglesa, desarrollará una gramática concreta correspondiente a la lengua de esa comunidad. Pero el niño, desde su nacimiento, está genéticamente predispuesto a la *posibilidad* de adquirir como lengua materna *cualquier* otra lengua humana posible. La que finalmente desarrollará será aquella que se hable en la comunidad en la que creció, aquella que aporte los datos de la experiencia lingüística para que pueda llevarse a cabo el proceso de adquisición del lenguaje mediante “la interacción de lo innato con la experiencia lingüística proveniente de una lengua particular” (Caravedo 1986: 137). No obstante, “el conocimiento resultante contiene más de lo que dichos estímulos pueden enseñar” (Herrera Burstein 2009: 2). Por ello, si bien la Facultad del Lenguaje necesita de los estímulos para poder desarrollarse hasta su estadio final, los mecanismos internos que intervienen en el proceso tienen más peso que los datos lingüísticos, pues el conocimiento lingüístico final que poseen los hablantes supera ampliamente lo que han podido oír en sus respectivas experiencias.

Así, la Gramática Universal es el estadio inicial del conocimiento del lenguaje, una facultad lingüística innata que, expuesta a la experiencia, llega a construir, en su estadio final, una gramática mental específica, una Lengua-I. Por ello, afirmábamos que cualquier hablante desde el momento de su nacimiento está potencialmente capacitado para adquirir cualquier lengua y que su Facultad del Lenguaje se activará una vez que haya sido expuesto a los estímulos adecuados, pues los principios universales del lenguaje necesitan márgenes de variación para poder construir la gramática de una lengua específica. Lo aprendido no son los principios universales del lenguaje, sino solo los márgenes de variación de una lengua, es decir, márgenes o parámetros que se aprenden solo cuando nos exponemos a los datos lingüísticos. Por esta razón, Chomsky afirma que los principios de la Gramática Universal, tales como el principio de la dependencia estructural, “no se aprenden, sino que forman parte de las condiciones que posibilitan el aprendizaje del lenguaje” (Chomsky 1971: 56). Respecto de los márgenes de variación, los llamados ‘parámetros’, debemos señalar que son ellos los encargados de que cada principio universal del lenguaje esté abierto a manifestarse de manera distinta en cada lengua particular. Los parámetros son así el resultado de la intervención de los datos de la experiencia, pues los estímulos lingüísticos son los responsables de que los principios universales

estén abiertos a márgenes de variación entre lenguas, es decir, de fijar la variación paramétrica. Esto es lo que permite afirmar que los parámetros de las lenguas particulares son aprendidos, mas no los principios universales del lenguaje, que se caracterizan por ser íntegramente innatos (Asselin 1972: 9-10; Longa y Lorenzo 1996: 34-35).<sup>10</sup>

Veamos un ejemplo. Uno de los principios universales del lenguaje dice que toda lengua debe contar con un sujeto léxico. Los sujetos léxicos son sujetos fonéticamente realizados, es decir, sujetos de pronunciación obligatoria. Sin embargo, sabemos que hay lenguas que aparentemente no se ajustan a este principio. En español, por ejemplo, si omitimos el sujeto léxico en la oración ‘*Él* debe habitar sobre las estrellas’, tendríamos una construcción bien formada (‘Debe habitar sobre las estrellas’), pero en alemán no sucede lo mismo si omitimos el sujeto léxico ‘er’ en la oración equivalente ‘Über Sternen muss *er* wohnen’.<sup>11</sup> Es decir, tendríamos una construcción mal formada si prescindieramos del pronombre ‘er’ en dicha construcción. Por ello, en alemán el sujeto léxico es obligatorio, mas no en español. La explicación sobre por qué el alemán (o el inglés) debe contar con un sujeto léxico, mientras que el español (o el italiano) puede prescindir de él consiste en que el sujeto léxico en estas lenguas se manifiesta a través de un pronombre abstracto que, si bien no se pronuncia, sí aparece en la posición en la que habitualmente aparecen los sujetos. A estos pronombres se les llama ‘pro’ en la teoría generativista chomskyana, una abreviatura que se usa a la hora de analizar ese tipo de construcciones. Así, tenemos que en español la oración ‘Debe habitar sobre las estrellas’ tiene un sujeto latente, el pronombre ‘él’, y por ello podemos anteponer la abreviatura en la representación de la oración, para marcar que en la lengua referida hay un parámetro que permite un pronombre abstracto como sujeto: ‘pro Debe habitar sobre las estrellas’. De este modo, la Gramática Universal nos da posibilidades de escoger márgenes de variación que se ajusten a los estímulos que hemos recibido desde el nacimiento, y nos da así una base para la adquisición de cualquier lengua humana. Con el ejemplo anterior, hemos visto que el principio universal del sujeto léxico se manifiesta en relación con dos posibles parámetros de variación: la gramática que dispone del pronombre abstracto y la gramática que no dispone de él (Chomsky 1992: 57; Lorenzo 2001: 83). Si se selecciona un parámetro en vez de otro, la elección deberá haber dependido de los datos lingüísticos a los que el hablante ha tenido acceso en la experiencia, y el conocimiento lingüístico resultante (rico y complejo) lo aplicará en su lengua materna.

---

<sup>10</sup> Sobre el rechazo de la existencia de mecanismos innatos en la mente, Chomsky señala lo siguiente: “Son muchas las personas que rechazan la propuesta de que el lenguaje sea innato, pero nadie se digna a rebatir sus argumentos [...]. Decir que el lenguaje [sí] es innato equivale a expresar la creencia de que cierta naturaleza crucial, relevante, interna, diferencia a mi nieta de las piedras, las abejas, [etc.]. Aspiramos a averiguar en qué consiste esa naturaleza interna [...]” (Chomsky 2004: 61-62).

<sup>11</sup> Expresión alemana tomada de Beethoven, op. 125. Texto basado en Schiller. Referencia en Breitkopf y Härtel (1863: 238-239).

A partir de estas consideraciones, la primera tarea del investigador será construir una gramática para cada lengua concreta observada, es decir, describir la Lengua-I representada en la mente-cerebro del hablante. La tarea siguiente será explicar por qué los hechos del lenguaje son de una manera y no de otra, y aproximarnos así a entender el proceso de adquisición. De ahí que sea indispensable elaborar una teoría *científica* sobre la facultad lingüística. Dentro de esta explicación, la Gramática Universal tendrá un rol central, pues se encargará de formular los principios universales que determinan el funcionamiento de la Facultad del Lenguaje. Esta facultad, tras haber sido expuesta a los estímulos adecuados, será una facultad madura en el estadio final del proceso, esto es, una Lengua-I (Chomsky 1992: 56-57). Al respecto, Chomsky describe lo anterior con un ejemplo ilustrativo: *el símil de la planta, el agua y la flor*. Nos dice que imaginemos una planta<sup>12</sup> que necesita ser regada para que brote una flor,<sup>13</sup> pero que la planta no aprende del agua<sup>14</sup> a ser flor (Chomsky, citado por Longa y Lorenzo 1996: 35). Sucede lo mismo en el proceso de adquisición del lenguaje, que hemos ilustrado con el ejemplo anteriormente analizado.

En relación con lo que se ha expuesto, remitámonos a continuación a un pasaje en el que se relacionan los principales ejes del pensamiento filosófico chomskyano:

Una persona que habla una lengua ha desarrollado cierto sistema de conocimiento, representado de alguna manera en la mente [MENTALISMO], y en última instancia en el cerebro en alguna suerte de configuración física [NATURALISMO] [...]. Ciertos aspectos de nuestro conocimiento y comprensión son innatos, parte de nuestra herencia biológica, genéticamente determinada, al igual que los elementos de nuestra naturaleza común hace que nos crezcan brazos y piernas en vez de alas [INNATISMO] (Chomsky, citado por Lorenzo 2001: 47-48).<sup>15</sup>

A partir de lo que hemos expuesto acerca del proceso de la adquisición del lenguaje y la creatividad lingüística, hemos examinado el marco mentalista y el marco biológico de la teoría chomskyana.<sup>16</sup> En relación con esto, debemos señalar ahora cuál es el compromiso filosófico de Chomsky que lo impulsa a elaborar una teoría científica del lenguaje: la finalidad consiste pues en que estudiar el lenguaje desde el enfoque de un internismo naturalista (científico) nos aproxima más al conocimiento de la estructura de la mente humana, pues la teoría chomskyana no solo trata de hacer explícita la gramática mental de los hablantes, es decir, no solo da una *descripción* técnica y detallada de aquello que el hablante no puede

---

<sup>12</sup> La Gramática Universal, la Facultad del Lenguaje en su estadio inicial.

<sup>13</sup> La Lengua-I, la Facultad del Lenguaje en su estadio final.

<sup>14</sup> La experiencia lingüística.

<sup>15</sup> Este pasaje pertenece a Chomsky (1992). Los corchetes pertenecen a Lorenzo (2001).

<sup>16</sup> En el segundo capítulo, examinaremos el tercer aspecto mencionado en el pasaje: el naturalismo chomskyano.

manifestar explícitamente al usar su lengua, sino que va más allá y apunta a dar una *explicación* sobre cómo se da el proceso de adquisición del lenguaje y por qué usamos el lenguaje de una manera y no de otra, pues para Chomsky el lenguaje, y más específicamente su sintaxis, es un reflejo del funcionamiento de la mente humana. Por ello, estudiar el lenguaje desde un internismo naturalista nos conduce a entender algo más acerca de uno de los aspectos de nuestra naturaleza, debido a que para Chomsky el hombre es un animal sintáctico: la estructura de su cerebro determina sus estructuras gramaticales, es decir, su sintaxis (Searle 1977: 35). Por ello, en el estudio del lenguaje no solamente hay que “construir una teoría general formalizada de la estructura lingüística” (Chomsky 1974: 24), sino que también hay que enfocarnos en los fundamentos filosóficos que han sido los pilares sólidos de la teoría lingüística chomskyana, que ha ido variando y evolucionando a lo largo del tiempo con el fin de dar una mejor caracterización de los principios que gobiernan el lenguaje y la mente humana, así como las ciencias naturales cambian y evolucionan constantemente con la finalidad de hacer una elaboración teórica cada vez más refinada de los fenómenos que se estudian.

En este apartado, hemos visto que la Gramática Universal es un componente íntegramente innato de la mente y que en el estadio final del proceso de adquisición, la facultad lingüística ha tenido que recibir estímulos lingüísticos adecuados, en el caso de que se haya desarrollado de manera normal. En este contexto, la distinción entre principios y parámetros ha servido para separar aquellos aspectos de nuestro conocimiento lingüístico que son innatos de aquellos que son aprendidos, pero también para darnos cuenta de que la Facultad del Lenguaje no puede madurar si sus principios universales innatos no han sido expuestos a márgenes de variación, es decir, si no han interactuado con la experiencia lingüística encargada de fijar los parámetros particulares aprendidos. No obstante, el componente innato tendrá mayor peso que la experiencia, debido a que el conocimiento lingüístico de los hablantes supera lo que han podido oír en sus respectivas experiencias. Asimismo, el componente innato, la Gramática Universal, explica por qué desde una corta edad los hablantes adquieren una lengua en corto tiempo, sin mayor esfuerzo y de manera uniforme y eficiente. La adquisición del lenguaje está pues determinada por una facultad lingüística en nuestro cerebro, que está presente desde que nacemos y que antecede las condiciones de la experiencia. Por las razones expuestas, la teoría chomskyana considerará que el modo de aproximación más adecuado para describir y explicar el proceso de adquisición del lenguaje será aquel que concentre su atención en el estudio científico de los mecanismos innatos de la mente. En este contexto, será crucial la noción de *naturalismo* metodológico en el estudio del lenguaje, noción que examinaremos en el siguiente capítulo.

## Conclusión

En este primer capítulo hemos defendido la naturaleza fija del conocimiento lingüístico y hemos rastreado los antecedentes filosóficos de la teoría chomskyana en Platón y Descartes a la hora de exponer los dos aspectos fundamentales que advierte Chomsky acerca del lenguaje: el Problema de Platón y el Problema de Descartes. Cualquier teoría que intente dar una explicación científica adecuada acerca de la adquisición y uso del lenguaje deberá hacer frente a ambos problemas, ya que el Problema de Platón y el Problema de Descartes no son propiedades accesorias del lenguaje, sino que son propiedades definatorias, esenciales, fundamentales. Al respecto, hemos visto que solo si le damos primacía al estudio de los mecanismos internos de la mente sobre la experiencia lingüística, podemos aproximarnos a dar una explicación satisfactoria del proceso de adquisición del lenguaje y la creatividad lingüística. En este contexto, ha sido importante mencionar la noción de *naturalismo metodológico* en el estudio del lenguaje, noción sobre la cual trataremos en el siguiente capítulo.



## Capítulo 2

### El naturalismo chomskyano y el estudio científico del lenguaje

#### Introducción

En este segundo capítulo nos enfocaremos en tres objetivos que se corresponderán con cada una de las secciones del presente capítulo. En la primera sección, nuestro objetivo será presentar y analizar las razones por las cuales la ciencia del lenguaje no debe incluir como parte de su objeto de investigación el estudio de conceptos derivados del uso ordinario del sentido común (términos como ‘lenguaje’, entendido como Lengua-E, por ejemplo) para luego presentar la crítica chomskyana al dualismo metodológico y tener así una primera aproximación al problema de aplicar un doble rasero de evaluación a las contribuciones de la ciencia del lenguaje y las ciencias naturales. En la segunda sección, el objetivo será examinar y analizar las principales diferencias que separan el naturalismo metodológico chomskyano del dualismo ontológico cartesiano y del materialismo ontológico. En este contexto, será crucial tomar especial atención a la exposición de algunos eventos ocurridos en la historia de las ciencias avanzadas, ya que esto nos permitirá entender por qué se plantea que el problema mente-cuerpo es un falso problema actualmente y por qué no lo era en tiempos de Descartes. Por último, en la tercera sección, a la luz del contexto histórico expuesto en la segunda sección, examinaremos los paralelismos existentes entre la ciencia del lenguaje y las ciencias naturales con la finalidad de analizar por qué no es pertinente una postura dualista metodológica en una investigación naturalista del lenguaje. A lo largo del capítulo defenderemos la tesis de que la ciencia del lenguaje debe ser una ciencia metodológicamente comparable con las ciencias naturales y que, por ello, la teoría chomskyana, que ha dado nacimiento a esa ciencia, debe adoptar un naturalismo metodológico comprometido con la posibilidad de una unificación o integración final de la ciencia del lenguaje con las ciencias del cerebro.

Para los propósitos descritos es *fundamental* que a lo largo de la lectura se tome especial atención al paralelismo existente entre la química y la ciencia del lenguaje. Esta comparación será mencionada a lo largo del presente capítulo, debido a que nos permitirá apreciar lo instructivo que puede llegar a ser tomar conocimiento de la historia de las ciencias avanzadas para evitar sucumbir ante un dualismo metodológico, y debido también a que la ilustrativa comparación nos servirá para comprender por qué el naturalismo chomskyano opta por una unificación con las ciencias naturales en lugar de proponer, como lo haría un materialista ontológico, la reducción o eliminación de las ciencias de la mente. Desde este punto de vista, la ciencia del lenguaje sería reducida o eliminada por la física (ciencias del cerebro), pero desde el punto de

vista chomskyano, lo que se propone no es una reducción o eliminación, sino una unificación o integración final con las ciencias naturales.

Es importante también que no se pierda de vista el contexto histórico-científico en el que se encontraban Descartes y Newton, antecedentes históricos a los que recurre Chomsky para sustentar las razones por las cuales la noción mecanicista de ‘cuerpo’ no debe gobernar las discusiones contemporáneas sobre el problema mente-cuerpo, pues si bien la noción mecanicista puede gobernar las intuiciones ordinarias de sentido común, no es tomada en cuenta para la elaboración de explicaciones de carácter científico tras la revolución newtoniana. Precisamente a partir de la segunda sección del presente capítulo, se expone la manera como las contribuciones científicas de Newton hicieron que los cimientos más sólidos de la filosofía mecanicista fueran seriamente cuestionados. Es fundamental no perder de vista este suceso en la historia de las ciencias, pues tal contexto histórico nos permitirá comprender por qué actualmente no existe una noción coherente del concepto ‘cuerpo’.

De igual manera, debe tenerse en cuenta la distinción que se plantea entre la perspectiva ordinaria del sentido común y la perspectiva científica alejada de él y comprometida con la elaboración de teorías suficientemente explicativas bajo criterios de racionalidad científica, y no bajo criterios de intuiciones ordinarias de sentido común. Tomar en cuenta esta distinción permitirá comprender por qué el naturalismo científico chomskyano no debe incorporar conceptos ordinarios de sentido común como parte de su objeto de estudio, así como también permitirá entender por qué el dualismo metodológico se equivoca al exigir la incorporación de estas nociones ordinarias como parte de la elaboración de teorías científicas sobre el lenguaje. Con estos tres puntos en mente y las distinciones mencionadas en la introducción anterior, debemos empezar la lectura del presente capítulo.

### **2.1. La ciencia del lenguaje y la crítica al dualismo metodológico**

La investigación científica del conocimiento lingüístico interno de los hablantes (Lengua-I) forma parte de un estudio de la naturaleza humana que Chomsky vincula con aquello que el filósofo empirista David Hume llamó ‘ciencia de la naturaleza humana’, una ‘ciencia’ cuyo objetivo es tratar de dilucidar ‘los principios y causas secretas que rigen las operaciones de la mente humana’ (Chomsky: 1998: 231; Hume, citado por Chomsky: 1998: 231). La investigación científica de la Lengua-I planteada por Chomsky intenta esclarecer los principios de la mente que se manifiestan en el uso del lenguaje y, con ello, contribuye a iluminar de algún modo parte de nuestra naturaleza. Esto quiere decir que la investigación científica de la Lengua-I forma solo una parte de una ‘ciencia de la naturaleza humana’ más amplia que no solamente se cuestiona sobre los principios del conocimiento del lenguaje, sino también sobre aquellos principios que rigen el

pensamiento en general (la acción humana, las intenciones, las creencias, etc.). Estos aspectos del pensamiento mantienen una estrecha relación con la Lengua-E, con el lenguaje entendido como hecho social y vinculado a circunstancias extralingüísticas, y sin duda forman parte de nuestra naturaleza; sin embargo, van más allá del alcance de una investigación de carácter naturalista, es decir, desbordan los límites de una explicación de carácter científico. Por ello, si no nos es posible abordar estos aspectos del pensamiento desde un enfoque naturalista, debemos hacerlo desde otra perspectiva: desde una perspectiva ordinaria de sentido común. Y es en este terreno donde marcamos una línea de separación entre objetos de estudio estables (la Lengua-I chomskyana) y aquellos inestables (aspectos del pensamiento en general vinculados a la Lengua-E). Con esto establecemos entonces una diferencia crucial entre una explicación de carácter naturalista (científica) y una aproximación de sentido común (ordinaria). Si en el caso específico del estudio del lenguaje, optamos por una aproximación hecha desde la perspectiva del sentido común, esto es, una clase de aproximación teórica ordinaria vinculada a la Lengua-E, enseguida advertimos que esa clase de aproximación es insuficiente para explicar aspectos cruciales del uso lenguaje (aspectos tales como el Problema de Platón y el Problema de Descartes), mientras que una explicación naturalista no tiene tal problema y de este modo puede alumbrar cada vez más el entendimiento que hasta el momento tenemos acerca de los principios que gobiernan el lenguaje y la mente humana.

Así, la teoría chomskyana apunta a dar una explicación de una parcela del conocimiento humano, el lenguaje (la Lengua-I en específico), que es un aspecto parcial del pensamiento, y no apunta a dilucidar los aspectos del pensamiento en su totalidad, vinculados a la Lengua-E, pues en la medida en que intentemos comprender al ser humano como una totalidad (como un ser que actúa, que siente, que decide, que imagina, que interactúa con su comunidad, etc.), se hacen más oscuros, menos accesibles y más inestables los fenómenos a explicar. De ahí que no puedan ser abordables de forma naturalista. Pero si quisiéramos abordar tentativamente esos aspectos del pensamiento, no nos quedaría más que conformarnos con una aproximación desde la perspectiva ordinaria del sentido común, aunque así solo tengamos una *aproximación*, mas no una *explicación*, en sentido estricto, de dichos fenómenos. En el caso del lenguaje, se descarta la posibilidad de hacer este tipo de aproximación ordinaria si realmente apuntamos a dar una explicación *científica* del conocimiento interno de los hablantes. Así tenemos entonces que si el lenguaje es un reflejo del funcionamiento de la mente humana, el estudio de la Lengua-I será crucial para conocer de manera científica algo más acerca de nuestra naturaleza, mientras que el estudio de otros aspectos del pensamiento, separados de la Lengua-I, no pueden aspirar a dar tal clase de explicación por ser accesibles solo a través de la perspectiva ordinaria de sentido común (Cela Conde y Marty 1998: 27-30, 43).

Por lo anterior, Chomsky sostiene que el estudio científico del lenguaje “se parece mucho [...] al de otros órganos. El estudio de los sistemas visual y motor ha descubierto mecanismos gracias a los cuales el cerebro interpreta estímulos dispersos, como un cubo, y el brazo [que] alcanza un libro en la mesa. Pero esas ramas de la ciencia no plantean la pregunta de cómo la gente decide mirar un libro en la mesa o cogerlo, y las especulaciones sobre el uso de los sistemas visual y motor, o de otros, significan muy poco [en la investigación científica de estos sistemas]” (Chomsky 1998: 84). Como sabemos, la Facultad del Lenguaje que recibe los estímulos adecuados desarrollará una Lengua-I hacia el final del proceso, y es esa facultad la que se entiende como un órgano mental del lenguaje, comparable con el riñón o el sistema circulatorio en tanto que tienen “una función distinta de la de otros órganos, y una estructura adaptada para esta función [...]” (Gallistel 2010: 340-341).<sup>17</sup> En el caso del lenguaje, el estadio inicial de conocimiento se expone a estímulos pobres, limitados y dispersos, a lo cual el individuo se sobrepone para llegar a desarrollar la Lengua-I respectiva. Análogamente, el sistema visual está genéticamente determinado para desarrollarse normalmente después de haber sido expuesto a diversas clases de estímulos. No obstante, en este caso la biología no se cuestiona de qué forma un ser humano decide mirar un objeto o con qué intención lo hace, pues estas son cuestiones que carecen de interés en la investigación, que no contribuyen al estudio biológico (científico) del sistema visual y que desbordan los límites del estudio de los mecanismos biológicos internos que hacen posible la visión. Asimismo, el estudio científico del lenguaje no se preocupa por plantearse preguntas acerca de la relación del lenguaje con circunstancias extralingüísticas, ámbito perteneciente a la Lengua-E, que no es parte de una investigación de alcance naturalista como la que Chomsky propone para el estudio del lenguaje.

Así vemos entonces que en un estudio teórico del mundo natural, al que pertenece el objeto de estudio chomskyano, la Lengua-I, no tienen lugar las nociones ordinarias de sentido común, así como en las ciencias no tienen lugar las nociones ordinarias de ‘agua’, ‘energía’, ‘movimiento’, etc. Por ejemplo, desde la perspectiva ordinaria, que un líquido sea agua depende de los usos particulares que la gente hace de ese término, y a la química no le preocupa la manera como las personas deciden si un determinado líquido es agua o té o qué circunstancias hacen que las personas consideren que dos líquidos sean lo mismo o se diferencien. Supongamos, siguiendo a Chomsky, que, por ejemplo, llenamos una taza roja del líquido que sale de abrir un grifo. Diríamos en este caso que la taza roja es una taza de agua a la que, por ejemplo, podríamos agregar un té y así ya no tener una taza de agua sino de té. Supongamos también que llenamos otra taza, una taza azul, del líquido que sale de otro grifo, pero que el líquido de este grifo proviene de una matriz en la que se ha usado té como purificador del agua. De este otro grifo saldría entonces una sustancia química idéntica a la sustancia que tenemos en la taza roja después de haberle introducido un té. Así, pese a

---

<sup>17</sup> Cita tomada del libro *Chomsky* (2010), recopilación de artículos de diversos autores. En la bibliografía se encuentran citadas las versiones originales de los artículos y sus respectivas traducciones.

que químicamente las sustancias de las tazas azul y roja son idénticas, diríamos que lo que sale del segundo grifo es agua y no té. Aquí tenemos entonces dos puntos de vista, la del químico que no distingue el contenido de las dos tazas y la de una persona ordinaria que sí distingue entre una taza a la que le ha echado té y otra taza cuyo contenido sale directamente del grifo. Desde la perspectiva del sentido común, el té proveniente de la matriz sería considerado una impureza en la taza azul, cuyo contenido seguiría siendo considerado agua, mientras que no sería una impureza en el caso de la taza roja (Chomsky 1998: 89, 185-187, 198-199). Así vemos que un hablante común no se compromete con la composición química de aquello que denomina 'agua' y que son las circunstancias de uso las que nos hacen decidir de qué estamos hablando (Chomsky 1998: 212, 261). Pero determinar esos modos de decisión no es tarea de la química, así como tampoco es tarea de la investigación naturalista del lenguaje ocuparse de la relación del lenguaje con fenómenos extralingüísticos en los que intervienen aspectos del pensamiento en general (intenciones, voluntad, intereses, deseos, etc.) que van más allá de los límites planteados al estudio científico del lenguaje.

Así, por ejemplo, preguntarse por qué los hablantes usan su lengua en una sociedad y en un determinado contexto nos enfrenta a una cantidad de fenómenos en extremo inestables y dependientes de circunstancias variables, lo cual hace más difícil la delimitación del objeto de estudio. Una delimitación restringida únicamente al estudio de la Lengua-I permitirá dar una explicación iluminadora acerca de los mecanismos biológicos internos que hacen posible el uso del lenguaje, y no dar una explicación acerca de su uso concreto, uso que mantiene una relación estrecha con circunstancias extralingüísticas variables. Para lograr tal objetivo, hay que delimitar y simplificar el objeto de estudio, liberando a la investigación de exigencias de una explicación del *todo*, lo cual incluiría dar explicaciones acerca del funcionamiento del lenguaje en sociedad o del lenguaje en contexto, situaciones en las que el órgano mental del lenguaje interactúa con otros aspectos del pensamiento que no forman parte de una investigación naturalista. Sería como exigirle a la química que dé cuenta de cómo los seres humanos usan el término 'agua' en determinadas circunstancias. Esto último nunca ha sido objeto de controversia en el ámbito de las ciencias, pero sí lo es en el ámbito del estudio del lenguaje cuando se decide dejar de lado la Lengua-E, el lenguaje entendido como hecho social y vinculado a circunstancias extralingüísticas. Que no se entienda por lo anterior que se le resta importancia al discurso ordinario del sentido común o a las investigaciones filosóficas que han contribuido al estudio de la Lengua-E. Al respecto, Chomsky asevera lo siguiente:

No se trata de que el discurso ordinario no consiga hablar del mundo, o que los particulares que describe no existan, o que sus explicaciones sean demasiado imprecisas. Es más bien que las categorías que utiliza y los principios que invoca no necesitan tener siquiera burdas contrapartidas en la investigación naturalista. Eso es verdad incluso en las partes del discurso ordinario que tienen una apariencia cuasinaturalista. A la química no le importa el modo en que la gente decide si algo es agua o té. No es una tarea necesaria de la

bioquímica decidir en qué punto de la transición que va de los simples gases a las bacterias se encuentra ‘la esencia de la vida’, y si se impusiera una categorización así, la correspondencia con las nociones del sentido común importaría tanto como la de los cielos, energía o sólido. Los biólogos no se interesan por si el discurso ordinario consideraría ‘vivos’ a los virus [...]. Análogamente, el concepto de ‘ser humano’ [...] no forma parte de las ciencias naturales. La teoría de la evolución y otras partes de la biología sí tratan de comprender a Juan Pérez y su lugar en la naturaleza; sin embargo, no lo hacen adoptando la descripción ‘ser humano’ o ‘persona’, tal como se entiende en el lenguaje y en el pensamiento ordinario (Chomsky 1998: 198-199).

En el ejemplo del agua y el té, el uso ordinario del término ‘agua’ no necesita tener una contrapartida en la teoría científica correspondiente, debido a que la química no incluye como parte de su objeto de estudio captar el contenido de conceptos que se emplean en el habla ordinaria. En lugar de ello, se fijan conceptos explicativos adecuados para llegar a hacer inteligibles las teorías naturalistas (Chomsky 1998: 124, 140). De esta manera, es evidente que el éxito continuo que han tenido las ciencias naturales no depende de las concepciones ordinarias del sentido común, así como tampoco los continuos avances de la investigación naturalista del lenguaje dependen de usos terminológicos que hacen inestable al objeto de estudio delimitado (la Lengua-I). Los avances de la investigación naturalista del lenguaje han dependido, como en las ciencias naturales, de la emancipación que se tenga respecto del dominio conceptual informal, por ejemplo, respecto del uso ordinario que se les ha dado a términos tales como ‘lenguaje’, ‘mente’ o ‘conocimiento’ (Jacob 2010: 385-387). Por ello, “la investigación naturalista (o científica) de la FHL [Facultad Humana del Lenguaje] no puede ser sometida al análisis conceptual regido por el dominio de los conceptos ordinarios [...]” (Jacob 2010: 386). De ahí que la Lengua-E no pueda formar parte del estudio naturalista de la Facultad del Lenguaje.

Desde la perspectiva del sentido común se ha entendido siempre al lenguaje como un fenómeno social, cultural y dependiente de circunstancias extralingüísticas, es decir, se ha limitado el enfoque de comprensión al *uso* concreto del lenguaje, y no a aquellas propiedades de la mente que permiten ese uso. No obstante, Chomsky aparta de la investigación esta forma ordinaria de comprender el término ‘lenguaje’ al introducir el concepto técnico de Lengua-I, y apunta así a una investigación cuyo enfoque se limite a dar una explicación científica del lenguaje entendido como fenómeno biológico. Con esto, “Chomsky ha atacado lo que aún sigue siendo uno de los pilares de la vida intelectual del siglo XX, a saber, el ‘Modelo Estándar de la Ciencia Social’, según el cual la psiquis humana está moldeada por la cultura que la rodea” (Pinker 1995: 22). No obstante, los avances y resultados notables que ha tenido la investigación en los últimos años justifica la restricción del objeto de estudio a la Lengua-I y el apartamiento de la Lengua-E, tal como la emancipación de las ciencias naturales de los conceptos del sentido común permitieron su florecimiento.

Los avances de esta investigación naturalista se ven reflejados en el auge que ha tenido la ciencia del lenguaje al adoptar el enfoque llamado ‘generativista’, que “persigue delinear exactamente qué es lo que alguien sabe cuando conoce una lengua, esto es, qué es lo que ha aprendido de acuerdo con los principios innatos” (Chomsky 1989: 39-40). La Gramática Generativa generará y formará enunciados que pongan de manifiesto los principios universales innatos que se presentan en el estadio inicial del conocimiento del lenguaje y, con ello, contribuirá a elucidar los mecanismos cerebrales internos que nos permiten adquirir y desarrollar una lengua materna hasta su estadio final, la Lengua-I (Chomsky 1992: 56). La Gramática Generativa nos da así una representación formal que explicita el conocimiento interno de los hablantes al dar cuenta de la infinitud de expresiones y al predecirlas con exactitud. A partir de los datos lingüísticos primarios a los que se le expone a un niño desde su nacimiento, el niño aplicará el conjunto de principios universales innatos en el estadio inicial de conocimiento del lenguaje para finalmente, ya en el estadio final, poseer una Lengua-I establecida. Por ejemplo, si tenemos una frase como ‘El hombre que maneja la carroza funde cobre’ y otra como ‘El hombre que la flor maneja la carroza funde cobre’, sabremos que la oración correcta es la primera y no la segunda; no obstante, no podemos preguntarle a un hablante común del español por qué sabe que eso es así, debido a que no podría dar una explicación consciente acerca de qué principios del lenguaje y qué restricciones hacen que la primera oración sea la correcta y no la segunda. Pero de lo que sí estará seguro es que sus juicios gramaticales de discernimiento (de oraciones bien formadas de otras que no lo son) serán juicios correctos en cada caso, pese a no poder explicar el porqué.

Lo que el investigador naturalista del lenguaje evalúa de manera consciente (los indicadores científicos que hacen que descubra las estructuras universales del lenguaje) simplemente no serán accesibles para un hablante común en el proceso de adquisición de una lengua (Jacob 2010: 389). No poder manifestar explícitamente ese conocimiento lingüístico hace que nos enfrentemos al hecho de que existen conocimientos que no son accesibles a la conciencia. Por ello, una concepción filosófica tradicional no debe imponer a una investigación naturalista el concepto ordinario de ‘conocimiento’, esto es, considerar que para que algo califique como ‘conocimiento’ deba ser necesariamente accesible a la conciencia. Si esto ocurriera en el caso del lenguaje, Pepe, un hablante común del español, debería poder explicar con rigurosidad científica cómo así forma, por ejemplo, oraciones de relativo u oraciones de negación o interrogación en su lengua. Lo mismo ocurre con el término ‘mente’, pues tradicionalmente se ha entendido que todo estado mental debe ser accesible a la conciencia para que califique como tal, es decir, que todo aquello que se considere mental debe ser un estado consciente, accesible para un individuo  $x$  que tiene un estado mental  $y$ . Por consiguiente, términos como ‘lenguaje’, ‘conocimiento’ y ‘mente’, entendidos desde la perspectiva tradicional, o desde la perspectiva del sentido común, deben dejarse de lado a la hora de evaluar una investigación de corte naturalista sobre la adquisición y uso del lenguaje, al igual que los

conceptos ordinarios de ‘movimiento’, ‘materia’ o ‘vida’ se dejan de lado en las ciencias naturales. Así, “someter la investigación científica de la FHL [Facultad Humana del Lenguaje] a las restricciones del concepto ordinario de *saber* o de *conocimiento* [o de *lenguaje*] es sucumbir al dualismo metodológico. Ante el éxito teórico de la biología molecular, los filósofos de las ciencias se abstienen de someter la teoría de la doble hélice de la molécula del ADN al dominio del concepto ordinario de vida” (Jacob 2010: 387).

Este doble rasero que existe para evaluar las teorías científicas se denomina ‘dualismo metodológico’ y hace referencia al hecho de que en el caso específico de la ciencia del lenguaje, cuyo objetivo es dilucidar la gramática mental de los hablantes, debemos abandonar los criterios de la racionalidad científica. Para el dualismo metodológico, todo aquello que se denomine ‘mental’ debe ser estudiado con un tratamiento distinto del que se les da a los objetos de estudio de las distintas ramas de las ciencias, “deviniendo místicos en este único dominio [el mental], imponiendo estipulaciones arbitrarias y exigencias *a priori* de un tipo que nunca se plantearía en las ciencias [...]” (Chomsky 1998: 124-125). Estas estipulaciones arbitrarias y exigencias *a priori* a las que Chomsky hace referencia son las reflexiones conceptuales que se plantean en la perspectiva ordinaria del sentido común, ya mencionadas, que no son compatibles con una investigación naturalista del lenguaje.

Esta duplicidad de evaluación por parte del dualismo metodológico resulta incomprensible, debido a que en las ciencias naturales nadie objeta por qué los físicos, químicos o biólogos no se ocupan de dar una explicación acerca del uso de términos de sentido común; pero a los científicos del lenguaje sí se les rechaza sus teorías explicativas por no incluir, por ejemplo, a la Lengua-E en su objeto de estudio, y tales objeciones se plantean muchas veces con poco entendimiento sobre los alcances y límites del naturalismo chomskyano. La cuestión aquí no radica en considerar si los conceptos de sentido común, incluyendo la Lengua-E, tienen importancia o no, pues tales reflexiones conceptuales ordinarias tienen su lugar en otras ramas importantes y serias de investigación (como la filosofía, la sociología o la antropología), sino que simplemente no tienen lugar en una investigación naturalista, que se guía sobre la base de criterios de racionalidad científica. Por ello, cuando hablamos de la Gramática Generativa como una ‘ciencia del lenguaje’, nos referimos a ella haciendo uso del término ‘ciencia’ en sentido estricto, pues la Gramática Generativa no nos dará una simple *aproximación* sobre qué es lo que alguien sabe cuando sabe una lengua, sino que nos dará una *explicación* científica formal que delinee perfectamente cuáles son esas estructuras mentales del conocimiento del lenguaje, y podrá predecirlas con exactitud *matemática*.

Para ello, tendremos dos niveles de adecuación de las gramáticas: una gramática descriptivamente adecuada y otra explicativamente adecuada. Una gramática será descriptivamente adecuada si al evaluar una lengua particular describe correctamente lo que conoce el hablante de esa lengua. Esta gramática dará así una correcta descripción del estado cognitivo particular de una persona que, por ejemplo, hable alemán, mientras que una gramática explicativamente adecuada tendrá un objetivo más amplio: descubrir las estructuras universales innatas del conocimiento del lenguaje que hacen que nos sea posible adquirir una lengua, cualquiera que esta sea. Con esto, la Gramática Generativa no se limita a dar descripciones del uso de lenguas particulares, sino que apunta a un objetivo más ambicioso: construir un modelo de adquisición del lenguaje (Boeckx y Hornstein 2010: 112-113; Chomsky 1999a: 27).

Así, la ciencia del lenguaje trabajará sobre la base de los criterios de racionalidad científica, es decir, seguirá la metodología que se aplica en las ciencias naturales. Por ello, la teoría chomskyana tratará un objeto mental, la Facultad del Lenguaje, de la misma forma como se trata o estudia un objeto físico. Y aquellas propuestas teóricas que se aproximen al estudio de la Facultad del Lenguaje de manera distinta a la forma como las ciencias naturales se aproximan a su objeto sucumbirán ante un dualismo metodológico, que aplicará un doble rasero a la hora de evaluar el éxito explicativo de las ciencias naturales y de la ciencia del lenguaje. Por su parte, las disciplinas que reflexionan acerca de conceptos que se usan de modo ordinario, no científico, son disciplinas interesantes en sí mismas, pero no ofrecen un saber probado y suficientemente desarrollado, como sí sucede, por ejemplo, con la física y la biología, debido a que sus logros han permitido que ambas disciplinas se apliquen con éxito en la ingeniería y la medicina, respectivamente (Bricmont y Franck 2010: 14). Aquí debemos aclarar que las disciplinas que se encargan del estudio del sentido común no son estudios informales. No es que este tipo de disciplinas no se caractericen por proponer teorías serias de investigación solo por no pertenecer al ámbito científico en sentido estricto (naturalista), sino que tanto el naturalismo como el estudio teórico del sentido común, ambos, son diferentes áreas de investigación, con objetos de estudio distintos. El hecho de que se establezca una *teoría* acerca de cómo los seres humanos usamos los conceptos del sentido común hace que a veces se hable de este tipo de disciplinas como ramas de investigación de corte científico, pero aquí no debe entenderse la palabra ‘científico’ en sentido estricto, pues ya sabemos que es preferible reservar el uso de esa palabra para investigaciones naturalistas. De ahí que Chomsky se refiera al conjunto de este tipo de disciplinas no científicas (en sentido estricto) como ‘etnociencia’. Así, cuando se hable, por ejemplo, de que tanto la Lengua-E como la Lengua-I son ambas susceptibles de ser estudiadas de forma científica, debemos entender que la Lengua-E se estudiará con un enfoque de investigación etnocientífica y que la Lengua-I se estudiará con un enfoque de investigación científica en sentido estricto (naturalista).

Las ‘ciencias’ del sentido común evaluarán a su modo términos como ‘lenguaje’, ‘mente’ o ‘conocimiento’ y tratarán de comprender la forma como los seres humanos interpretan el mundo, pero la ciencia naturalista chomskyana dará una explicación científica profunda acerca de la *naturaleza* de lo que las ‘ciencias’ del sentido común consideran a su modo. Es decir, la ciencia del lenguaje dará una explicación acerca de la *naturaleza* de lo que los seres humanos interpreten de modo peculiar, por ejemplo, la interpretación ordinaria que hacen de términos químicos, físicos o mentales. Mientras las investigaciones naturalistas sigan en curso, seguiremos usando nuestros conceptos ordinarios para referirnos al mundo, hasta que el avance de una investigación científica nos permita ir modificando nuestros conceptos y refinándolos cada vez más (Chomsky 2000: 90). Que no se entienda entonces que cuando hablamos del sentido común nos estamos refiriendo a la manera como ciertas comunidades humanas entienden de modo obvio algunos conceptos de la vida ordinaria. Más bien, el sentido común chomskyano se entiende como una forma de comprensión de conceptos propia del pensamiento humano, independientemente de la comunidad o grupo humano al que el hablante pertenezca y al margen también de las habilidades o inteligencia que posea, y esa forma de interpretar el mundo la estudian las disciplinas etnocientíficas, puesto que el sentido común engloba una diversidad de fenómenos que no son susceptibles de ser estudiados de forma naturalista (McGilvray 2006: 55-57).

Por ello, “las creencias, deseos, percepciones, rocas que caen, tormentas que se preparan, etc. no son objeto de leyes científicas [...]. No es objeto de controversia que la ciencia no intenta captar el contenido del discurso ordinario, y mucho menos actos más creativos de la imaginación” (Chomsky 1998: 140). Por tanto, una investigación naturalista entenderá el mundo de forma distinta, pero esto no significa que su estudio absorba otras perspectivas de aproximación teórica, pues, como afirma Chomsky, nuestros modos ordinarios de interpretar el mundo no se eliminarán por la prosperidad de una concepción teórica naturalista que abarca un terreno de estudio limitado, pero a la vez profundo:

Lo que ocurre es que la búsqueda de comprensión teórica sigue sus propios caminos, que conducen a una imagen completamente distinta del mundo, que ni vindica ni elimina nuestros modos ordinarios de hablar y pensar. Podemos apreciarlos, modificarlos y enriquecerlos de muchos modos, si bien la ciencia raramente sirve de guía a las áreas con significación humana. La investigación naturalista es una empresa humana particular que persigue una clase especial de comprensión, alcanzable en unos pocos dominios cuando se pueden simplificar lo suficiente los problemas. Mientras tanto, vivimos nuestra vida, enfrentándonos de la mejor manera posible a problemas diversos, de un carácter demasiado rico como para que podamos llegar a discernir principios explicativos de alguna profundidad, en el caso de que existan (Chomsky 1998: 171).

Para descubrir cuáles son los principios que gobiernan el lenguaje y la mente humana, Chomsky propone que solo una perspectiva científica sólida hará que tengamos una explicación profunda del fenómeno particular del lenguaje, entendido en este caso desde una perspectiva biológica, no social. Al no eliminarse la perspectiva del sentido común, no se está proponiendo que existan dos planteamientos teóricos viables para abordar con éxito ese objetivo, sino que simplemente se indica que la investigación científica del lenguaje no dispone de un cuerpo teórico adecuado para abordar con éxito el estudio que demandaría la Lengua-E, por la diversidad y riqueza de los fenómenos que forman parte de ella. Por ello, si intentamos ir más allá de los límites del lenguaje como fenómeno biológico nos enfrentamos a un terreno en el que ya entrarían a tallar la comunidad, la cultura, el contexto etc., todo lo cual iría más allá del alcance de una investigación naturalista del lenguaje (McGilvray 2006: 157). El aislamiento del objeto de estudio desde una perspectiva científica hace que se simplifique de un modo tal los problemas que podamos comprender de manera profunda los principios y mecanismos internos de la mente que hacen que nos sea posible usar el lenguaje.

Por ello, la Lengua-E, el uso concreto del lenguaje, es la ventana de acceso del investigador naturalista para llegar a descubrir esos principios y mecanismos internos, pero tratar de convertir el uso concreto del lenguaje, el comportamiento lingüístico, en una ciencia comparable a las ciencias naturales es tratar de “convertir en objeto natural estable cosas que son, en realidad, empeños creativos de la gente, sumamente variables, dependientes de intereses y sensibles a la influencia del contexto” (McGilvray 2006: 160). Los principios universales que conforman la Gramática Universal chomskyana nos darán una explicación científica que se aplicará a todas las lenguas humanas posibles y permitirá, con esto, alcanzar el objetivo de adecuación explicativa, que irá más allá de la simple descripción y análisis de fenómenos particulares que tienen lugar en el uso concreto del lenguaje. El estudio del lenguaje es pues comparable al estudio de los fenómenos que estudian las ciencias naturales y, por ello, deben ofrecer una explicación profunda acerca de los dos hechos cruciales del lenguaje que hemos expuesto desde un inicio, el Problema de Platón y el Problema de Descartes, problemas que una teoría del lenguaje que no sea naturalista no podría abordar con rigurosidad científica, pues no daría cuenta de cómo *cualquier* ser humano puede adquirir *cualquier* lengua y cómo podría producir *infinitas* expresiones y no solo un conjunto particular (McGilvray 2006: 162, 171-173). Hemos visto que la Gramática Universal y sus parámetros establecidos se encargan de dar cuenta del primer problema y que la Gramática Generativa, a partir de los principios universales y de un aparato analítico formal y riguroso, puede dar cuenta de lo segundo.

Por el paralelismo que se establece entre la ciencia del lenguaje y las ciencias naturales, uno podría decir que la investigación naturalista solo se limita a dar una explicación *científica* del lenguaje, mas no una explicación *filosófica*. Puesto que no se incluye a la Lengua-E en el objeto de estudio de la ciencia chomskyana, ha habido cuestionamientos acerca de cuál es realmente el objeto de estudio de la lingüística, esto es, cuestionamientos acerca de si realmente tal objeto de estudio es solo la Lengua-I o si también debemos incluir a la Lengua-E. Hemos visto que la Lengua-E es un objeto inestable, variable, no susceptible de ser estudiado de forma científica, naturalista, y que solo la Lengua-I puede estudiarse como un objeto del mundo natural, tal como las ciencias naturales estudian el mundo. Hemos visto también que si esta simplificación es aceptada sin mayores cuestionamientos en los objetos de estudio de las distintas ciencias naturales, no aceptarla en una ciencia que estudia el lenguaje desde una perspectiva científica es sucumbir ante un dualismo metodológico, muchas veces no explícitamente defendido, pero que subyace a muchos de los cuestionamientos que se han hecho a lo largo de los años a la ciencia chomskyana.

Desde este dualismo metodológico, se ha objetado que las explicaciones científicas del lenguaje no proporcionan una explicación filosófica, debido a que en la filosofía no solo debe cuestionarse cuáles son las estructuras innatas del conocimiento del lenguaje, sino también cómo se aplica ese conocimiento. Una investigación naturalista considerará que sus explicaciones científicas serán suficientes para explicar la manera como se aplica el conocimiento del lenguaje, dentro de sus límites. Si vamos más allá e incluimos objetos inestables, como la Lengua-E en el objeto de estudio, tendremos entonces una disciplina que ya no es ciencia y que entiende la aplicación del conocimiento del lenguaje más allá de los límites planteados por la investigación naturalista, es decir, más allá de los límites del lenguaje como fenómeno biológico.

Por ello, la filosofía exigiría una explicación que una ciencia naturalista del lenguaje desconoce, así como las ciencias naturales desconocen el tipo de explicación en la que participen conceptos del sentido común que hacen inestables a un objeto científico de investigación. Si se considera que este modo de investigar no contribuye significativamente a la filosofía por no incluir a la Lengua-E, debemos preguntarnos, siguiendo a Chomsky, por qué entonces David Hume, uno de los filósofos más ilustres de la tradición empirista, planteó que la tarea fundamental de la ciencia de la naturaleza humana es tratar de descubrir los principios y causas secretas que rigen la mente humana, así como Newton planteaba el desafío de descubrir los principios y causas secretas que rigen la gravedad en el universo. De hecho, Hume comparó su proyecto con el de Newton, y si por esto consideramos que lo que Hume planteaba no era parte de un proyecto filosófico, cuestionaríamos que su contribución haya sido de naturaleza filosófica, lo cual pocos admitirían. Entendida así, la filosofía parecería entonces requerir de algo más que responder a la pregunta sobre cuáles son los principios de la mente que hacen que los seres humanos posean estructuras lingüísticas innatas (Chomsky

1998: 201). Y Chomsky considera que probablemente la incomodidad de los filósofos a este respecto se debe a que la mayor parte de la filosofía analítica contemporánea exige que algo debe considerarse conocimiento solo cuando cumple con el requisito de ser accesible a la conciencia, es decir, que solo podría darse una explicación filosófica satisfactoria siempre y cuando los hablantes puedan manifestar explícitamente cuál es ese conocimiento que ponemos en uso a la hora de hablar, para que sea considerado como tal y para que así se dé una explicación real sobre cómo se aplica ese conocimiento.

A partir de esto, Chomsky compara el tipo de conocimiento lingüístico que tendrían dos hablantes, uno que tendría acceso a cómo opera su mente y podría manifestar explícitamente cómo así construye sus expresiones lingüísticas, y otro hablante que no podría. Supongamos, con Chomsky, que el tipo de hablante descrito en primer lugar sea un marciano y que el otro sea un ser humano, y supongamos además que ambos son idénticos en todo aspecto, a excepción de que el primero tiene acceso a su conciencia a la hora de construir sus expresiones y el otro no. De un lado, el marciano, consciente de cómo usa el lenguaje, estaría en condiciones de responder qué reglas y principios pone en práctica a la hora de pronunciar sus oraciones. Es decir, “cuando le preguntamos a M [el marciano] si sigue las reglas de la fonología al construir rimas, o la Condición (B) de la Teoría del Ligamiento al determinar la dependencia referencial, M reflexiona y responde (sinceramente) ‘Sí, eso es justo lo que estoy haciendo’ [...]” (Chomsky 1998: 201). De otro lado, el humano, que es capaz de producir y entender las mismas frases y oraciones que pone en uso el marciano, hace exactamente lo mismo, esto es, aplica las mismas reglas y principios cuando usa el lenguaje, pero no puede explicar cómo construye esas estructuras lingüísticas, solo lo hace. Así, el marciano tiene acceso a su conciencia y puede explicar con detalles cómo aplica su conocimiento lingüístico, mientras que el humano no tiene tal acceso y no puede explicar cómo aplica el conocimiento que, no obstante, usa de igual forma que el marciano. Por el hecho de no poder explicar la forma como aplica el lenguaje, ¿esa competencia que tiene el humano no calificaría como conocimiento solo por ser inaccesible a la conciencia? ¿En el caso del marciano sí calificaría como conocimiento, pese a que ambos, el humano y el marciano, usan de igual modo el lenguaje, esto es, aplican las mismas reglas y principios a la hora de producir y entender diversas expresiones? ¿En el caso del marciano tendríamos entonces una explicación filosóficamente satisfactoria y no en el caso del humano? ¿Requerimos en el estudio del lenguaje de algo más que de una investigación naturalista?

Cuando se evalúan otros aspectos del mundo que no sean el lenguaje y la mente se aceptan las teorías científicas como las mejores disponibles y no se imponen criterios o conceptos filosóficos estipulados, como el concepto de ‘conocimiento’ en su acepción ordinaria, como requisito para considerar si una propuesta teórica va por buen camino respecto de la comprensión de la naturaleza del lenguaje y la mente. Estas exigencias de ‘explicaciones filosóficas’ que van allá de una investigación de corte naturalista piden la

inclusión del estudio del uso real y concreto del lenguaje, uso que se distingue del conocimiento lingüístico interno que permite tal uso y que forma parte de la Lengua-E, con lo cual se trataría de forzar su inclusión en la investigación para así obtener una comprensión global del fenómeno lingüístico (Chomsky 1998: 202). Tomar esa posición sería ir más allá de los límites naturalistas, límites que no permiten la inclusión de objetos inestables en una investigación científica. Que esta clase de objetos no sean incluidos en la investigación no hace que la contribución de Chomsky sea menos filosófica que otras, sino que desde esa perspectiva de investigación solo se intenta contribuir al estudio del lenguaje de manera tal que dotemos a una disciplina, la ciencia del lenguaje, de una rigurosidad formal que haga que esa disciplina tenga el desafío de probar y fundamentar con exactitud científica, y no solo con intuiciones comunes, qué es lo que realmente ocurre en el cerebro de un hablante a la hora de desarrollar una lengua.

Una de las ventajas que aporta una investigación naturalista, aplicada a cualquier disciplina científica, es “permitir una comprensión teórica objetiva del mundo independiente de las preocupaciones e intereses humanos ordinarios. [...] La comprensión teórica del mundo ha de ser estrecha y profunda. Es estrecha porque la idea de una comprensión teórica objetiva simultánea de todos los aspectos del mundo está desprovista de sentido. Es profunda porque la comprensión teórica objetiva del mundo consiste en descubrir principios abstractos inaccesibles a los recursos propios del sentido común [...]” (Jacob 2010: 382). Es esta naturaleza de la investigación científica la que Chomsky aplica al estudio del lenguaje y la mente, y se espera con ello contribuir a esclarecer uno de los aspectos que diferencian al hombre de un animal o de una máquina: el lenguaje, más específicamente, el aspecto creativo de su uso.

Con esto no se espera tener una ciencia del todo, esto es, una ciencia que se proponga la tarea colosal de comprender *la totalidad* de los diversos fenómenos que forman parte del uso real y concreto del lenguaje (las intenciones, las creencias, la sensibilidad del contexto, la comunicación, etc.), sino más bien se espera aislar un objeto de estudio, la Lengua-I, esto es, la gramática mental de los hablantes, el conocimiento interno desarrollado, para así alcanzar a descubrir los mecanismos internos y los principios innatos que solo el nivel de abstracción de un estudio científico permite alcanzar. Así también, en las ciencias naturales no se exigiría estudiar *la totalidad* de los aspectos del mundo, sino solo aislar un objeto de estudio para obtener una comprensión profunda, y ciertamente estrecha, del fenómeno a estudiar. Nadie le pediría a un químico que incluya en un estudio de las moléculas el modo en que la gente usa el término ‘agua’ en circunstancias ordinarias. El estudio del químico es estrecho, y debe serlo, por excluir una explicación *del todo* con respecto al agua, pero nadie afirmaría que por excluir esto último de su teoría su estudio no sea una investigación científica seria, profunda y explicativa.

El ejemplo de la química es una constante en el trabajo de Chomsky, debido a que no solo nos permite ver el contraste de aquello que se admite con facilidad en el ámbito de las ciencias naturales (el aislamiento del objeto de estudio, la simplificación de los problemas, la idealización, etc.) con aquello que se le impone a una teoría del lenguaje (la inclusión de la Lengua-E en el objeto de estudio, entre otros conceptos ordinarios del sentido común), sino también debido a que nos hace ver con claridad la comparación de las nociones abstractas en química con el estudio científico abstracto de la ciencia del lenguaje. La historia de la química refiere a que en un primer momento no se sabía con exactitud cómo así podían estar relacionadas ciertas propiedades químicas abstractas con mecanismos físicos más fundamentales hasta que tiempo después llegaron a descubrirse cuáles eran dichos mecanismos más fundamentales. En ese momento se produjo la unificación entre la física y la química al modificarse la ciencia más fundamental, la física. Esta modificación era necesaria para que se produzca tal unificación y Chomsky cree que quizá algún día suceda lo mismo con el lenguaje y las ciencias del cerebro (Eguren y Fernández Soriano 2004: 61-62), pues es el estudio independiente de la ciencia del lenguaje (o la química) lo que permite la modificación de la noción de cuerpo o cerebro (o modificación o ampliación de la física).

Es importante retener esta comparación de la química con la ciencia del lenguaje, debido a que este ejemplo es lo que nos permitirá ver con más claridad en los apartados posteriores en qué consiste la unificación del lenguaje y las ciencias del cerebro y por qué debemos diferenciarla de alternativas reduccionistas o eliminativistas. Asimismo, el compromiso de la teoría chomskyana con una aproximación naturalista al estudio del lenguaje hace que el dualismo metodológico sea rechazado por haberse encargado de imponer condiciones distintas a la hora de evaluar las repercusiones y el éxito de la teoría científica del lenguaje en comparación con las teorías formales de las ciencias naturales, lo cual no permite el avance de la investigación naturalista. Este dualismo metodológico, que suele manifestarse en posiciones teóricas materialistas, se distingue del dualismo cartesiano, del cual también Chomsky toma distancia, pero al cual le reconoce virtudes (algunas de las cuales ya han sido mencionadas en el apartado segundo). En cambio, la metodología dualista del materialismo no ofrece alguna virtud que permita el avance fructífero de una investigación naturalista del lenguaje, así como tampoco lo ofrece su ontología no dualista (monista), de la cual también el naturalismo chomskyano toma distancia. Sobre estas nociones trataremos en los siguientes apartados.

## 2.2. El naturalismo chomskyano frente a la ontología del dualismo y el materialismo

El naturalismo chomskyano se diferencia del dualismo cartesiano por rechazar la distinción ontológica entre la mente y el cuerpo, defendida por Descartes, así como también se diferencia del monismo ontológico, esto es, la alternativa materialista, no dualista, que considera que las explicaciones sobre los fenómenos mentales deben ser *reducidas* a explicaciones fisicalistas o que finalmente las ciencias físicas lleguen a hacer desaparecer o *eliminar* las disciplinas que tratan de explicar los fenómenos mentales. Lo primero es defendido por el materialismo reduccionista y lo segundo por el materialismo eliminativista. El naturalismo chomskyano se distancia de ambos.<sup>18</sup>

Para entender las razones por las cuales el naturalismo chomskyano rechaza la distinción ontológica entre la mente y el cuerpo y, a la vez, se distancia de las formas de materialismo mencionadas debemos remitirnos a los albores de la ciencia moderna. Galileo, uno de los precursores de la física moderna, sostuvo que el mundo natural era una máquina compleja, cual reloj mecánico que en principio un artesano pudiera construir. La comparación del mundo natural con el reloj mecánico nos da una idea clara acerca de cómo Galileo entendía la mecánica y el mundo natural, como un conjunto de interacciones por contacto directo. De la misma manera como el reloj complejo tiene palancas y engranajes que se mueven por colisión directa, así también el mundo natural es una gran máquina, una versión compleja de la mecánica de los relojes (Chomsky 2003: 60; 2010: 93). Solo de esta forma podíamos tener un entendimiento real del mundo, mediante la perspectiva del modelo mecánico galileico, único modelo de inteligibilidad para la época. No obstante, si se presentaba un escenario en el cual este modelo mecánico fallaba, esto es, un escenario en el cual se presentaba un fenómeno no explicable mediante tal modelo de inteligibilidad, entonces el entendimiento sobre ese fenómeno también fallaba. Galileo era consciente de que si el modelo mecánico no podía ser aplicado a la explicación de un fenómeno en particular sería un modelo insuficiente para ser

---

<sup>18</sup> La diferencia entre *dualismo* y *materialismo* consiste en que el materialismo defiende que los estados y procesos *mentales* deben ser reducidos o eliminados por estados y procesos *cerebrales*, es decir, por procesos y estados *físicos* de alta complejidad. Por su parte, el dualismo defiende que los estados y procesos *mentales* no son simplemente estados y procesos *físicos* complejos, sino que su naturaleza es fundamentalmente no física, *inmaterial* (Churchland 1999: 17). Chomsky no se compromete con ningún tipo de dualismo ni con ningún tipo de materialismo ontológico. Y que no se comprometa con este tipo de materialismo podría llevar a confusión, debido a que su naturalismo sí es una alternativa materialista, pero en ningún sentido es ontológica, sino más bien metodológica, y esto se debe a que el naturalismo chomskyano no se compromete con la existencia de operaciones y principios que deban ser reducidos o eliminados a favor de aquellas operaciones y principios que caracterizan a las ciencias naturales. Como veremos, Chomsky, al postular un naturalismo metodológico, no ontológico, opta por un materialismo unificacionista, por lo menos hasta que no se sepa exactamente en qué consiste la materia (Eguren y Fernández Soriano 2004: 15). Por otro lado, debemos también mencionar que el rechazo de Chomsky al dualismo cartesiano hace que su naturalismo en el estudio del lenguaje sea una consecuencia de su internismo. Chomsky usa la palabra 'internismo' para referirse al lenguaje como un fenómeno mental y un fenómeno biológico, y si no se acepta ningún tipo de dualismo y el lenguaje es un fenómeno interno a nuestras mentes, además de ser un fenómeno genéticamente determinado, entonces el lenguaje es un *órgano de la mente* que, al igual que cualquier *órgano del cuerpo* o cualquier objeto del mundo, debe ser estudiado de forma naturalista. De ahí que el *órgano mental* del lenguaje sea tratado como un objeto *real* en la teoría chomskyana. Así, Chomsky considera que la única manera de abordar un estudio internista de la mente es haciéndolo mediante una metodología naturalista, tal como las ciencias naturales estudian el mundo. Por tanto, en la teoría chomskyana no debe haber mayores diferencias entre el uso de los términos 'internismo' y 'naturalismo', por ser este último consecuencia del primero. No obstante, un organismo, desde las ciencias físicas o biológicas, sí puede estudiarse de manera naturalista, mas no internista; pero en el caso de la teoría chomskyana se considera que la única manera razonable de aproximarnos a un estudio internista de un fenómeno complejo como el lenguaje es adoptando una metodología naturalista (Eguren y Fernández Soriano 2004: 14-15; 24-25).

aplicado a la totalidad de los fenómenos. Por ello, finalmente rechazó la idea de poder llegar a un entendimiento de la totalidad y, asimismo, rechazó la idea de poder entender *completamente* incluso cualquier fenómeno de la naturaleza. Luego, fue Descartes quien se encargó de demostrar convincentemente que cuando el modelo mecánico galileico es aplicado, por ejemplo, a los fenómenos mentales (como la creatividad del uso del lenguaje) falla por completo. No obstante, Descartes era más optimista que Galileo respecto de los alcances de explicación del modelo mecánico aplicados a la mayoría de los fenómenos de la naturaleza (Chomsky 2003: 48-49, 60-61; 2017: 117-118). Creyó, por ejemplo, que el modelo mecánico podía explicar “el mundo inorgánico y orgánico diferente de los humanos, pero también en gran medida la fisiología, la sensación, la percepción y la acción humanas. Los límites [...] se alcanzaban cuando estas funciones humanas estaban mediadas por el pensamiento, una posesión específicamente humana basada en un principio que escapa a la explicación mecánica: un principio ‘creativo’ que subyace a los actos de voluntad y elección [...]. El ejemplo más llamativo era el uso normal del lenguaje” (Chomsky 2003: 61).

Y era llamativo debido a que, en este uso normal, se manifiesta un aspecto lingüístico al que ya hemos hecho referencia: el aspecto creativo del uso del lenguaje, el hecho de producir y entender formas lingüísticas nuevas sin límites, infinitamente, expresiones que, además, son apropiadas al contexto e independientes de los estímulos (como ya se ha explicado en el segundo apartado). Descartes acertó en observar que es este aspecto creativo, y no el simple hablar, lo que nos diferencia de una máquina (entendida desde la perspectiva del modelo mecánico galileico). Así, Chomsky ha apuntado que Descartes tuvo la virtud de hacer estas observaciones acertadas con respecto al lenguaje, observaciones que el modelo mecánico de aquel entonces no pudo explicar, debido a que un estado corporal no determina el uso del lenguaje, solo lo restringe. La falta de explicación de este tipo de fenómenos llevó a Descartes a señalar que quizá tengamos una inteligencia escasa (límites biológicos) para llegar a comprender los aspectos mentales del mundo, pero que no hay duda de que nosotros mismos experimentamos la existencia de ese aspecto creativo del lenguaje, por lo cual no podemos decir que no existe si no podemos explicarlo en términos mecanicistas. Tenía que postularse entonces otra substancia, distinta de la del cuerpo, para poder explicar este tipo de fenómenos. De esta forma, Descartes introdujo la substancia mental. En consecuencia, teníamos así dos principios en la naturaleza, uno regido por la mecánica cartesiana (de modelo galileico) y el otro regido por la mente. Y la pregunta central consistía en saber cómo interactúan ambos, la mente y el cuerpo. La forma materialista de entender el mundo había logrado dar una explicación acerca del mundo material, según Descartes, pero no había conseguido dar una explicación acerca de lo mental. Por ello, la llamada ‘filosofía mecánica cartesiana’ no era de aplicación universal y no nos proporcionaba un entendimiento, esto es, una explicación inteligible

acerca de lo mental, pues en la época solo se consideraba tener entendimiento de algo cuando se lograba explicarlo en términos mecanicistas (Chomsky 2003: 61-62; 2017: 109, 112).

El modelo galileico fue así tomado como único criterio de inteligibilidad, y si no se lograba explicar la creatividad en esos términos, surgía el problema mente-cuerpo. Hemos mencionado anteriormente las razones por las cuales Chomsky se distancia de esta distinción ontológica cartesiana. La primera tiene que ver con las explicaciones erróneas que dio Descartes respecto de la distinción entre el hombre y una máquina o un animal; la segunda se refiere al error de concebir la mente como un instrumento universal; la tercera, al distanciamiento respecto de la idea de que los individuos tienen acceso a sus mentes; y la última tiene que ver con la inexistencia del problema mente-cuerpo que Chomsky plantea tras los aportes de Newton a la física.

La primera razón hace referencia a la distinción hombre-máquina u hombre-animal y el error radica en las explicaciones que se dieron para hacer esta distinción, y no en la distinción misma, que es correcta. Descartes tuvo la virtud de hacer ver la importancia del aspecto de la creatividad. Esto fue lo que hizo que la diferencia entre un hombre y una máquina o un animal tenga algo que ver con el lenguaje. Esto es lo crucial. Sin embargo, la explicación que dio Descartes a la hora de evaluar por qué un ser humano puede usar el lenguaje de manera creativa, esto es, de manera innovadora, apropiada al contexto e independiente de los estímulos (las tres formas *a la vez*), y no puede hacerlo un animal o una máquina era una explicación errónea, debido a que Descartes señalaba que la mente humana puede hacer todo cuanto puede hacer una máquina o algunos animales, e incluso más, y que si bien las máquinas pueden realizar alguna actividad mejor que la mente humana, esto no quiere decir que la mente no pueda realizar tal actividad, si bien de manera imperfecta, en algunos casos. Cualquier actividad está al alcance de la mente, mas no ocurre así en el caso de una máquina. Dentro de las actividades que sí pueden realizar ambas, quizá algunas máquinas sí destaquen en algunas tareas y lo hagan mejor que la mente, pero su límite radica en que las máquinas no tienen a su alcance la *totalidad* de las tareas que la mente puede alcanzar, por más imperfecto que sea el desempeño de la mente humana en algunas de estas actividades. En definitiva, la mente puede hacer algunas tareas tan bien como una máquina y otras tareas imperfectas, pero está a su alcance la totalidad de las actividades, mientras que una máquina no tiene a su alcance esa totalidad, aunque está dentro de sus posibilidades hacer mejor que la mente algunas tareas. Con esto, Descartes trataba de explicar por qué se distingue al hombre de una máquina o un animal, distinción correcta, que, no obstante, tenía una explicación errónea, pues hay máquinas complejas que sí son capaces de hacer cosas que la mente humana no puede alcanzar y hay también animales que son capaces de hacer algunas cosas que no pueden hacer los humanos (McGilvray 2006: 126).

Pongamos como ejemplo el caso de los sonidos que pueden ser oídos por algunos animales. Los elefantes, las polillas, los murciélagos o las ballenas son capaces de oír y producir, en algunos casos, infrasonidos y ultrasonidos, esto es, sonidos por debajo o por encima del umbral de audición humana normal, de 20 a 20000 Hz.<sup>19</sup> Los elefantes, por ejemplo, se comunican en ciertas circunstancias mediante la emisión de infrasonidos potentes que no pueden ser oídos por un humano (los infrasonidos de este tipo son frecuencias graves que los elefantes emiten con decibeles potentes). Y aunque haya un número reducido de personas que sí pueden llegar a oír ciertos infrasonidos y ultrasonidos que no están muy lejos del rango de audición normal, no serán capaces de oír los infrasonidos potentes de los elefantes, que están muy lejos del rango humano normal de audición.

Para Descartes, tanto los animales como las máquinas no tienen mente o entendimiento, y solo actúan mediante la disposición de sus órganos. Es decir, las máquinas o animales hacen algunas actividades igual o incluso mejor que la mente, pero también fallan en otras por completo (por ejemplo, en el caso del lenguaje, en los tres sentidos de la creatividad mencionados). Esto es lo que hace a Descartes creer que tanto las máquinas como los animales no actúan con el entendimiento. Por ello, considera que no tienen mente y que actúan más bien por medio de órganos que realizan acciones particulares. Una máquina o un animal, según Descartes, no tienen los órganos suficientemente diferenciados como para realizar la totalidad de las acciones que la mente humana sí podría (Descartes 1967: 180).

Esta mención de la *totalidad* de las tareas que la mente tiene a su alcance, y no un animal o una máquina, nos lleva a la segunda razón del distanciamiento entre Chomsky y Descartes: la concepción cartesiana de la mente como un instrumento universal. Descartes pensaba que la mente es capaz de resolver cualquier problema al tener a su alcance la totalidad de las actividades que se le presenten. La razón se enfrentará a cualquier problema de diversa índole y será capaz de formular una descripción y explicación científica acerca de la totalidad de los fenómenos del mundo. Asimismo, cada órgano o facultad diferenciada de la mente se enfrentará a aquellos problemas del ámbito del sentido común sin mayores inconvenientes. Estas dos razones, el entusiasmo científico en la razón (o la mente) y la facilidad del desenvolvimiento de la mente en el mundo del sentido común son las dos posibles razones por las cuales Descartes defendía la universalidad de la mente. Por lo anterior, si la mente es capaz de abordar cualquier actividad que se presente tanto en la ciencia como en el sentido común, la mente es entonces un instrumento universal, que da soluciones inmediatas a los problemas y que no deja nada fuera de su alcance. Esta afirmación colisiona con aquello que hemos mencionado líneas arriba respecto de los límites biológicos (o 'inteligencia insuficiente' en términos cartesianos) de la comprensión de los aspectos mentales del mundo, como la creatividad del uso del

---

<sup>19</sup> Cualquier sonido por debajo de 20 Hz será un infrasonido y por encima de 20000 Hz será un ultrasonido.

lenguaje. Descartes sostenía que la mente es un instrumento universal, capaz de resolver cualquier problema, pero estaba desconcertado respecto del caso concreto del uso del lenguaje (los tres sentidos de la creatividad mencionados) y con esto estaba diciendo que quizá la mente no sería capaz de abordar un problema como el de la creatividad. De ahí que nos refiramos al aspecto creativo del lenguaje como ‘el Problema de Descartes’. Y pese a lo anterior, Descartes sostenía la universalidad de la mente por su entusiasmo científico en la razón y por la facilidad con que nos enfrentamos a los problemas pertenecientes al mundo del sentido común. No obstante, si la mente fuese un instrumento universal capaz de resolver cualquier problema de manera fácil e inmediata, solo podríamos restringir su campo de acción al mundo del sentido común, y no al de la ciencia, ya que en el mundo científico los problemas no se resuelven de manera pronta ni inmediata e incluso se presentan fenómenos que hacen surgir problemas que hasta hoy son difíciles de resolver. Por ello, no puede sostenerse la universalidad de la mente si su campo de acción incluye tanto la ciencia como el sentido común (McGilvray 2006: 126-128).

Por lo anterior, Chomsky toma distancia de Descartes en este punto, pero rescata la afirmación sobre la probable inteligencia escasa (o límites biológicos) que tengamos para abordar problemas como el de la creatividad en el uso del lenguaje. El buen desenvolvimiento de la mente en los problemas cotidianos que enfrentamos en el mundo del sentido común podría hacer pensar que la mente puede enfrentarse a todo tipo de situaciones y buscar soluciones concretas e inmediatas, pero esto no es lo que sucede en el ámbito científico ni en aquellas circunstancias en las que los problemas no pueden ser abordados, por nuestros límites biológicos (McGilvray 2006 127-128). Recuérdese que en apartados anteriores hemos señalado que la creatividad del uso del lenguaje se manifiesta en tres sentidos: en expresiones lingüísticas que se producen y entienden de manera infinita, que se adecúan al contexto y que son independientes de los estímulos. Hemos mencionado también que solo el primer sentido de la creatividad del uso del lenguaje es susceptible de ser estudiado de forma naturalista y que los otros dos sentidos de la creatividad son misterios que la teoría chomskyana no aspira a resolver por considerar que estos se encuentran más allá del límite de lo que nuestra facultad de hacer ciencia nos permite alcanzar. A partir de lo que hemos expuesto en el apartado anterior, podemos señalar que la razón de esto último tiene que ver con que los otros dos sentidos de la creatividad se relacionan con aspectos extralingüísticos como el contexto y con la libertad de acción a la hora de producir o entender una expresión (recuérdese que si bien uno puede sentirse inclinado o inducido a decir algo en alguna circunstancia específica, ningún estímulo puede obligarle a uno a hablar). Estos otros dos aspectos de la creatividad, el contexto y la libertad de acción, son aspectos variables del uso del lenguaje y, por ello, no son susceptibles de ser estudiados de forma científica (naturalista), pues en ellos intervienen aspectos externos del lenguaje que no se encuentran dentro de lo que la teoría científica chomskyana ha delimitado como su objeto de estudio, un objeto interno a la mente y científicamente estable.

Según Descartes, la universalidad de la mente permitiría abordar todo tipo de problemas, pero hemos visto que la creatividad del uso del lenguaje hace ver que hay por lo menos un problema que la mente no puede abordar: la descripción y explicación científica del funcionamiento de la mente humana a la hora de hacer uso de los tres sentidos de la creatividad del lenguaje *a la vez*. En este punto debemos señalar que, a partir del asombro cartesiano, fue Chomsky el que dio un paso más allá cuando propuso una forma científica de estudio del primer sentido de la creatividad, esto es, una forma científica de descripción y explicación de expresiones lingüísticas infinitas, recursivas, que reflejan los principios del funcionamiento de la mente y que con un planteamiento científico sólido contribuyen a esclarecer los mecanismos biológicos internos responsables del conocimiento lingüístico. Por su asombro respecto del uso creativo que los hablantes hacen del lenguaje, Descartes predijo de alguna forma la diferenciación que Chomsky plantea entre problemas y misterios. Los problemas son aquellos aspectos del mundo que pueden llegar a ser descritos y explicados de manera científica, aspectos de los que podemos aspirar a tener un entendimiento serio y articulado por no sobrepasar los límites de nuestra facultad para hacer ciencia. Los misterios, en cambio, van más allá de los límites de la mente humana, por lo cual no es posible dar una explicación científica racional de los fenómenos que se pretenden explicar, fenómenos que no están al alcance de nuestra comprensión por nuestros límites biológicos. En este tipo de escenario la mente falla por completo. Por esta razón, si para Chomsky la mente tiene un fundamento biológico, deberá ser limitada y no podrá ser un instrumento universal. Así, la mente seguirá siendo creativa y libre, pero estará limitada en sus funciones (McGilvray 2006: 127-128).

La tercera razón del distanciamiento entre Descartes y Chomsky tiene que ver con el rechazo chomskyano a la idea cartesiana de que los individuos tienen acceso a sus mentes. Ya hemos revisado ampliamente que para Chomsky existen conocimientos que son inaccesibles a la conciencia y que la aproximación científica al estudio del lenguaje es lo que nos proporciona una descripción y explicación objetiva del conocimiento lingüístico. No podemos manifestar explícitamente el conocimiento que tenemos en la mente-cerebro a la hora de construir una expresión gramatical en lugar de una agramatical; no obstante, esta inaccesibilidad no es impedimento a la hora de usar nuestro conocimiento lingüístico de forma creativa y libre, con estructuras lingüísticas infinitas dentro un contexto adecuado y con independencia de los estímulos. Ya hemos analizado en el apartado anterior la posición chomskyana sobre considerar bajo la categoría de 'conocimiento' los estados mentales inaccesibles a la conciencia, y esto es lo que nos ha permitido afirmar que, cuando se aplica al lenguaje, no se cumple la aseveración de que todo aquello que se considere un estado mental debe ser necesariamente accesible a la conciencia. Si bien sí podemos tener acceso a nuestro mundo interior (pensamiento y sentimientos, por ejemplo), no podemos tener un acceso directo a los estados mentales que nos permiten usar el lenguaje. Hacemos uso de expresiones lingüísticas con éxito sin

tener que hacer una manifestación explícita acerca de por qué construimos ciertas estructuras lingüísticas y no otras o cómo así formamos oraciones negativas o de cualquier otro tipo. De ahí que los individuos no podamos tener un acceso privilegiado a nuestras mentes.

Hasta aquí hemos visto que la observación cartesiana sobre la creatividad del lenguaje permite comprobar que un individuo que habla una lengua no es un simple autómatas, pues la creatividad del lenguaje en sus tres sentidos, y no la simple emisión de sonidos al hablar, es aquello que nos diferencia de un animal o una máquina. Asimismo, hemos anotado que el primer sentido de la creatividad es susceptible de ser estudiado de forma naturalista. Esto quiere decir que el primer sentido de la creatividad es un *problema* que puede ser abordado con un estudio científico adecuado. En cambio, los otros dos sentidos de la creatividad pertenecen a la categoría de *misterios*, enigmas inabordables de forma científica por nuestros límites biológicos. Notemos que Descartes hizo una contribución notable al hacer ver la importancia de la creatividad del lenguaje y que los errores de sus explicaciones no deslucen la diferencia correcta que marcó entre el hombre y un animal o una máquina. Ya hemos mencionado que lo crucial de su contribución fue hacer notar que esa diferencia tiene algo que ver con el lenguaje, específicamente con su creatividad. Que Descartes haya señalado en sus explicaciones que la mente es universal e inmaterial y que su filosofía mecanicista no haya sido correcta, tal como lo hizo ver Newton posteriormente, no modifica la idea central de que los tres sentidos de la creatividad marcan la diferencia de la especie humana respecto de otras, pues esa idea crucial no depende de las explicaciones que Descartes dio en su momento ni de su filosofía mecanicista o su concepción de la materia (McGilvray 2006: 42, 132).

Precisamente la cuarta razón de la diferencia del planteamiento de Chomsky con el cartesianismo se relaciona con la aportación de Newton a la física moderna y su demolición de la mecánica clásica, lo cual ha llevado a Chomsky a plantear la inexistencia del problema mente-cuerpo. La exposición de esta cuarta razón nos permitirá analizar por qué la mente no puede ser una substancia inmaterial, separada del cuerpo, como planteaba la ontología dualista cartesiana, y, asimismo, nos permitirá analizar las razones por las cuales Chomsky se distancia no solo del cartesianismo, sino también de la ontología del materialismo, ya sea del tipo reduccionista o eliminativista.

Descartes sostenía que la mente no puede estar sometida a explicaciones mecanicistas, pero sí el cuerpo, que es distinto de la mente. No obstante, Newton demostró que la mecánica clásica no podía aplicarse ni siquiera a la noción de cuerpo. Ningún fenómeno del mundo natural encajaba con ese modelo mecánico que explicaba el movimiento de objetos por colisiones de contacto, y por ello, Newton llegó a postular la existencia de una fuerza que ejerce una acción a distancia que es capaz de dar movimiento a los objetos.

Newton mismo consideró este postulado como un absurdo, pero como un absurdo realmente existente. Y lo consideraba como tal, debido a que su planteamiento contradecía los cimientos más sólidos en los que se asentaba la mecánica clásica. Ir en contra de los principios básicos de este modelo mecánico, considerado en su época como único modelo de inteligibilidad de los fenómenos del mundo, era verse expuesto a acusaciones de volver a introducir cualidades ocultas en las explicaciones científicas, cualidades ocultas que se habían introducido en las explicaciones que se daban en la época medieval y que ya habían sido superadas. No obstante, una física puramente mecánica, puramente materialista, no era posible para Newton. Y aunque trató de escapar de esta conclusión, no logró que los fenómenos del mundo natural puedan ser explicados sin acudir a principios con causas físicas ocultas, y postuló, como hemos dicho, una fuerza, la gravitación (considerada como una ‘fuerza mística’ o ‘misteriosa’), que ejerce su acción a distancia hasta en el más simple movimiento terrestre o planetario. De este modo, pese a desconocer la causa de los principios de la fuerza gravitatoria, Newton sostuvo que era imposible entender el mundo natural bajo el modelo mecanicista y con esto postuló un nuevo modelo de inteligibilidad. Así, tras Newton, el objetivo ya no era tener una explicación absoluta del *mundo*, esto es, tener un objetivo de inteligibilidad de los fenómenos en su totalidad, sino que se pasó más bien al objetivo de tener un criterio de inteligibilidad de las *teorías* sobre el mundo. Esto es crucial, debido a que en la actualidad los científicos introducen las mejores teorías disponibles sobre el mundo y no aspiran a ofrecer una explicación absoluta acerca de las causas y principios que rigen el universo, pues son conscientes, como señala Chomsky, de que somos organismos biológicos, y no ángeles, y como tales tenemos limitaciones de comprensión, limitaciones biológicas que hacen que aquello que intentamos comprender no esté a nuestro alcance. Si bien no sabemos cuáles serán los límites de las capacidades humanas para lograr un entendimiento adecuado de los fenómenos, quizá las causas de la gravedad permanezcan en un estado de falta de comprensión. Por ello, con Newton el objetivo de la ciencia se volvió un objetivo más modesto y se concentró en buscar la mejor explicación teórica posible de los fenómenos en lugar de intentar dar explicaciones científicas absolutas (Chomsky 1998: 131, 163-164; 2003: 49-50, 62-63).

Antes del aporte de Newton, se usaba la palabra ‘comprensión’ o ‘entendimiento’ en caso se pudiera explicar un fenómeno bajo los principios de la mecánica clásica, pero tras Newton y el cambio de criterio de inteligibilidad científica, las palabras ‘comprender’ o ‘entender’ pasaron a usarse en circunstancias en las que teníamos una *teoría* inteligible sobre el mundo. Es decir, si disponíamos de una explicación teórica adecuada sobre el mundo, aunque no absoluta, sí podía decirse que teníamos una *comprensión* adecuada de los fenómenos, comprensión no regida por explicaciones mecanicistas. Si bien se le reprochaba a Newton no haber podido dar una explicación física (mecánica) de las causas de la gravedad, sostuvo que nos basta con que ella exista realmente y que actúe conforme a las leyes newtonianas. La razón de esta defensa era que

esa fuerza gravitatoria daba una explicación teórica adecuada del movimiento terrestre y el movimiento planetario. Recordemos que con esto Newton cuestionaba seriamente los principios que rigen la mecánica clásica, y consideró su cuestionamiento como un absurdo, pero defendió al mismo tiempo que es imposible recurrir a una física puramente mecanicista (materialista) para explicar los fenómenos del universo. Newton no pudo dar una explicación mecanicista de las causas de la gravedad, así como tampoco una explicación alternativa. De ahí que en la época se haya considerado la teoría newtoniana como una teoría mística. Sin embargo, Newton se defendió al sostener que esa fuerza ‘oculta’ explicaba las mareas, la caída de objetos, los movimientos planetarios, etc., y señaló que, pese a no comprender sus causas, la fuerza gravitatoria actuaba conforme a los principios newtonianos, por lo cual lo oculto no eran los principios, sino tan solo sus causas. Debemos tomar especial atención a las consecuencias que tuvo el concepto de ‘lo físico’ tras los aportes de Newton, pues con el cambio del modelo de *inteligibilidad* y con el cuestionamiento de los principios de la mecánica clásica ya no se podía seguir considerando ‘físico’ aquello que tenía una explicación mecanicista y el término ya no tenía un concepto bien definido. Los ‘hechos físicos’ debían ser a partir de ese momento solo aquello que se postule como tal en la mejor *teoría* científica disponible (Chomsky 2017: 112, 114-115, 151). En el caso de Newton, ya no podía haber una igualdad entre fenómenos físicos y fenómenos mecánicos, ya que sostener una física puramente materialista o mecanicista era imposible, puesto que los fenómenos observables no encajaban con la mecánica de contacto y se tenía que postular una teoría que incluyera el concepto de una fuerza ‘oculta’ de acción a distancia que logre dar una explicación adecuada de los fenómenos. Con esto se modificó lo que se entendía por ‘físico’, y las observaciones de Newton no dejaron de resultar sorprendentes para una época que entendía ‘lo físico’ en términos de mecánica de contacto.

Los aportes de Newton a la física tuvieron consecuencias en las discusiones que se han dado respecto del problema mente-cuerpo, ya que el concepto de *cuerpo* del dualismo cartesiano no pudo sostenerse más. Debemos tener en cuenta que lo que se refutó no fue lo que Descartes entendía por ‘mente’, sino lo que entendía por ‘cuerpo’ (lo material, lo físico). Es cierto que, como señala Chomsky, Descartes se equivocó también al postular una substancia inmaterial, la mente, separada del cuerpo, pero la equivocación se debió a otras razones y no a la refutación newtoniana (más adelante expondremos las razones por las cuales Chomsky toma distancia de Descartes respecto del problema de entender la mente como una substancia inmaterial). En la discusión contemporánea sobre el problema mente-cuerpo suele decirse que la noción de cuerpo es una noción física o materialista y que Newton entendió el mundo siempre desde esa perspectiva. Esto causa confusión debido a que si en la afirmación anterior se reemplazan los términos ‘materialista’ o ‘física’ por ‘mecanicista’, se estaría cometiendo un error, pues sabemos que Newton refutó el mecanismo (la física puramente materialista), por lo cual sería falso que Newton haya entendido el mundo siempre desde

una perspectiva mecanicista. Si, en cambio, tales términos se entienden como ‘todo aquello que hace la ciencia’, y todo aquello que hace es postular teorías científicas independientemente de si se incluyen o no explicaciones de corte mecanicista, estaríamos diciendo una verdad; estaríamos diciendo que Newton entendió siempre el mundo desde esa perspectiva científica. Lo anterior nos permite darnos cuenta de que la discusión del problema mente-cuerpo supone de antemano una noción de lo físico o lo material (Chomsky 1998: 133, 164; 2003: 50). Pero, de acuerdo con Chomsky, tras Newton, los términos ‘materialismo’ o ‘física’ ya no pueden tener un significado preciso como sí lo tenían en tiempos de la mecánica clásica. Chomsky lo expresa con claridad:

Estos términos tenían algún sentido dentro de la filosofía mecanicista, pero ¿qué significan en un mundo basado en la ‘misteriosa fuerza’ de Newton, o en las nociones todavía más misteriosas de campo de fuerza, espacio curvado, cuerdas infinitas de una dimensión en un espacio de diez dimensiones, o las que la ciencia proponga mañana? Sin un concepto de ‘materia’ o ‘cuerpo’ o ‘lo físico’, carecemos de un modo coherente de formular las cuestiones relativas al ‘problema mente-cuerpo’. Pero se trataba de cuestiones científicas reales en los días de la filosofía mecanicista. Desde su abandono, las ciencias postulan lo que sea que encuentre un lugar en una teoría explicativa inteligible, por ofensivo que pueda ser para el sentido común. Plantear escrúpulos de este tipo específicamente en relación a lo mental, y no en relación a otros aspectos del mundo, solo se explica por la aceptación de supuestos dualistas [metodológicos] injustificados (Chomsky 1998: 165).

Si nos encontramos, como Newton, ante un escenario en el que tenemos algo que va más allá de lo mecánico, lo que se tiene que hacer es elaborar una teoría y plantear el problema acerca de cómo se relaciona ese mecanicismo con aquello que desborda sus límites. Este es el típico problema de unificación en las ciencias, problema que se ha planteado análogamente con los conceptos de *mente* y *cuerpo* en la discusión filosófica contemporánea. No obstante, si la noción de *cuerpo* (lo físico, lo material) desapareció después de Newton, ¿estaríamos en condiciones de afirmar que tenemos un significado preciso acerca de lo que designamos con el término ‘cuerpo’? En la cita anterior, Chomsky ha mencionado diversas nociones de ‘cuerpo’ que suelen postular las teorías científicas actuales y quizá las ciencias del futuro propongan otras. Ante este escenario, no parece razonable plantear el problema de la unificación de la mente y el cuerpo si carecemos de una noción de cuerpo, pues tal problema solo existe si tenemos ambos conceptos bien definidos. No obstante, si nos encontráramos en los tiempos de la filosofía mecanicista, sí tendría sentido plantear el problema, puesto que en ese momento se contaba con definiciones precisas acerca de lo mental y lo corporal, lo cual permitía plantear el problema de la unificación. Pero tras Newton y su refutación al mecanicismo ya no es posible formularlo con coherencia. De ahí que Chomsky plantee la inexistencia del problema mente-cuerpo, por lo menos hasta que no se formule una nueva noción de cuerpo (lo cual en

realidad parecería improbable en un escenario científico en el que suelen no establecerse límites precisos sobre qué se considera cuerpo, físico o material). Puesto que no hay una teoría que describa y explique con precisión qué debe considerarse *cuerpo*, el problema de la unificación mente-cuerpo se desvanece (Chomsky 1998: 133). No obstante, esto no quiere decir que dejemos de usar la palabra ‘cuerpo’ en las discusiones filosóficas. Si hacemos uso del término y queremos ser coherentes con lo sucedido en la historia de las ciencias avanzadas, deberíamos usar la palabra tan solo para hacer referencia a todo aquello que se postule como cuerpo en las teorías científicas, para hacer referencia a ‘todo aquello que hace la ciencia’ (y a lo que hará mañana). Es decir, el término solo tendría que designar un concepto diverso, sin un significado fijo en las teorías científicas actuales. Y si entendemos de esta forma el concepto de cuerpo, ya no podemos plantear con coherencia ni precisión el problema de unificación mencionado. Por ello, desde la refutación de Newton al mecanicismo, las ciencias avanzadas han solido formular “lo que sea que encuentre lugar en una teoría explicativa inteligible”, como señala Chomsky en la cita anterior. En el caso de Newton, la gravedad fue lo que encontró lugar en la teoría, y en el caso de las teorías científicas actuales, como las postuladas por la física cuántica, encuentran lugar conceptos aún más alejados del sentido común. En el caso de la filosofía mecanicista, la física del sentido común era la base, pues lo que normalmente esperaba la intuición era que los objetos tengan movimiento por contacto directo (1998: 133).

Postular la gravedad como una fuerza que ejerce una acción a distancia es alejarnos del sentido común mecanicista con el objetivo de formular una teoría que nos brinde una explicación racional acerca de los fenómenos en lugar de ofrecer simplemente una aproximación ordinaria. Esto se acepta sin problemas en las discusiones contemporáneas, así como también se acepta que, por la modificación del criterio de inteligibilidad científica, se abandone la búsqueda de las causas de los principios que explican el movimiento para, nuevamente, poder concentrarse en llegar a la mejor explicación teórica posible de los fenómenos. Así, dejar de lado los conceptos del sentido común y abandonar la búsqueda de las causas primeras son dos aspectos que se aceptan sin mayores problemas en las ciencias avanzadas y en las discusiones filosóficas contemporáneas, pues nadie duda, por ejemplo, de la profundidad explicativa que ofrecen las leyes de Newton al estudio de los aspectos físicos del mundo. Pero cuando se trata de los aspectos mentales del mundo, aparece la polémica por apartar el sentido común y por desistir en la búsqueda de las primeras causas. Esto se debe al profundo dualismo metodológico arraigado en gran parte de las discusiones contemporáneas (volveremos sobre este punto en el apartado siguiente).

Hasta aquí hemos visto que la inexistencia del problema mente-cuerpo es una consecuencia de lo ocurrido en la historia de las ciencias, y esta consecuencia hace que Chomsky se distancie del cartesianismo, pero toma distancia no por considerar que el problema mente-cuerpo no era un problema real en tiempos de

Descartes, sino por considerar que no hay un concepto definido de lo que actualmente entendemos por 'cuerpo'. Y nos daremos cuenta de lo vacío del concepto si nos detenemos a estudiar un poco más la historia de las ciencias antes de enmarcarnos en discusiones que no ayudan mucho al avance de una investigación científica sobre el lenguaje y la mente. Hemos visto, asimismo, el análisis del concepto 'cuerpo' desde tiempos de la filosofía mecanicista y cómo ese concepto se desvaneció tras las observaciones de Newton.

Así, después haber expuesto los problemas de entender el cuerpo como un concepto mecánico, expondremos ahora, por un lado, los problemas de entender 'lo mental' como una substancia inmaterial (dualismo ontológico) y, por otro, los problemas de entender 'lo mental' como una entidad reducida al cerebro o eliminada y reemplazada por la actividad cerebral (materialismo ontológico). Chomsky sostiene que la mente no es una entidad ontológica separable del cerebro, es decir, que 'lo mental' no es ajeno a 'lo corporal'. Hasta este punto podríamos pensar (erróneamente) que Chomsky adopta la postura del fisicista contemporáneo (o materialista ontológico), que sostiene que todo lo mental puede reducirse a lo cerebral o que puede ser eliminado sin más y ser reemplazado por la actividad del cerebro. Pero, como lo hemos adelantado, Chomsky no sostiene esta postura y, pese a que cree que la mente no es ajena al cerebro, cree también, al mismo tiempo, que la mente no se reduce al cerebro y que, asimismo, no puede ser eliminada a favor de lo corporal (o cerebral). Para entender un poco más este planteamiento aparentemente paradójico, debemos remitirnos a lo que Chomsky entiende por 'mente' y a su rechazo de toda carga ontológica que pueda dársele al término (Cela Conde y Marty 1998: 30). Chomsky sostiene que la mente es una entidad abstracta, no ontológica, que pertenece al mundo material, pero en un cierto nivel de abstracción:

Cuando utilizo palabras como 'mente', 'representación mental', 'computación mental' u otras similares, me refiero al nivel de caracterización abstracta de las propiedades de ciertos mecanismos físicos hasta ahora casi enteramente desconocidos. Tales referencias a la mente o a las representaciones y actos mentales no tienen mayor importancia ontológica. De la misma manera se podría formular una teoría de la visión humana en términos concretos, refiriéndonos, por ejemplo, a las células específicas de la corteza visual y a sus propiedades; o se podría formular de manera abstracta en términos de ciertas formas de representación (por ejemplo, imágenes o dibujos lineales), de computaciones sobre tales representaciones, de los principios organizativos que determinan la naturaleza de esas representaciones, etc. En este último caso, la indagación pertenecería propiamente al estudio de la mente, según la terminología que he adoptado, aunque de ninguna manera implica la existencia de entidades separadas del mundo físico (Chomsky 1983: 13-14).

En apartados anteriores hemos mencionado que los mecanismos internos del hablante tienen un rol decisivo en la formación de expresiones gramaticales en una lengua, de tal forma que son estos mecanismos los responsables de que sea posible el uso real y concreto del lenguaje. Estos mecanismos mentales se

entienden como mecanismos abstractos que posiblemente tengan una realización física. Por ello, si la mente no puede escapar de lo físico, fenómenos como la adquisición y uso del lenguaje finalmente tendrán que ser explicados desde una perspectiva física (neurofisiológica). Pero que no se entienda por esto que tenemos aquí un compromiso con el materialismo ontológico: el estudio de la mente, específicamente del lenguaje, no está subordinado a la física (la neurología). Es decir, cuando Chomsky habla de la mente lo hace en un cierto nivel de abstracción para poder hablar de mecanismos físicos (cerebrales) aún desconocidos por las ciencias. Por ello, el estudio del lenguaje es abstracto. Si las ciencias logran descubrir cómo esas entidades abstractas del lenguaje se pueden explicar en términos físicos, cerebrales, entonces la ciencia del lenguaje no dejará de hablar en términos abstractos (Chomsky 1971: 156; Eguren y Fernández Soriano: 60-62). Según Chomsky, “si las ciencias del cerebro logran descubrir estas propiedades, nosotros no dejaremos de hablar del lenguaje en términos de palabras, frases, nombres y verbos, y otros conceptos abstractos de la lingüística [...]. Estos pueden muy bien continuar siendo los conceptos apropiados para la explicación y predicción, reforzados ahora por un entendimiento de la relación que existe entre éstas y entidades más fundamentales” (Chomsky 1992: 17).

Por ello, los mecanismos de la mente son mecanismos abstractos que quizá algún día puedan llegar a ser explicados bajo mecanismos físicos, actualmente desconocidos por las ciencias. En este contexto, la mente no puede ser una substancia inmaterial, separada del cuerpo, como sostendría un dualista ontológico, debido a que la mente es el resultado de las propiedades de los mecanismos físicos mencionados. No obstante, la mente tampoco puede ser reducida a los mecanismos físicos, como sostendría un materialista ontológico. Una de las razones tiene que ver con que la ciencia del lenguaje, como hemos señalado, no está subordinada a la física, pues no se reduce ni puede ser reemplazada por la neurofisiología, y la otra razón, relacionada con la anterior, tiene que ver con que el cerebro se compone de distintos órganos mentales (como la Facultad del Lenguaje) que interactúan y, tras esta interacción, se produce el conocimiento (lingüístico, por ejemplo). Pero estrictamente el conocimiento no es un órgano mental, es decir, no hay una identidad entre el conocimiento mismo y un órgano mental (o la suma de los distintos órganos mentales), sino que simplemente el conocimiento es el *resultado* de la interacción entre dichos órganos de la mente (Cela Conde y Marty 1998: 31).

Pongamos el caso del órgano mental llamado ‘Facultad del Lenguaje’. La Facultad del Lenguaje forma parte de la arquitectura de la mente e interactúa con otros sistemas mentales como los sistemas articulador, perceptivo, conceptual e intencional. Los sistemas conceptual e intencional forman el sistema cognitivo, encargado de almacenar información, mientras que los sistemas articulador y perceptivo forman el sistema de ejecución, encargado de usar la información almacenada de los sistemas conceptuales para hablar sobre

el mundo y articular expresiones, además de percibir las u oír las (Chomsky 1998: 74, 130, 173, 236). Por ello, la mente es un sistema conformado por otros sistemas que interactúan entre sí y que forman parte de las propiedades de mecanismos físicos (cerebrales) aún desconocidos. La mente entendida como sistema de sistemas distintos de pensamiento tiene un soporte en mecanismos cerebrales (Cela Conde y Marty 1998: 31), pero el cerebro no es el que piensa, sino las personas. La tarea del cerebro consiste solamente en aportar los mecanismos físicos del pensamiento. Al respecto, Chomsky señala las circunstancias en las que se ve claramente que son las personas las que piensan y no sus cerebros: “Puedo dividir mediante un algoritmo que aprendí en la escuela, pero mi cerebro no divide por mucho que realice el algoritmo. Análogamente, yo mismo no divido si sigo mecánicamente las instrucciones que pueden interpretarse como el mismo algoritmo que yo uso [...]. De ello no se sigue que mi cerebro ejecute un algoritmo en este caso o en uno de traducción y comprensión. La gente [...] comprende el lenguaje; pero mi cerebro no entiende el inglés como mis pies no se pasean” (Chomsky 1998: 169).

En esta cita Chomsky hace referencia a la Facultad Numérica, otro de los órganos mentales del cerebro, pero lo mismo se aplica en el caso de la Facultad del Lenguaje a la hora de producir, entender e interpretar estructuras lingüísticas. Son las personas las que construyen expresiones y las comprenden, no sus redes neuronales o las propiedades químicas de su cerebro, pues el conocimiento del lenguaje de los hablantes es el *resultado* de la interacción de los sistemas que forman parte de las propiedades de esos mecanismos físicos, pero el conocimiento lingüístico resultante no se reduce a ellos. De ahí que la mente no sea ajena al cerebro, no puede escapar de lo físico, pero al mismo tiempo lo mental no se reduce ni puede ser reemplazado por la neurofisiología. Con esto se toma distancia tanto del dualismo ontológico como del materialismo ontológico, pues no existe diferencia alguna entre el estudio de la Facultad del Lenguaje, más específicamente la Lengua-I, y el estudio del mundo natural, pues la Lengua-I es un objeto natural que debe ser estudiado tal como las ciencias naturales estudian el mundo, pero esto no quiere decir que se subordine la ciencia del lenguaje, una ciencia mental, al estudio de la física o la neurología.

La ciencia del lenguaje será la encargada de estudiar las propiedades abstractas de unos mecanismos cerebrales aún desconocidos como una *estrategia* de investigación. Esto no hace a este enfoque dualista, debido a que esta estrategia será la que permita llegar a la unificación con las ciencias del cerebro, pues la ciencia del lenguaje marcará el camino de la neurofisiología al aproximarse a su objeto de forma abstracta con la finalidad de que las propiedades abstractas estudiadas sean explicadas en términos físicos. Y sobre los mecanismos físicos que se descubran se asentarán las bases de la ciencia del lenguaje, por ser dichos mecanismos fenómenos aún más fundamentales (Anula y Fernández 2004: 18).

Por lo anterior, decimos que el naturalismo chomskyano es un naturalismo y no un dualismo, y que, asimismo, este naturalismo se traduce en un materialismo, pero no en uno de corte ontológico, sino metodológico. Así, el naturalismo metodológico chomskyano tendrá un compromiso con el estudio de la Lengua-I como objeto del mundo natural, así como también con la estrategia de estudio de las propiedades abstractas del lenguaje. Esta metodología abre las puertas y marca la pauta a los estudios de neurofisiología, pero la ciencia del lenguaje no será reducida ni reemplazada por esta ciencia física más fundamental. Para lograr el objetivo, esta metodología de investigación empleará la racionalidad científica al estudio de los fenómenos mentales y tratará de describir y explicar su objeto con la misma rigurosidad científica con que las ciencias naturales se aproximan a sus respectivos objetos de estudio.

Recordemos que en el caso de Descartes había una metodología coherente de investigación que permitió reparar en que la mecánica clásica, aplicada al estudio de los cuerpos, no podía ser aplicada a los fenómenos mentales. Luego de Newton ya no hubo una distinción clara entre fenómenos mentales y fenómenos físicos y hasta hoy desconocemos los puntos donde se trazan los límites entre los unos y los otros. Por ello, hasta que no sea formulada una nueva noción de cuerpo, el problema mente-cuerpo es un falso problema, y hasta que eso no suceda la única opción de materialismo viable es la del naturalismo metodológico. Desde esta perspectiva, es legítimo poder estudiar las funciones del cerebro (las funciones mentales) independientemente de la estructura cerebral, tal como ha ocurrido en otras ramas del conocimiento, como, por ejemplo, en la química, cuyo estudio siguió adelante al margen de la física existente en la época. No se conocía cómo así ciertas propiedades químicas podían estar relacionadas con la física hasta que la teoría cuántica hizo posible hacer una revisión radical de la ciencia fundamental (la física) para que pueda lograrse finalmente la unificación entre ambas disciplinas, y no una reducción de la una a la otra. Lo mismo, dice Chomsky, debe ocurrir a la hora de estudiar aspectos mentales del mundo, que en este sentido no son muy diferentes de las propiedades químicas a las que hemos hecho alusión (1998: 294).

Con este ejemplo, Chomsky ha llamado la atención acerca de cuánto debemos aprender de la historia de las ciencias avanzadas para evitar confusiones y falsos problemas que nos hagan perder de vista el objetivo de la investigación. Uno de los riesgos a este respecto es el dualismo metodológico anclado en la mayoría de posturas materialistas de corte ontológico. Sobre la metodología dualista del materialismo ontológico y el ejemplo de la unificación de las ciencias avanzadas trataremos en el siguiente apartado.

### **2.3. Paralelismos entre el naturalismo científico chomskyano y las ciencias naturales frente a la metodología dualista del materialismo ontológico**

Hemos mencionado en apartados anteriores que el enfoque naturalista chomskyano se entiende como una investigación científica que trata de construir teorías suficientemente explicativas e inteligibles acerca de aspectos lingüísticos y mentales del mundo. El objetivo de apuntar hacia una explicación científica del lenguaje es que finalmente tal estudio teórico y formal pueda llegar en algún momento a una unificación con las ciencias naturales, así como la química y la física llegaron en su momento a una integración final. El compromiso de la ciencia chomskyana consiste entonces en la aplicación de los criterios de la racionalidad científica a la hora de estudiar fenómenos lingüísticos y mentales. Es decir, la ciencia chomskyana no aplicará un doble criterio al evaluar, por un lado, el modo como debe estudiarse el lenguaje y, por otro, el modo como deben proceder las ciencias naturales, para las cuales no suelen imponerse estipulaciones arbitrarias (como las que hemos expuesto respecto del sentido común) que sí suelen plantearse a la ciencia del lenguaje. Por ello, el naturalismo chomskyano se distingue de aquello que Chomsky denomina ‘dualismo metodológico’ (Chomsky 1998: 124-125, 161).

El dualismo metodológico, que se opone diametralmente al naturalismo metodológico chomskyano, es la posición que sostiene (explícitamente o no) que no es posible estudiar de forma naturalista los aspectos del mundo que denominamos ‘mentales’, que las disciplinas que se ocupan de lo mental son disciplinas únicas y especiales, y que por ello deben ser estudiadas de manera distinta y separada de la metodología de investigación de las ciencias naturales, por lo cual la ciencia del lenguaje no podría aplicar, por ejemplo, la metodología de investigación de la biología, pese a encargarse de estudiar el lenguaje dentro de los límites de un fenómeno biológico. Frente a esto debemos tener en cuenta cuál debe ser el objetivo de una investigación científica. Si el objetivo es aproximarnos más a entender cómo se desarrolla el lenguaje y cuáles son los mecanismos internos que permiten su uso, la alternativa que más debería causar polémica es la del dualismo metodológico, y no la del naturalismo chomskyano. No obstante, en las discusiones filosóficas acerca de la cuestión ha ocurrido lo contrario. Ha causado polémica que se estudien los aspectos lingüísticos y mentales del mundo desde una perspectiva científica como la que propone Chomsky y se ha aceptado sin mayores problemas la alternativa dualista metodológica, que abandona los criterios de racionalidad científica a la hora de estudiar, como dice Chomsky, “lo que está por encima del cuello de los seres humanos” (1998: 124-125).

Es importante señalar que los dualistas metodológicos rara vez han aceptado que defienden este tipo de dualismo de manera abierta y explícita. Pero, Chomsky, al evaluar diversas posiciones al respecto, se ha encargado de sacar a la luz que lo que realmente están defendiendo es un tipo de dualismo arraigado en

parte de la filosofía analítica contemporánea. Respecto de esto, hay quienes sostienen que hay razones filosóficas suficientes para rechazar el enfoque científico de Chomsky cuando estudiamos aspectos mentales del mundo como el lenguaje, pese a la prosperidad que en los últimos años ha tenido la ciencia chomskyana. Hay otros que señalan también que si bien la nueva ciencia de Chomsky puede haber labrado éxitos, su contribución no trata de la mente o de lo mental (Chomsky 1998: 125). Para explicar por qué no debemos rechazar la teoría chomskyana por ‘razones filosóficas’, debemos remitirnos a la manera como Chomsky entiende la relación entre ciencia y filosofía.

Para ello, debemos aclarar que el naturalismo chomskyano no debe ser confundido con la idea de la naturalización de la filosofía, esto es, la posición que sostiene que las explicaciones filosóficas se correspondan siempre con las teorías postuladas por las ciencias naturales *hoy*. Que Chomsky sostenga que los métodos de racionalidad científica deban ser aplicados a la ciencia del lenguaje no quiere decir que su naturalismo se comprometa con una naturalización de la filosofía, debido a que si desde esta perspectiva establecemos que una teoría de la mente y el lenguaje debe condecirse, por ejemplo, con la física, deberá hacerlo con la física actual, y la física de hoy puede no ser la misma que la física del mañana. Por ello, desde la perspectiva chomskyana, es inaceptable que una teoría de la mente se corresponda con las ciencias naturales en un determinado momento de su desarrollo, pues las explicaciones actuales sobre la mente y el lenguaje podrían no condecirse con la física de hoy, pero sí podrían hacerlo con la física del mañana. Es decir, una teoría naturalista del lenguaje es naturalista por intentar esclarecer los aspectos mentales del mundo, específicamente el lenguaje, mediante explicaciones inteligibles en las que se empleen métodos y criterios de racionalidad científica con el objetivo de que en algún momento del avance de las investigaciones se produzca una integración final con el núcleo de las ciencias naturales (Chomsky 1998: 124, 130-131). Pero esto no quiere decir que debamos forzar la correspondencia de la teoría chomskyana de hoy, o de cualquier otra, con el estado actual de las ciencias, pues las ciencias ya nos han demostrado que la ciencia más fundamental, la física, tuvo que ser revisada profundamente para luego ser modificada y así poder incorporar explicaciones de fenómenos que la química hizo ver que existían, pero que con la física de aquel entonces no se podían abordar.

Así también, podría ocurrir que la ciencia chomskyana (equivalente a la química en la mención anterior) llegue a ser unificada con las ciencias del cerebro (la física), pero esto no equivale a decir que cualquier explicación teórica sobre el lenguaje y la mente tenga que ser forzada a corresponderse con el núcleo de las ciencias naturales en su momento actual de desarrollo. Quizá ese núcleo tenga que ser modificado profundamente para que se logre el objetivo mayor: la unificación (o integración) de las disciplinas. No obstante, que aún no se haya llegado a la unificación no significa que no podamos usar los criterios

metodológicos de las ciencias, pues en la historia de las ciencias avanzadas son esos criterios los que justamente han permitido llegar a la unificación de disciplinas. Por estas razones, el naturalismo chomskyano es una explicación teórica de la mente y el lenguaje que sigue la metodología de las ciencias naturales, pero no es una *naturalización* de la teoría (tal como se entiende el término en filosofía) por no forzar las explicaciones propuestas a ser afines con la ciencias del cerebro en su estado actual. Démonos cuenta de que cuando hemos hablado de la naturalización de las explicaciones filosóficas y de la teoría chomskyana del lenguaje no hemos diferenciado entre una explicación filosófica del lenguaje y una explicación científica del lenguaje, pues la filosofía y la metodología de las ciencias no deberían hacer mayores distinciones si ambas se encargan de aproximarse a diversos fenómenos mediante criterios racionales. Sin duda, la filosofía se ocupará también, por ejemplo, de la Lengua-E, objeto inestable que no forma parte de la ciencia chomskyana. Pero esto no hace que sea menos filosófico el estudio de la Lengua-I, la Facultad del Lenguaje en su estadio final de desarrollo, pues será el estudio científico de este objeto estable lo que nos permita esclarecer los principios innatos y los mecanismos internos de la mente que permiten el uso del lenguaje.

Quizá por lo anterior Chomsky considere que no debe haber mayores distinciones entre ciencia y filosofía, pues incluso en un momento de su historia la ciencia formaba parte de la filosofía. En una época como la de la Ilustración, por ejemplo, no estaba clara la diferencia entre ambas disciplinas (recuérdese que Hume comparó su proyecto con el de Newton), y quizá debido a esto Chomsky considere a la filosofía de esta época como un tipo de naturalismo tradicional. Luego la distinción entre ciencia y filosofía se hizo más clara, pero en realidad ahora esta diferenciación se debe más a una cuestión de organización de los saberes que de delimitaciones marcadas que impongan límites sobre qué tipo de preguntas debemos hacernos desde una determinada disciplina. De ahí que Chomsky considere que las disciplinas no existan por sí mismas, sino que más bien son una cuestión de elección de quienes deciden especializarse en alguna, una especie de construcción que nosotros mismos hacemos para intentar separar y organizar el saber. Por ello, así como no hay límites sobre lo químico, tampoco hay límites sobre lo filosófico. Muchos de los estudiosos que han elegido ser filósofos se han planteado preguntas sobre los fundamentos de las teorías científicas, sobre los fundamentos de la mecánica cuántica, por ejemplo, y han contribuido notablemente a su desarrollo (Chomsky en Ludlow 2011: 187-188).

Así, la filosofía se extiende por todos los ámbitos del conocimiento, incluido el científico, y por ello no deberíamos referirnos a la ciencia chomskyana como una teoría carente de explicaciones filosóficas por no incluir a la Lengua-E dentro de su objeto de estudio. Por ello, rechazar la teoría chomskyana por razones de este tipo es limitar aquello que puede ser llamado ‘explicación filosófica’. Si con el estudio de un objeto

estable como la Lengua-I se han obtenido avances notables en las investigaciones y si solo con un objeto estable podemos obtener una explicación científica, y a la vez filosófica, no habría motivos para rechazar sin más la ciencia chomskyana por no incluir la Lengua-E dentro del objeto de investigación. Hemos visto que a la ciencia chomskyana se le exige la incorporación de conceptos ordinarios como el de Lengua-E, pero ya hemos visto también que a las ciencias naturales se les exonera de incorporar tales conceptos por referir a objetos inestables y variables, incompatibles con los criterios de racionalidad científica. Esto es normal en el ámbito científico y no hay polémicas al respecto. Pero cuando tratamos de una ciencia sobre el lenguaje y la mente como la de Chomsky se aplica un doble rasero de evaluación y se exige la incorporación de conceptos ordinarios de sentido común. Esto no es más que otra manifestación del dualismo metodológico, que se opone tajantemente al naturalismo metodológico defendido por Chomsky.

Asimismo, el dualismo metodológico se manifiesta si se piensa que la teoría chomskyana no se ocupa de aquellos fenómenos que se incluyen dentro de la categoría de 'lo mental'. El dualista metodológico no aplica los criterios de racionalidad científica a los aspectos mentales del mundo ni excluye los conceptos ordinarios de sentido común. Por ello, una posición como esta considerará a las disciplinas que se ocupan de lo mental como disciplinas independientes de la biología o la física, pese a que el lenguaje es un fenómeno biológico y a que sus propiedades abstractas se traducen en mecanismos cerebrales que permiten el uso del lenguaje. El dualismo metodológico rechaza el dualismo ontológico cartesiano y adopta un monismo ontológico. Pero el naturalismo metodológico chomskyano rechaza el dualismo metodológico que suele venir acompañado de ese materialismo ontológico por considerarlo improductivo para la investigación (Hinzen y Uriagereka 2006: 75).

Hemos explicado que este tipo de materialismo adopta un monismo ontológico, y no un dualismo ontológico, debido a que considera que las explicaciones de los aspectos mentales del mundo (incluido el lenguaje) deben ser *reducidas* a explicaciones fisicalistas o que las ciencias del cerebro finalmente lleguen a *eliminar* las ciencias de la mente. Y hemos mencionado a lo largo de los apartados anteriores el ejemplo sugerente que da Chomsky para rechazar el materialismo ontológico: su comparación del estudio abstracto de la ciencia del lenguaje con el estudio de las nociones abstractas en química. Hemos dicho que en un primer momento no se sabía con exactitud cómo así podían estar relacionadas ciertas propiedades químicas abstractas con mecanismos físicos más fundamentales hasta que tiempo después llegaron a descubrirse cuáles eran dichos mecanismos más fundamentales. Fue en ese momento que se produjo la unificación entre la física y la química, pero 'unificación' no quiere decir aquí 'reducción' o 'eliminación'. Nadie podría reducir o hacer desaparecer sin más a la química tras dicho descubrimiento. Más bien, lo que se buscó fue modificar la ciencia más fundamental para que se produzca una unificación (así surgió la física de partículas).

Esta es una alternativa materialista, pero no reduccionista ni eliminativista. Y Chomsky cree que quizá algún día suceda lo mismo con la ciencia del lenguaje y las ciencias del cerebro (Eguren y Fernández Soriano 2004: 61-62), pues es el estudio independiente de la ciencia del lenguaje (o la química, en la mención anterior) lo que permite la modificación de la noción de cuerpo o cerebro (o modificación o ampliación de la física).

Este ejemplo sobre el éxito de la química es crucial para comprender el naturalismo chomskyano y entender por qué este naturalismo es un tipo de materialismo. Pero es un materialismo que no es ontológico (ni reduccionista ni eliminativista), sino más bien metodológico y unificacionista. Recordemos que la metodología de las ciencias naturales se aplica en el estudio del lenguaje con la finalidad de dar una explicación inteligible de los fenómenos y que se postulan mecanismos abstractos en la teoría con la finalidad de hacer referencia a mecanismos cerebrales aún desconocidos por la ciencias. El conocimiento que obtengamos a partir del estudio abstracto del lenguaje, según Chomsky, podrá ser reforzado si tales mecanismos físicos llegan a ser descubiertos, pero no podrán reemplazar ni eliminar las ciencias de la mente, incluida la ciencia del lenguaje. Lo que se producirá será una unificación entre la ciencia del lenguaje y las ciencias del cerebro, tal como ocurrió con la química y la física. Por ello, el estudio abstracto de una disciplina que en un determinado momento no se condice con los postulados de una ciencia más fundamental no es un indicador de que la teoría no vaya por buen camino, pues podría suceder, como de hecho sucedió en el caso de las ciencias avanzadas, que la ciencia más fundamental tenga que ser modificada drásticamente para que se produzca la unificación. Sin la química no pudo haberse logrado la modificación o ampliación de la física, así como tampoco podrá lograrse la modificación o ampliación de la noción de cuerpo en las ciencias del cerebro sin el trabajo teórico independiente de la ciencia del lenguaje. A este respecto, recordemos el caso de Newton y comparémoslo con el proceder de la química para luego compararlo con el camino que ha seguido y debe seguir la ciencia del lenguaje con el objetivo de construir una explicación científica sólida (cuerpo doctrinal) de los fenómenos que estudia.<sup>20</sup> Así, podremos luego analizar el doble rasero de evaluación (dualismo metodológico) que se aplica a las contribuciones de la ciencia del lenguaje y las ciencias naturales.

Newton no pudo dar una explicación científica acerca de las causas de la gravedad, pero sí estableció un cuerpo doctrinal respecto de las leyes de la gravitación. La gravedad obedecía a los principios newtonianos y era difícil refutarlo. De la misma manera, la química, pese a no haber podido explicar las causas de ciertas

---

<sup>20</sup> Como se puede apreciar por el contexto, con el término 'doctrina' (y su derivado 'doctrinal') hacemos referencia al sólido cuerpo de principios de una teoría científica que permite lograr un avance fructífero en la investigación. No hacemos referencia a lo que suele entenderse en la acepción habitual y más usada del término, acepción que refiere al conjunto de creencias o ideas, especialmente de carácter religioso o político, sostenidas por una persona o un grupo de ellas. En esta tesis usamos el término siempre en su primera acepción (menos conocida), y nunca en la segunda.

leyes químicas, siguió su curso y estableció un cuerpo doctrinal sólido independientemente de la física. Este cuerpo doctrinal permitió comprender de manera *limitada* la naturaleza de esas leyes, pero fue lo que permitió que se produzca la unificación tras una revisión radical de la física. El proceder de la ciencia del lenguaje ha sido análogo al que tuvo la química: establecer un cuerpo doctrinal sólido que nos permita aproximarnos más a la naturaleza de los principios que gobiernan el lenguaje y la mente humana, y hacer que esta edificación teórico-formal (cuerpo doctrinal) sirva de punto de inicio para elaborar una modificación o ampliación de la neurofisiología, con la finalidad de unificar las ciencias del cerebro con las ciencias de la mente. Por ello, la postura que se defiende es la de una unificación que no es fácil de alcanzar y que es un objetivo lejano, debido a que aún hay conocimientos fundamentales que están por descubrirse (Chomsky 2003: 50-53, 58, 60; Smith 2001: 236). Recordemos que los mecanismos abstractos de los que se habla en la ciencia del lenguaje pueden ser traducidos y reforzados por el descubrimiento de mecanismos físicos (cerebrales) aún desconocidos por las ciencias, y que el estado avanzado de los métodos de descripción y explicación de la ciencia del lenguaje no se condice con el estado actual de las ciencias cerebrales. De ahí que la unificación se vea como un objetivo lejano, en el estado actual de los conocimientos. Y se ha hecho esta analogía entre la química y la ciencia del lenguaje, debido a que “las actuales controversias sobre la mente y el cerebro son llamativamente similares a los debates sobre átomos, moléculas, estructuras, reacciones químicas y otras cuestiones relacionadas [...]. Son similares de maneras que a mí me parecen instructivas” (Chomsky 2003: 60).

Y, en efecto, así como la química siguió su curso y estableció un sólido cuerpo doctrinal, así también la ciencia del lenguaje ha tratado de construir una edificación teórico-formal para tratar de esclarecer los aspectos lingüísticos del pensamiento. En el caso de la química, inmediatamente antes de que se logre el objetivo de unificación con la ciencia más fundamental, la física, científicos de la época sostenían que la química era solo un mecanismo de cálculo y que no trataba de nada real, pues solo se limitaba a ser una forma de organización y predicción de los resultados de las reacciones químicas. ¿Pudo haberse sostenido en la época que la química era algo más que una mera forma de cálculo? Hubo científicos que incluso ridiculizaron la idea de que ciertas teorías químicas fuesen algo más que un mecanismo para calcular, pues creían que la química no trataba de nada real. Por ello, sostener que la química era algo más que una mera forma de cálculo era una tarea titánica que no sería tomada en serio si no se llegaba a una explicación de esas teorías en términos de leyes físicas. Justamente fue este desconocimiento de no saber cómo unificar la química y la física lo que llevó a científicos de la época a ridiculizar afirmaciones que sugerían que la química no era simplemente un mecanismo de cálculo. Y posteriormente se descubre que en efecto la unificación será imposible, pero que será imposible solo mientras no se haga una modificación y revisión radical de la física. La química sí trataba pues de lo real, hablaba del mundo (siempre dentro de un sentido conceptual en

el que, recuérdese, se busca la *inteligibilidad* de las teorías, no la comprensión absoluta del mundo), y no era solo una forma de cálculo. Era la mejor teoría sobre cómo funciona el mundo. ¿Qué fue entonces lo que permitió el éxito inesperado de esta ciencia? El establecimiento del cuerpo doctrinal, que siguió adelante independientemente de la física antes de que se produzca la unificación. Hemos visto que desde Newton se construyen estos cuerpos doctrinales y se deja de lado la explicación científica absoluta de las causas de los principios postulados con la finalidad de alcanzar la unificación. Hemos mencionado también que las explicaciones científicas se alejan del sentido común, puesto que los científicos atribuyen un grado más alto de realidad a los modelos que construyen para dar una descripción y explicación inteligible de los fenómenos que estudian (Weinberg, citado por Chomsky 1983: 17; 2003: 65-66). Así, desde Newton parece sensato seguir construyendo teorías científicas sólidas (cuerpos doctrinales) independientemente de las consideraciones intuitivas del sentido común y tomando especial atención a la necesidad de apartar, o por lo menos retrasar, las explicaciones causales de los principios científicos.

En el caso del cuerpo doctrinal que estableció Newton, por ejemplo, la gravedad se aceptó *como si* fuese evidente por sí misma y, por ello, no necesitaba de una explicación de sus causas. Esta estrategia permite al científico la postulación de leyes que describan y expliquen con precisión cómo funciona el universo sin preocuparse por dar explicaciones absolutas acerca de las causas de esos principios. Nadie podría poner en duda las leyes de Newton solo por el hecho de que no se hayan ofrecido las explicaciones últimas de sus causas. Dichas leyes tienen una profundidad explicativa tal que toda exigencia temprana de explicaciones absolutas queda fuera de lugar. Así también, la química postuló leyes que no podían ser explicadas más de lo que Newton pudo explicar sobre la gravedad, pero construyó un rico cuerpo doctrinal que permitió la unificación final.

Entre las cosas que la química aportó a la revisión de la física estaban ciertas condiciones que esta ciencia fundamental tenía que cumplir, y al mismo tiempo los descubrimientos de la física tenían que restringir la posibilidad de postular ciertos modelos químicos. En el caso de los aspectos mentales del mundo, incluido el lenguaje, la unificación con los aspectos físicos del mundo es actualmente un objetivo lejano, así como lo fue el objetivo de la unificación de la química y la física mucho antes de que su integración final se llevara a cabo. Respecto del lenguaje, se sabe tan poco acerca de los mecanismos cerebrales que hacen posible su uso, y menos aún de otros procesos cognitivos, que apenas se puede plantear en este terreno el objetivo de la unificación. Es decir, no se puede explicar aún de qué forma se dará tal unificación ni se puede decir si finalmente se puede llevar a cabo tal empresa dentro de los alcances de las capacidades humanas. Pero lo que sí podemos hacer desde ahora, siguiendo el consejo de Newton y el ejemplo de la química en la historia de las ciencias, es establecer un cuerpo doctrinal sólido con el objetivo puesto en la unificación, si es que esta

realmente pudiera lograrse algún día. Por ejemplo, el cuerpo doctrinal construido por la teoría chomskyana (la elaboración de principios explicativos y análisis predictivos dentro de una concepción biológica del lenguaje) hace que el órgano mental del lenguaje pueda ahora comprenderse desde la concepción de un diseño óptimo. Esto quiere decir que este órgano puede ser el resultado de que en el cerebro funcionen leyes físicas y químicas, lo cual es un indicador de que el cerebro ha alcanzado un desarrollo complejo a lo largo de los años de existencia de la especie (Chomsky 1971: 21; 2003: 52-53, 66). Respecto de la ciencia del lenguaje, podría decirse (erróneamente) que si los principios abstractos que postula no se traducen actualmente en mecanismos físicos específicos, no deberíamos entender el órgano mental lingüístico como una realidad. Y no entenderlo como tal se traduce en negar que dicho órgano forme parte del cerebro y sea el responsable de la adquisición y uso del lenguaje. Con lo que hemos aprendido acerca de la historia de las ciencias avanzadas, estamos en condiciones de decir que esa posición no se sustenta, debido a que la edificación teórico-formal construida por la ciencia del lenguaje ha sido un pilar sólido que sí ha permitido dar explicaciones de las condiciones en que se adquiere el lenguaje desde el nacimiento y del uso creativo que hacemos de él tras alcanzar un estadio maduro del desarrollo de la facultad lingüística.

Recordemos lo analizado en los primeros apartados: la evidencia de que hay construcciones que no podrían recibir otra explicación que la de la existencia y primacía de los mecanismos innatos de la mente sobre la experiencia lingüística. El cuerpo doctrinal chomskyano ha funcionado con fortuna a la hora de abordar los problemas de la pobreza de estímulos y del uso creativo del lenguaje, además de ofrecer una ciencia que es capaz de predecir con exactitud las construcciones que hace un hablante a partir de la adquisición de los principios universales del lenguaje hasta su desarrollo final, la Lengua-I. Todo lo anterior se ha desarrollado independientemente de las ciencias del cerebro, tal como se encuentran desarrolladas hasta hoy, así como la química desarrolló un cuerpo doctrinal independientemente de la física de la época.

En el caso de la ciencia del lenguaje, la ciencia más fundamental es la ciencia que se encarga de estudiar los aspectos físicos del mundo, en este caso, las ciencias del cerebro, que actualmente están tan lejos de descubrir cuáles son los mecanismos físicos del cerebro responsables del lenguaje que el objetivo de la unificación no puede ser más que un anhelo lejano. Pero el hecho de que la unificación se vea como un objetivo distante no quiere decir que la ciencia del lenguaje, así como la química, deje de aproximarse de alguna forma a la naturaleza de esos mecanismos mediante la postulación de un cuerpo doctrinal que habla de principios y mecanismos abstractos del lenguaje (recuérdese la postulación de la Gramática Universal y la teoría formal del investigador, la Gramática Generativa). Que esos mecanismos abstractos aún no puedan ser reforzados por el descubrimiento de mecanismos físicos mediante la unificación no significa que debamos sostener que la ciencia del lenguaje no trate de nada real. Recordemos que en el caso de la química se hacía burla y escarnio a propósito de la sugerencia de algunos científicos de la época de que la química

podría ser algo más que un simple mecanismo de cálculo, es decir, que sí podría tratar de lo real, que sí podría ser una descripción y explicación seria acerca de cómo funciona realmente el mundo. La burla y el escarnio se traducían al simple desconocimiento sobre cómo proceder con la unificación de la química con la ciencia más fundamental, la física. En el caso de la ciencia del lenguaje, el primer paso para lograr el objetivo lejano de la unificación es la construcción de una edificación teórico-formal (cuerpo doctrinal), que en la actualidad se encuentra en un estado más avanzado que el estado en el que se encuentra hoy la ciencia más fundamental, la neurología. Quizá algún día esta ciencia pueda reforzar el aparato teórico-formal de la ciencia del lenguaje y podamos así llegar a la integración de ambas disciplinas, tal como ocurrió con lo que hemos expuesto en el ilustrativo ejemplo de la química y la física.<sup>21</sup>

El tipo de reparos y cuestionamientos que se hacen respecto del proceder científico de una ciencia de la mente como la del lenguaje y no respecto de las ciencias naturales muestra una vez más el dualismo metodológico arraigado en las discusiones contemporáneas sobre el lenguaje. Por ejemplo, el dualista metodológico acepta sin problemas ni polémica la profundidad explicativa de los principios postulados por Newton, quien pese a no haber tenido una explicación acerca de las causas de estos principios, hizo una descripción y explicación formal acerca de cómo funciona el movimiento terrestre y el movimiento planetario. Se acepta así sin problemas que la gravedad se aleje del sentido común, pues los fenómenos estudiados no pueden explicarse sin la existencia de una fuerza de acción a distancia (la gravedad). Sabemos que en su época, Newton fue objeto de burlas, y hasta él mismo ponía en duda la existencia de la gravitación, pero finalmente se impuso el criterio de *inteligibilidad* de las teorías y no el alcance de la comprensión *absoluta* de los fenómenos del universo. En la actualidad nadie podría cuestionar la eficacia de la teoría newtoniana, así como tampoco podría cuestionarse la funcionalidad de la química, aunque en este último caso tenemos una buena razón para no hacerlo: finalmente la unificación con la física se llevó a cabo.

Pero démonos cuenta de que si no podemos cuestionar la química es porque tiene en la base a la física, y la física acepta la profundidad explicativa de las leyes postuladas por Newton, así como también no la cuestiona un dualista metodológico. A este respecto, el dualista metodológico acepta sin mayores inconvenientes los principios de la gravitación así como el hecho de que tal marco teórico se aleje de las concepciones ordinarias del sentido común. Sin embargo, cuando se trata de la ciencia del lenguaje se ponen en duda los principios y mecanismos abstractos que se postulan y se critica el alejamiento de la teoría de las concepciones ordinarias de sentido común, por lo cual se pierde de vista el modelo de *inteligibilidad* de las

---

<sup>21</sup> Para mayores detalles y un análisis técnico acerca del proceso de desarrollo de la química, véase *Atoms and Powers. An Essay on Newtonian Matter-Theory and the Development of Chemistry*, obra del destacado académico británico Arnold Thackray, químico de formación y especialista en historia y filosofía de la ciencia. Chomsky hace referencia constante a esta obra en varios de sus escritos a la hora de examinar episodios cruciales de la historia de la química. Varios de esos escritos se encuentran citados en la bibliografía.

teorías que se impuso desde Newton ante el deseo de querer comprender la *totalidad* de los fenómenos del mundo. La mejor teoría será aquella que dé una descripción y explicación inteligible acerca de los fenómenos que se estudian, y la ciencia chomskyana del lenguaje ha dado pasos importantes a la hora de construir una teoría científica sólida (cuerpo doctrinal) independientemente de la comprensión de los mecanismos físicos implicados, esto es, independientemente de la ciencia más fundamental, la neurofisiología, que en la actualidad no se condice con las explicaciones establecidas por la ciencia del lenguaje, pero que quizá sí pueda hacerlo en el futuro, tal como sucedió con la química, que tuvo un resultado inesperado de unificación exitosa tras una ardua y trabajosa modificación y ampliación de la física:

Los historiadores de la ciencia han reconocido que los titubeantes avances de Newton expusieron una nueva visión de la ciencia en la cual el objetivo no es buscar explicaciones definitivas, sino encontrar la mejor explicación teórica posible de los fenómenos resultantes de experiencia y la experimentación [...]. Si las investigaciones logran crear un 'cuerpo doctrinal' [...], ello debería considerarse ciencia normal, incluso aunque no se haya logrado la unificación con la neurofisiología, cosa que puede deberse a diversas razones, entre ellas que la esperada 'base de reducción' [o ciencia más fundamental] haya sido mal concebida y tenga que ser modificada. Huelga decir que las ciencias del cerebro no están establecidas tan firmemente como lo estaba la física básica hace un siglo, o como lo estaba la filosofía mecánica en la época de Newton (Chomsky 2017: 115, 136).

La ciencia del lenguaje debería considerarse entonces como una ciencia normal, pese a que el objetivo de unificación sea aún lejano. Recordemos que el cuerpo doctrinal de la ciencia del lenguaje ha estipulado principios universales abstractos (Gramática Universal) que comparten todas las lenguas, por lo que la CU restringirá el tipo de lenguajes que pueden ser adquiridos y qué propiedades y variaciones marginales deberán tener dentro de un contexto en el que se busca esclarecer cómo se adquiere y cómo se usa el lenguaje. Al mismo tiempo se postulan interacciones del órgano mental lingüístico con otros sistemas que posibilitan la comprensión y construcción de las expresiones lingüísticas (Chomsky 1998: 254). Lo anterior forma parte del cuerpo doctrinal de la ciencia del lenguaje, cuya ciencia más fundamental, la neurofisiología, no tiene hoy una base tan sólida como la que tenía la física en tiempos de Newton o Descartes.

Pese a que se asentaba en bases conceptuales sólidas, la física tuvo que pasar por un proceso de modificación o ampliación y, por ello, se hizo difícil el objetivo de una unificación que afortunadamente se logró. Si, teniendo la física bases conceptuales sólidas, fue difícil unificar la química y la física, aún más complicado será lograr la unificación de la ciencia del lenguaje con la neurofisiología, debido al estado de su desarrollo. No obstante, no debe perderse de vista que el ejemplo ilustrativo de la unificación de las ciencias

naturales es instructivo para seguir construyendo cuerpos doctrinales sólidos que abra las puertas hacia una futura unificación. La ciencia del lenguaje ha tenido éxitos indiscutibles a la hora de explicar cómo un hablante puede formar ciertas expresiones gramaticales y no otras de manera creativa y con una limitada influencia del entorno. Asimismo, ha funcionado con fortuna la construcción de la teoría formal del investigador, cuyo objetivo es predecir con exactitud tales expresiones. Sin embargo, pese al éxito de la inteligibilidad de la teoría, el dualismo metodológico ha insistido en abandonar los criterios de la racionalidad científica cuando estudiamos el lenguaje o cualquier otro aspecto mental del mundo. Hemos visto en apartados anteriores y al inicio del presente cómo Chomsky rebate este tipo de dualismo que impone estipulaciones y exigencias arbitrarias que no se plantearían en el ámbito científico (1998: 124-125), aplicando así un doble rasero de evaluación a la ciencia del lenguaje y a las ciencias naturales. Desde la perspectiva del dualista metodológico no se acepta la inteligibilidad de una teoría del lenguaje como la chomskyana si los postulados se alejan de las concepciones ordinarias del sentido común (el apartamiento de la Lengua-E del objeto de investigación, por ejemplo). Y entonces para el dualista metodológico una investigación naturalista del lenguaje no es posible.

El dualismo metodológico suele aparecer en posturas materialistas ontológicas, que asumen que el problema mente-cuerpo es un problema coherente, pues aceptan sin problemas la noción ordinaria de ‘cuerpo’ u ‘objeto físico’, cuya guía es la mecánica cartesiana, que sabemos que es obsoleta después de Newton. Al respecto, debemos decir que el mecanicismo sí puede gobernar los conceptos del sentido común, pero no los conceptos científicos, que son los que deberían tenerse en cuenta a la hora de elaborar una ontología. No obstante, el materialismo ontológico adopta un monismo ontológico como alternativa al dualismo ontológico cartesiano. Así, sostiene que hay una identidad entre la mente y el cuerpo y que los aspectos mentales del mundo deben ser reducidos o eliminados a favor de la física (Jacob 2010: 391-392, 394). Un materialista ontológico no creará que lo mental deba entenderse como una concepción abstracta y real que sirva como punto de partida para una posible unificación con la neurofisiología ni creará que esa forma de aproximación al dominio de lo mental sea la más adecuada para establecer cuerpos doctrinales sólidos e inteligibles. Es decir, cree en la reducción o eliminación por no aceptar que las concepciones abstractas acerca de lo mental sean susceptibles de ser estudiadas de forma naturalista, como cualquier objeto real del mundo. Esto sería como creer en la reducción o eliminación de la química por rechazar que las nociones abstractas que postula traten de algo real, es decir, por no describir realmente cómo funciona el mundo. Sería como decir que todo lo que estudia la química debe ser reducido o eliminado a favor de la física, y que solo la física podrá explicar cómo funciona de manera real el universo, ignorando de esta forma que el estudio independiente de la química ha funcionado de manera eficiente antes de su unificación con la física.

Pero en el caso de la química, el dualista metodológico sí acepta, sin polémica, la realidad de los fenómenos estudiados, y además no exige que la química tenga que tratar del estudio de los conceptos ordinarios de sentido común (como el uso corriente del término ‘agua’ analizado en un anterior apartado) para considerarla como una ciencia normal que sí describe y explica seriamente cómo funciona el mundo. Nos encontramos aquí una vez más con una manifestación clara del dualismo metodológico, que evalúa con un doble rasero a la ciencia del lenguaje y a las ciencias naturales. En el naturalismo metodológico chomskyano lo mental será tan real como cualquier otro objeto estudiado de forma naturalista. Y si se logra el objetivo de unificación con la neurofisiología luego de ampliar o modificar el concepto de ‘cuerpo’ u ‘objeto físico’, entonces se podrán incluir en esta nueva ciencia fundamental, revisada, las categorías abstractas de las que habla actualmente la ciencia del lenguaje en sus propios términos, de tal modo que sí hay un sentido en el que los aspectos mentales del mundo son reales, así como hubo un sentido de la realidad de la materia química que se incluyó finalmente en la física (Hinzen y Uriagereka 2006: 76). De esta manera, aunque la unificación sea un objetivo lejano, tenemos el respaldo de la sofisticación y éxito de la ciencia del lenguaje a la hora de elaborar explicaciones inteligibles acerca de los fenómenos estudiados, un respaldo que nos hace defender ante cualquier dualista metodológico que los procesos mentales, específicamente los del lenguaje, son reales y que hay buenas razones para sostener que deben ser estudiados de forma naturalista.

### **Conclusión**

En este segundo capítulo hemos defendido la metodología científica del naturalismo chomskyano y la comparación que debe hacerse de esta metodología con aquella que se aplica en las ciencias naturales. La elaboración de descripciones y explicaciones de carácter científico respecto de los principios y mecanismos innatos que gobiernan el lenguaje y la mente humana y la construcción de modelos de predicción y análisis del conocimiento lingüístico han establecido un sólido cuerpo doctrinal sobre qué es lo que realmente sabe un hablante cuando habla una lengua. En este contexto, hemos examinado parte de la historia de las ciencias avanzadas con la finalidad de ilustrar lo instructivo que resulta ser para la ciencia del lenguaje ir en busca del establecimiento de un cuerpo doctrinal de carácter científico que permita la integración final de la ciencia del lenguaje con las ciencias del cerebro, tal como ocurrió en el caso de las ciencias naturales. De la misma manera, hemos examinado también las diferencias que separan el naturalismo metodológico chomskyano del dualismo cartesiano clásico y el materialismo ontológico, enfatizando la crítica chomskyana al dualismo metodológico, que surgió por no haber establecido límites claros entre ciencia y sentido común y por no haber tomado en consideración el ejemplo que nos han brindado las ciencias naturales en su historia. A lo largo del capítulo hemos sostenido que esta postura no permite un avance fructífero en una investigación naturalista del lenguaje.

## Conclusiones

En esta tesis hemos justificado y analizado las razones por las cuales el conocimiento lingüístico de los hablantes está genéticamente determinado por una facultad lingüística en nuestro cerebro que antecede las condiciones de la experiencia. Así también, hemos sustentado la propuesta de un estudio naturalista del lenguaje a la luz de la comparación de la ciencia chomskyana con el modo de proceder de las ciencias naturales. Respecto de la determinación genética del conocimiento lingüístico, hemos sostenido que el Problema de Platón y el Problema de Descartes no son propiedades accesorias del lenguaje, sino que son propiedades definitorias, esenciales y fundamentales, que requieren ser abordadas en cualquier teoría científica que aspire a dar una explicación refinada e inteligible acerca del conocimiento lingüístico.

El Problema de Platón y el Problema de Descartes manifiestan que los seres humanos pueden adquirir, desarrollar y usar sin mayor esfuerzo el complejo sistema del lenguaje, debido a que este sistema está determinado por una facultad lingüística innata, que está presente desde que nacemos y que alcanza su pleno estadio de desarrollo tras la interacción de dicha facultad con datos lingüísticos limitados o deficientes. En este sentido, la experiencia funciona solo como un ‘detonante’ que activa las aptitudes lingüísticas innatas, pero no las determina. Asimismo, hemos enfatizado que el aislamiento del objeto de estudio de la ciencia del lenguaje, la gramática interna, es un paso indispensable para una ciencia que debe aplicar criterios de racionalidad científica, por más que su elaboración teórica se aleje de la descripción de hechos extralingüísticos, que suelen reflejar intuiciones ordinarias de sentido común y no concepciones científicas estables.

También hemos visto cómo así el sistema de conocimiento lingüístico se fundamenta en principios universales que gobiernan el uso del lenguaje. Estos principios universales son íntegramente innatos, parte de nuestra herencia genética, y pueden entenderse también como el estadio inicial de la Facultad del Lenguaje, antes de que esta sea expuesta a los datos lingüísticos de la experiencia. Una vez que esta facultad en su estadio inicial entra en contacto con el entorno (la experiencia lingüística limitada) comienza un complejo proceso de desarrollo que culmina en una Lengua-I, una lengua interiorizada, es decir, el estadio final del desarrollo de la Facultad del Lenguaje. Los principios universales, por ser innatos, no se aprenden, sino que se adquieren. Luego de la adquisición en el momento del nacimiento, lo que se aprende de la experiencia no son estos principios, sino los parámetros, los márgenes de variación que hacen que diferenciamos una lengua de otra. Lo íntegramente innato son entonces los principios universales, la llamada ‘Gramática Universal’, y no las lenguas en su estadio final, pues estas son el resultado del contacto de lo innato (principios) con lo aprendido (parámetros).

Respecto de la justificación de la propuesta de un estudio naturalista del lenguaje, hemos sostenido que si el objeto de estudio de la ciencia chomskyana es un objeto natural, entonces debe ser estudiado como se estudia cualquier otro objeto del mundo, tal como lo hacen las ciencias naturales con sus respectivos objetos de estudio. Esto hace que sea rechazada toda postura que intente imponer condiciones distintas de evaluación a las contribuciones de la ciencia del lenguaje en comparación con las de las ciencias naturales (dualismo metodológico). Por ello, si queremos construir una teoría científica formal, refinada e inteligible a la luz de la metodología de las ciencias avanzadas, toda postura que no ofrezca alguna virtud que contribuya al avance fructífero de una investigación naturalista del lenguaje queda fuera de lugar.

En este contexto, se ha marcado una diferencia tajante entre el naturalismo metodológico chomskyano y el dualismo metodológico, y también se ha marcado distancia de otras formas de materialismo, así como del dualismo ontológico cartesiano, al cual Chomsky le reconoce virtudes, pese a tomar distancia de Descartes en varios puntos. De esta forma, Chomsky ha llamado la atención acerca de lo ilustrativo e instructivo que puede llegar a ser aprender de la historia de las ciencias avanzadas para evitar caer en confusiones y falsos problemas que no permiten un avance fructífero en la investigación. Así como la química estableció un sólido cuerpo doctrinal que permitió la unificación final de la física y la química, así también el cuerpo doctrinal establecido por la ciencia chomskyana puede ser el punto de partida para llegar a una futura integración de las ciencias de la mente y las ciencias del cerebro. Es decir, la investigación naturalista de la ciencia chomskyana puede contribuir a fundar un cuerpo sólido de principios que permitan alcanzar el objetivo final de la unificación de la ciencia chomskyana del lenguaje con las ciencias naturales.

## Bibliografía

### FUENTES PRIMARIAS

CHOMSKY, NOAM

- 1969 *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista.* Madrid: Gredos.
- 1971 *El lenguaje y el entendimiento.* Barcelona: Seix Barral.
- 1974 *Estructuras sintácticas.* México D. F.: Siglo Veintiuno.
- 1979 *Reflexiones sobre el lenguaje.* Barcelona: Ariel.
- 1983 *Reglas y representaciones.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- 1989 *El conocimiento del lenguaje: su naturaleza, origen y uso.* Madrid: Alianza.
- 1992 *El lenguaje y los problemas del conocimiento.* Madrid: Visor.
- 1998 *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje.* Barcelona: Prensa Ibérica.
- 1999a *Aspectos de la teoría de la sintaxis.* Barcelona: Gedisa.
- 1999b *Noam Chomsky. Conversaciones con Mitsou Ronat.* Barcelona: Gedisa.
- 2000 *New Horizons in the Study of Language and Mind.* Cambridge: Cambridge University Press.
- 2003 *Sobre la naturaleza y el lenguaje.* BELLETTI, ADRIANA y LUIGI RIZZI (eds.). Madrid: Cambridge University Press.
- 2004 *La arquitectura del lenguaje.* MUKHERJI, N., PATNAIK, B. y R. AGNIHOTRI (eds.). Barcelona: Kairós.
- 2010 “Sobre la naturaleza humana, el cambio social y la ciencia”. BRICMONT, JEAN. *Chomsky.* BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Madrid: Popular, pp. 51-101 [Interview with Noam Chomsky. BRICMONT, JEAN. *Chomsky Notebook.* BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Nueva York: Columbia University Press, 2010, pp. 74-110].
- 2017 *¿Qué clase de criaturas somos?* Barcelona: Ariel.

## FUENTES SECUNDARIAS

ANULA, ALBERTO y MARINA FERNÁNDEZ

2004 *Sintaxis y cognición. Introducción a la gramática generativa*. Madrid: Síntesis.

ASSELIN, CLAIRE

1972 *De la sintaxis generativa a la semántica generativa*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones.

BOECKX, CEDRIC y NORBERT HORNSTEIN

2010 “Los diferentes objetivos de la lingüística teórica”. *Chomsky*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Madrid: Popular, pp. 105-137 [“The Varying Aims of Linguistic Theory”. *Chomsky Notebook*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Nueva York: Columbia University Press, 2010, pp. 115-141].

BREITKOPF, BERNHARD y GOTTFRIED HÄRTEL (eds.)

1863 *Ludwig van Beethovens Werke*, serie 1, vol. 3, n. 9. Leipzig: Breitkopf und Härtel.

BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK

2010 “Chomsky: la razón y el poder”. *Chomsky*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Madrid: Popular, pp. 11-36 [“Chomsky, France, Reason, Power”. *Chomsky Notebook*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Nueva York: Columbia University Press, 2010, pp. 53-73].

CARAVEDO, ROCÍO

1986 “Teoría y realidad en el generativismo”. *Lexis: revista de Lingüística y Literatura*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, volumen X, número 2, pp. 131-146.

CELA CONDE, CAMILO y GISÈLE MARTY

1998 “El cerebro y el órgano del lenguaje”. Introducción en CHOMSKY, NOAM. *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*. Barcelona: Prensa Ibérica, pp. 11-65.

CHURCHLAND, PAUL

1999 *Materia y conciencia. Introducción contemporánea a la filosofía de la mente*. Barcelona: Gedisa.

DESCARTES, RENÉ

1967 *Obras escogidas*. Traducción de EZEQUIEL DE OLASO y TOMÁS ZWANCK. Buenos Aires: Sudamericana.

EGUREN, LUIS y OLGA FERNÁNDEZ SORIANO

2004 *Introducción a una sintaxis minimalista*. Madrid: Gredos.

GALLISTEL, CHARLES

2010 “El aprendizaje de materias distintas exige órganos distintos”. *Chomsky*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Madrid: Popular, pp. 339-351 [“Learning Organs”. *Chomsky Notebook*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Nueva York: Columbia University Press, 2010, pp. 193-202].

HERRERA BURSTEIN, MARCOS

2009 “¿Puede la evolución producir un órgano perfecto? En torno al desencuentro entre Chomsky y Darwin”. Coloquio *200 años con Darwin*. Lima: Centro Cultural Peruano-Británico - Pontificia Universidad Católica del Perú.

HINZEN, WOLFRAM y JUAN URIAGEREKA

2006 “On the Metaphysics of Linguistics”. *Erkenntnis*, volumen 65, pp. 71-96.

JACOB, PIERRE

2010 “El alcance y los límites del naturalismo de Chomsky”. *Chomsky*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Madrid: Popular, pp. 381-405 [“The Scope and Limits of Chomsky’s Naturalism”. *Chomsky Notebook*. BRICMONT, JEAN y JULIE FRANCK (eds.). Nueva York: Columbia University Press, 2010, pp. 211-234].

LONGA, VÍCTOR MANUEL y GUILLERMO LORENZO

1996 *Introducción a la sintaxis generativa. La teoría de Principios y Parámetros en evolución*. Madrid: Alianza.

LORENZO, GUILLERMO

2001 *Comprender a Chomsky. Introducción y comentarios a la filosofía chomskyana sobre el lenguaje y la mente*. Madrid: A. Machado Libros.

LUDLOW, PETER

2011 *The Philosophy of Generative Linguistics*. Oxford - Nueva York: Oxford University Press.

LYONS, JOHN

1974 *Chomsky*. Barcelona: Grijalbo.

McGILVRAY, JAMES

2006 *Chomsky. Lenguaje, mente y política*. Pamplona: Laetoli.

OLARREA, ANTXON

2001 “La lingüística: ciencia cognitiva”. *Introducción a la lingüística hispánica*. ESCOBAR, ANNA MARÍA, HUALDE, JOSÉ IGNACIO y ANTXON OLARREA (eds.). Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-44.

PINKER, STEVEN

1995 *El instinto del lenguaje. Cómo la mente construye el lenguaje*. Madrid: Alianza.

PLATÓN

2008 *Diálogos II. Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo*. Traducción de J. CALONGE, E. ACOSTA, F. OLIVIERI y J. CALVO. Madrid: Gredos.

SEARLE, JOHN

1977 *La revolución de Chomsky en lingüística*. Barcelona: Anagrama.

SMITH, NEIL

2001 *Chomsky: ideas e ideales*. Cambridge: Cambridge University Press.

THACKRAY, ARNOLD

1970 *Atoms and Powers. An Essay on Newtonian Matter-Theory and the Development of Chemistry*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.